This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5659.5.31

Harvard College Library

FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

Class of 1828

1.40 bind

Span 5659.5.31

ESCENAS POPULARES.

ESCENAS

POPULARES.

CUADROS DE COSTUMBRES

BASADOS EN LOS CANTARES DEL PUEBLO,

POR

RICARDO CABALLERO.

CARTAGENA:
IMPRENTA DE JOSÉ REQUENA,
calle del Aire 15.
1880.

Span 5659.5.31

HARVARD COLLEGE
APR 16 1920
LIBRARY

Minot fund

Esta obra es propiedad de su autor: y nadie sin su permiso podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que determina la ley.

PRÓLOGO.

Al dar este libro á la estampa, sérios temores agitan mi ánimo. La justa censura y la crítica severa, echarán de ver á primera vista la falta de originalidad en mi obra. ¡Y dirán tan gran verdad!

El escesivo cariño, la particular predileccion que he profesado siempre á los cantares populares, me lleva, con fuerza irresistible, á seguir, si bien con mucha desventaja, la senda marcada por esclarecidos vates, que alcanzaron, inspirándose en las sencillas canciones de los hijos del pueblo, reputaciones tan envidiables como justas.

Yo he creido siempre que los cantares populares son los verdaderos PEQUEÑOS POEMAS de nuestra literatura. Nada tan grato ni agradable para las almas nobles y elevadas como esos poemas microscópicos, cortos desahogos del corazon, tan desprovistos de reglas poéticas, como engalanados de naturalidad y sentimiento.

Yo sustento la creencia de que el corazon del hombre forma al poeta; de que la imaginacion embellece la fábula y el estudio engalana la frase: pero que la idea, el alma verdadera de la poesía y el sentimiento pueden espresarse libremente sin sujetarse á reglas ni preceptos.

Busquemos sino una coleccion de cantares; estudiémoslos detenidamente y no podremos menos de esclamar con el noble cantor de las montañas vascas: «*El pueblo es un gran poeta.*» Cantar encontraremos que mas que cantar será un gemido lastimero exhalado por un corazon puro como la conciencia de un recien nacido, encerrado en un pecho varonil avezado á las fatigas; la gracia chispeante que rebosa en unos, la dulce melancolía de otros, la naturalidad de todos, y esa encantadora sencillez con que tan pronto enaltecen sus amores como lloran sus desdenes, ó lanzan punzantes epígramas á la mujer querida que á través de ellos trasluce el amor que inspira, es sumamente bello, y de sobra sabemos que la poesía es la belleza.

Recuerdo que hace unos cinco años traté de introducir los cantares en el teatro, y al efecto puse en escena en el del Liceo de Barcelona una coleccion de *cuadros populares* en dos actos, que tuve la honra de dedicar á mi ilustre amigo D. Antonio de Trueba. En una de sus cartas, el popular autor de «EL LIBRO DE LOS CANTARES» me decia: «Siga V. cultivando ese género, sobre todo con aplicacion al teatro, tanto mas cuanto que necesita el nuestro obras de costumbres populares, en que se excluya por completo el chiste licencioso y la reticencia de mal género, que son el recurso á que principalmente acuden nuestros poetas cómicos.»

Despues de leido el párrafo anterior, fijémonos en cualquiera coleccion de cantares, y la gracia natural de todos ellos, la *sal* tan oportunamente derramada, que, léjos de molestar al paladar, sazona y hace mas apetitoso el plato que nos ofrece, nos convencerá de que ese tino,

ese gracejo, esa *sal* de los hijos del pueblo es inimitable.

Para el pueblo, las palabras *Academia, Gramática, Retórica* y *Diccionario* están de más; pero le sobra lo que otros echan de menos; el sentimiento. Y muchos de sus maestros y censores no teniendo á mano un puñado de esa *sal* que los caracteriza, salpican sus escritos con pimienta vertida á discrecion perjudicando el buen gusto y ofendiendo el delicado paladar de sus lectores.

Si mi libro gusta, mi amor propio no podrá menos de envanecerse; si no gusta, lo miraré siempre con particular cariño, por ser uno de mis mas predilectos trabajos literarios

RICARDO CABALLERO.

¿ANTON EL DE LOS CANTARES.

(A D. Antonio de Trueba.)

I.

Anton, el cantor del pueblo,
el de los fecundos valles
en donde el sol de Vizcaya
sus rubias hebras esparce;
tú que cantaste á la sombra
de los guindos y perales
allá en tu *casita blanca*
medio oculta entre el ramaje;
tú que encuentras mil historias
en las coplas populares;
tú que con ellas has hecho
admirar lo noble y grande,
deja que tu ejemplo siga

un ciego á quien inspiraste,
que tu nombre reverencia
y que tus triunfos aplaude.
Tú le marcaste la senda,
deja que en ella se lance,
deja que las huellas siga
del trovador perdurable,
del *cantor de las doncellas*
y los niños y las madres;
de aquel que un tiempo bajaba
los domingos por la tarde
á cantar en las *alegres*
praderas del Manzanares;
del que de allí, demandaba
inspiracion á la imágen
que al muro de la Almudena
sirve de escudo constante;
del que con su tierno canto
todas las almas atrae;
del inspirado poeta
Anton el de los cantares.

II.

¿Quién en sus primeros años
y en los lábios de su madre,

cuando en el tierno regazo
adormecíale amante,
no escuchó el dulce concento
de los cantos populares?

El pueblo es un gran poeta,
y herencia son sus cantares
con que los hijos del pueblo
se envanecen de su padre.
Tú lo has dicho: cada copla
es la historia palpitante
de un corazon que ora rie,
ora de dolores late.

Ellas cuentan nuestras dichas,
lamentan nuestros pesares,
conservan nuestras creencias
enseñan al que no sabe,
inflaman el ardor pátrio
y de unas á otras edades
de boca en boca trasmiten
uso, costumbre y lenguaje.

Por eso, cual tú, vagando
por campos y por ciudades,
llorando con los que lloren,
cantando con los que canten,
del heroïsmo y la fé,
de las flores y las aves,

de la hermosura del cielo,
de todo lo bello y grande,
yo contaré las historias
Anton, que tú me enseñaste.
Y como tú, no usaré
pomposas y cultas frases,
aunque nécios me critiquen
y aunque importunos me tachen;
que yo para el pueblo canto
y él entiende mi lenguaje,
y así á cantar aprendí
de *Anton el de los cantares.*

III.

Noble cisne de Vizcaya
á quien hoy lloran distante
las rosas de la *Florida*,
las niñas del *Manzanares*;
si hasta tu valle nativo
llegan las humildes frases
con que un saludo te envia
un ciego á quien inspiraste,
acógelo como muestra
de su admiracion constante,
como tributo al maestro

y al génio fiel homenaje;
por que él no anhela mas gloria
ni alimentá otros afanes
que seguir tu noble ejemplo
cantando mañana y tarde,
bien al amor de la lumbre
en torno de los hogares
ó vagando á la ventura
por los campos y las calles.
Y, si cantando el cariño
y ternura de la madre,
y de la casta doncella
las ilusiones fugaces,
y la virtud de la esposa,
y la pasion del amante,
y todo, cuanto merezca
por lo sublime ensalzarse,
consigue, no abandonando
la senda que le trazaste,
agitar los corazones
con sentimientos leales,
la Vírgen de la Almudena
desde su histórico adarve
bendiga el grato recuerdo
de *Anton el de los cantares*.

La Mochila.

—Soldadito veterano,
¿Qué lleva usté en la mochila?
—La ropa de municion
Y el corazon de una niña.

I.

—Felices noches, patrona.
—Buen militar, felicísimas.
—Aquí me manda el alcalde
alojado, y por mi vida
que no pudo su mercé
darme mejor compañía.
(Dice el soldado, clavando
los ojos en una niña
que leña al hogar añade,
y baja al suelo la vista
sonrojada en la presencia
del militar que la mira.)
—Pues sea usted bien venido:

deje fusil y mochila
y siéntese junto al fuego.
—Muchas gracias patroncita.
—Vendrá usted rendido.
—Un poco;
ya se vé, si en todo el dia
no ha hecho otra cosa este cuerpo
que pasar dos mil fatigas
unas veces cuesta abajo
y otras veces cuesta arriba.
—Vaya, pues á descansar;
siéntese usted. Tú, María,
sácate un jarro de vino,
corta un trozo de cecina
y haz al militar la cena.
—Muchas gracias. ¿Esta chica
es hija de usted, patrona?
—Sí, señor.
—¡Vírgen santísima!
Bendita sea usted, señora,
que parió esa maravilla.
—Eso es favor.
—Qué favor,
yo soy claro: eso es justicia.
Parece que está algo triste.
—Sí señor; la pobrecita
lo está siempre.

—¿Pues qué tiene?
—¿Qué ha de tener? ¡Pobre hija!
Hace un año, que su novio,
guapo muchacho, entró en quintas,
cayó soldado y se fué
á servir al rey.
—¡Por vida!....
Patrona, ¡cuántas padecen
por esa causa!
—La mia
se está quedando en los huesos;
¡se apasionan estas chicas
de una manera!.....
—Patrona,
esa es muy mala comida:
yo tambien dejé en mi pueblo
llorando una morenilla.....
—Pero al fin y al cabo, ustedes
por esas tierras, olvidan.....
—Eso sí que no, patrona;
si así fuera, ¿llevaría,
como ahora llevo, en el fondo
de mi rústica mochila,
la ropa de municion
y el corazon de una niña?

II.

—Madre, la cena está ya.
—Pues á la mesa en seguida.
Siéntese usted, militar,
al lado de mi María.
—Yo no tengo gana, madre.
—Te estás quitando la vida.
—Eche usted penas afuera,
ánimo.
—Anda, hija mia,
que en tanto y mientras cenamos,
sus glorias y sus fatigas
nos contará el militar.
—¡Ajajá! bien; ya se anima.
¡Jesús! tiene usté una cara
que cualesquiera diria
que es un pedazo de cielo.
—¿Por qué?
—Por dos estrellitas
que hay en ella en vez de ojos,
con unas luces tan vivas...
que la verdad, sin que esto
sea faltar á la consigna;
abren mas brecha en mi pecho

que toda una batería.
—Calle usted, que se sonroja;
mírela usted.
—¡Qué mejillas!...
vea usted en dónde brotan
las rosas de Alejandría!
—De conversacion mudemos.
Cuéntenos usted su vida.
—Mi vida, patrona, es corta.
Tomé el fusil en la quinta
del cincuenta y ocho, porque
mi suerte fué tan propicia
que me dió el número uno.
—¡Válgame Dios!
—¡Ay, qué dia!
No lo olvidaré, patrona,
que hay cosas que no se olvidan.
—¿Militar, tiene usted madre?
—¡Madre! ¡Madre, la tenia;
al irme, de sentimiento
murió!
—¡Jesús, pobrecita!
¿Llora usted?
—¡No he de llorar!
—Dale el pañuelo, María.
—¡Lo que no ha logrado el plomo
de las balas enemigas,

lo consigue este recuerdo;
pobre madrecita mia!
Y tomando el militar
el pañuelo de la niña,
seca la lágrima ardiente
que baja por su mejilla.)
—Siento haberle recordado...
—No hay por qué. ¡Qué fatal dia
aquel que salí del pueblo;
qué de llantos, patroncitas!
«Ya se van los quintos, madre,»
todas las mozas decian:
«¡sabe Dios si volverán,
ay, la Vírgen los asista!»
Y cuando por el camino
con el alma compungida
y el corazon destrozado
íbamos, volví la vista,
y ví en el alto de un cerro
llorando á lágrima viva
y agitando sus pañuelos
una anciana y una niña;
eran mi madre y mi novia
que de mí se despedian.
Desde entonces el soldado
en su mente lleva fija
la imágen de aquella anciana,

y á la par en su mochila
la ropa de municion
y el corazon de una niña.

III.

—Militar, vaya un traguito.
—Mil gracias; esto es almibar.
—¿Ha estado usted en la guerra?
—La cruz de María Luisa
que ustedes ven en mi pecho
claramente lo publica.
—¡Cuánto pasarán ustedes!
—Por poco pierdo la vida...
—¿Cuándo?
—Cuando lo del moro.
—Ay, cuente usted.
—En seguida.
Ya ustedes sabrán que fuimos
á darles una paliza
á aquellos perros: pues bien;
marchábamos cierto dia
á paso de ataque, cuando
rendidos por la fatiga
mandó el jefe que en un cerro
dejásemos las mochilas;
lo hicimos, pero los moros

se apoderan en seguida
de ellas, y como eran tantos
y el fuego nos envolvia,
casi casi la esperanza
perdimos; gracias que aprisa
llegó nuestro general;
con una mano la brida
del caballo sujetaba;
con la otra la enseña invicta
del batallon, la bandera
tomó, y potente grita:
«Valientes, no desmayad,
aquí está nuestra ignominia,
en ese cerro la gloria,
quien la busque que me siga.»
Y espoleando al caballo
tomó por el cerro arriba,
y nosotros le seguimos,
le seguimos, patroncitas,
y recobramos la honra,
la gloria y nuestras mochilas.
¡Mas ay, al bajar, mi pecho
sintió una bala enemiga;
al hospital me llevaron,
consumí media botica
y al fin me dieron de alta

y volví á mi compañía
otra vez!
—¡Válgame Dios!
Esponer así su vida
por recuperar...
—Patrona,
no me pesa: en la mochila
toda mi gloria cifraba,
porque á la par que cumplia
como bueno con mi pátria,
rescataba, patroncita,
la ropa de municion
y el corazon de una niña.

IV.

—Son las nueve de la noche:
enciende otra luz, María,
para que el buen militar
se acueste.
—Mil gracias, niña.
—Que usted pase buena noche.
—Y usted tambien, estrellita.
—¿Militar, se vá usted pronto?
—Despues de pasar la lista.
—¿Y hácia dónde?
—Hácia Madrid.

—Y diga usted: ¿le seria
fácil llevar un encargo?
—Lo que usted me mande, hija.
—Pues antes que parta usted
nos veremos.
—Patroncitas,
felices noches.
—Muy buenas.
—Ahí se queda mi mochila;
tengan cuidado con ella,
porque guarda todavía
la ropa de municion
y el corazon de una niña.

V.

—¡Tan, rataplan!
—¡Militar!
—¿Qué quiere usted, patroncita?
—Que se reunen en la plaza
todos y empieza la lista.
—Quede usted con Dios, patrona.
¿Me dá usted su encargo, niña?
—Si señor: allá en Madrid,
en la cuarta compañía
del batallon de Segorbe,
pregunte por Juan Medina;

dígale usted si se acuerda
aún de la pobre María,
y déle este pañolito
que para él bordé.
—¡Por vida!...
¡Me está usté haciendo llorar!
¡Esto es querer! Hija mia,
quedará usted satisfecha.
—¡Gracias, militar!
—¡Ay, niña,
qué dichoso debe ser
el soldado Juan Medina!
—¡Tal vez de mí no se acuerde!
—¿No acordarse?... ¡usted delira!
¿No le he dicho á usted que todos
llevamos en la mochila
la ropa de municion
y el corazon de una niña?

¡AMOR DE MADRE.

Un rosal cria una rosa,
una maceta un clavel,
un padre cria una hija,
y no sabe para quien.

I.

—¿No vés que hermosa y alegre
hoy está nuestra Isabel?
Mírala con sus amigas
casi loca de placer,
jugando con la muñeca
ilusion de su niñez.
¡En ese juguete cifra
su amor, su dicha y su bien!
¡Que feliz soy al mirarla!
Hoy cumple diez años.
—¡Diez!
—¿Te entristeces?
—¡Cómo pasa

el tiempo!

—¿Qué hemos de hacer?

Todos nacemos, crecemos...

—Y morimos; ya lo sé.

—Si la hubieses visto anoche,

antes del amanecer,

daba vueltas en la cama

hasta despertar; y es

que tal vez se acostaria

soñando.

—¿Soñando, en qué?

—¡Esta es buena! en los regalos

que la tenemos que hacer.

—¡Ay! ojalá que mañana

no se despierte Isabel

y dé vueltas en el lecho

antes del amanecer,

tambien por haber soñado...

—¿Por haber soñado, en qué?

—*¡Un rosal cria una rosa,*

una maceta un clavel,

un padre cria una hija

y no sabe para quién!

II.

—¿No has visto que delgadita
se está quedando Isabel?
Há tiempo está distraida,
apenas quiere comer
y la muñeca no es ya
ni su dicha, ni su bien.
¿Qué le pasa á nuestra hija,
respóndeme pronto: qué?
—¡Ay, que el capullo es ya flor;
que la niña ya es mujer!
—Tambien como en otros años
duerme intranquila; tambien
se despierta cada noche
antes del amanecer,
y tristemente suspira
y llora; llora, ¿por qué?
—¡Por que ya no es nuestra toda
el alma de mi Isabel;
por que ella busca otra alma,
otra alma á quién querer;
por que el amor de sus padres
ya no le basta!
—¡Cruel;

cómo tal cosa has pensado!
¿Ella no me ha de querer?
Si yo vivo para ella,
si es ella mi único bien;
¿por qué no amar á su madre,
por qué no amarla?
—Por qué...
¡un rosal cria una rosa,
una maceta un clavel,
un padre cria una hija,
y no sabe para quién!

III.

—¡Mira cuán poco se acuerda
de nosotros Isabel;
ni el llanto de nuestros ojos
turba su inmenso placer;
qué solos que nos quedamos
sin ella en nuestra vejez!
—¿Hija, si tanto te quiero,
por qué me dejas, por qué?
¿Qué será de mí mañana
al ir al amanecer
á tu lecho y no encontrarte?...
¡Qué momento tan cruel!

—Viene hácia aquí á despedirse.
—¡Pero si no puede ser!
La hija de mis entrañas
se irá...
—Si; se irá con él,
es su esposo, él es primero,
cumple así con su deber.
—Adios, padres mios.
—Adios.
—Mañana á veros vendré.
—¡Que no nos olvides, hija!
—¡Que te acuerdes, Isabel!
—¡Ya se aleja!
—¡Yo no puedo
mis lágrimas contener!
—¡Que solos qne nos quedamos!
Ingrata! por qué se fué?
—Por que un rosal...
—¡No repitas
ese estribillo cruel;
ay, que por desgracia mia
ya lo sé; si, ya lo sé:
un rosal cria una rosa,
una maceta un clavel...
—¡Y un padre cria una hija,
y no sabe para quién!

El soldado del Pilar.

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

I.

—¡Vaya, ten calma, Perico!
—En Zaragoza me esperan.
—¡Y así abandonas el pueblo
y tus bueyes y tus tierras
para ir solo!... .
—No voy solo,
que me acompañan mis penas,
una docena de balas,
mi navaja y mi escopeta.
—¿Y la Rosa? ¡Pobre chica!
—No la nombre usted, tio Estéban.
—¿Y tus padres?
—Pobrecillos,

¡Dios en su gloria los tenga!
—¿Lloras, Perico?
—Si, lloro;
y las lágrimas me queman
los ojos, y sufro mucho...
y ¡tengo el alma mas negra!...
—¿Qué ha pasado?
—Los franceses
han invadido la aldea
y han arruinado los campos
y perdido las cosechas.
Mis pobres padres han muerto
á manos de aquellas fieras,
y la Rosica... ¡Rosica
no puede ser mi parienta!
—¡Ira de Dios! ¿Y te vas?...
—A Zaragoza, tio Estéban.
—¿Solo?
—Ya lo dije antes,
me acompaña mi escopeta.
—¿Y llevas balas?
—Algunas.
—¿Cuántas hay?
—Una docena.
—Pues por tus padres, Perico,
te pido que me dés media.
—¿Para qué?

—¡Voto al demonio!
que en Zaragoza me esperan.
¿Vá usté á venir?
—¡No que no!
—¡Pero á su edad!...
—Buena es esa.
Anda delante, muchacho,
que cualquiera edad es buena.
La Pilarica lo ha dicho,
y hay que dejarla contenta
mal que le pese al francés.
—¿Pero qué ha dicho, tio Estéban?
—*¡La Vírgen del Pilar dice*
que no quiere ser francesa!

II.

—¡Deten el paso, Perico!
—¿Y por qué?
—¡Que te detengas!
¿No ves aquella muchacha
que viene hácia aquí?
—¡Sí!
—Es ella.
—¿Quién es ella?
—¡La Rosica!

—Tio Estéban, no quiero verla.
—Estáte quieto. Rosica,
ven acá. ¡Tienes vergüenza!
Acércate. ¡A esos franceses
vive Dios!...
—¡Malditos sean!
—Dale un abrazo, Perico.
¿Fué culpa de la chicuela
la infamia de esos bribones?
¡Al César lo que es del César!
—¡Rosa!
—¡Perico!
—¡Qué diablos!
llorad, hijos, no os dé pena.
—¿Dónde vas?
—A Zaragoza.
—¡Estás loca!
—No, estoy cuerda.
—Y á qué vas á la ciudad?
—Por qué dejas tú la aldea?
—A mí me llama la pátria.
—A mí... la fatal estrella!
¿Por qué al llegar los franceses
no me ahogaste con mis trenzas?
¡No los hubiese yo visto
y ellos me encontraran muerta!
¿Quieres que viva en el pueblo

hasta morir de vergüenza?
¿Quieres, si al dolor resisto,
que yo le legue á mi tierra
—para mengua de Aragon—
un mónstruo, que por sus venas
corra sangre de traidores
junto con la aragonesa?
Verdad es que las mujeres
no sabemos ser guerreras,
porque nuestros sentimientos
son contrarios á la guerra
y somos ramos de paz,
pero la Vírgen lo ordena.
—¿La Vírgen dices?
—La Virgen;
la Patrona de esta tierra,
que llora al lado de Dios
los males que nos aquejan.
Al ver como esos traidores
ultrajan á las doncellas,
y asesinan los ancianos,
y pierden nuestras cosechas,
y públicas mofas hacen
de nuestras santas creencias,
¡la Vírgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa!

III

—¡Vaya si mandan confites!
se vá animando la fiesta.
—¡Pim! ¡pam! ¡pum!
—¡Vírgen María!
—¿Qué tienes Rosa?
—Tio Estéban,
aquí... junto al corazon...
—¡Herida! ¡Maldito sea
quien hizo brotar la sangre
del pecho de una doncella!
—¡Perico!
—¡Pobre Perico!
Míralo allí, en la trinchera.
Ven acá, chico.
—¡Rosica!
¡Madre de Dios! ¡Está muerta!
—No.
—Perico...
—¿Quién te ha herido?
—¡Y lloras! ¡Y no te alegras!
¿Si herida estaba en el alma,
qué importa que al cuerpo hieran?
Perico, no me abandones...

pronto te dejaré... espera...
¡Si vieras qué feliz soy
al ver la muerte tan cerca...
Dime por Dios que aun me quieres,
dime que no me desdeñas.
prométeme dar un beso
en la frente cuando muera!
¡Agua, Perico!... Me ahogo...
¿Ves? la Vírgen me hace señas...
¿Oyes? ¡Sí! Tocan á muerto
en la ermita de la aldea!
Tio Estéban... adios. Perico...
¿rezarás por mí?
—¡Tio Estéban,
por qué no vino esa bala
á arrancarme la existencia!
¿Por qué vivo todavía?
¡Allí los franceses entran...
y aquí los dos aún de pie...
y aquí la Rosica muerta!
¿Para qué quiero la vida
sin Aragon... y sin ella?
—Enjuga el llanto, muchacho,
coge el fusil y á la iglesia
donde está *la Capitana*
de la tropa aragonesa.
¡Vamos!... ¡Jesús!

—¡Qué!
—Perico,
yo ya llegué; tú te quedas.
—¡Muerto! ¡Ampara Pilarica,
á los hijos de tu tierra!
Y el valiente aragonés
recobrando su escopeta
echa á correr calle arriba
y logra entrar en la iglesia.
Vá hácia la nave ligero,
llega al centro y con firmeza
lanzando un ¡Viva Aragon!
que por el templo resuena,
clava una bala en el pecho
del francés que vé mas cerca.
Una descarga horrorosa
dá al fin con su cuerpo en tierra,
y el infeliz con su sangre
riega las gradas de piedra;
pero al tiempo de morir
mira al francés con soberbia,
procura entreabrir los ojos,
y sus lábios balbucean:
¡La Vírgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa!

La Maldicion.

—Si tu madre no me quiere
la echaré una maldicion;
que se le pierda su hija,
y que me la encuentre yo.

I.

—Teresa, por cuantos santos
tiene allá en el cielo Dios,
no me des esos desprecios
así, tan sin ton ni son,
que yo no te dí motivo
jamás para tal rigor.
—Si ya te dije, Bautista,
lo que vino á la ocasion,
¿por qué me hablas aún de amores
si no quiero yo tu amor?
—Porque quisiera olvidarte
y no puedo. Porque yo
solo donde tú te encuentras

hallo alivio á mi dolor,
y vivo porque tú vives,
que es tu vida... de los dos.
—Pero si yo no te quiero.
—Ya lo sé... pero... ¡por Dios,
parece que te diviertes
en partirme el corazon!
Que no me ames, está bien;
que sabiendo mi dolor
cinco ó seis veces al dia
lo repitas, eso no.
—En fin, Bautista, mi madre
no dá crédito á tu amor,
y debo yo obedecerla,
que no soy mala hija yo:
ya te lo he dicho mil veces;
no sueños conmigo. Adios.
—Pues si es tu madre la causa
de que sufra tal rigor,
si tu madre no me quiere,
la echaré una maldicion.

II.

—Óyeme, por Dios, Teresa.
—¿No te he dicho ya que no?

—Mira que contra la reja
como soy Bautista Anton,
voy á estrellarme los sesos
para acabar mi dolor.
—Vaya, ¿qué quieres de mí?
Que me digas la razon
porque tu señora madre
no me quiere.
—Porque no.
—Esa no es razon ninguna.
—Pues es la razon mejor
que puedes escuchar tú
y puedo decirte yo.
—Mira, Teresa, que sufro
mucho, que ya el corazon
no cabe dentro del pecho
donde se encierra mi amor.
Hace dias que no duermo,
cómo menos que un gorrion,
y todo por tus desaires.
¿Qué, soy algun malhechor?
La mujer para ser buena...
—Mira, Bautista, el sermon
lo dice el cura en la iglesia;
no sueñes mas con tu amor.
Ya te he dicho que mi madre
no quiere, y soy su hija yo.

—Óyeme, por Dios, Teresa.
—Es tarde, Bautista; adios.
—Yo te juro que tu madre
no gozará en mi dolor:
si tu madre no me quiere,
la echaré una maldicion.

III.

—Oye, Teresa: te juro
no volverte á hablar de amor.
—¿Qué quieres?
—Verte un momento
y luego decirte adios.
—¿Te vas?
—A servir al Rey.
—¿Por qué te vas?
—Qué sé yo.
—Díme la verdad, Bautista.
—Pues bien, me voy porque Dios
no quiere que sea feliz,
y yo á vivir sin tu amor
prefiero encontrar la muerte

cargando con el morrion.
¡Así serás mas feliz
y sufriré menos yo!
—¿Y si Teresa dijere
que te quedases?
—¡Ay, Dios!
Porque Teresa ordenase,
no que me quedara, no;
que me arrojase al barranco,
¿qué es lo que no haría mi amor?
¿A lo que ordenen sus lábios
podré resistirme yo?
—Pues te mando que te quedes,
y esta noche á la oracion
has de venir á mi reja
y has de hablarme de tu amor.
—Y tu me escucharás?
—Sí.
—Y no te enojarás?
—No.
Pero has de jurarme antes
que, aunque te diese ocasion,
no maldecirás á madre.
—¿No he de maldecirla yo?
Cada vez que nos separe,
y si una no basta, dos.
Que tú me quieras á mi

es lo que importa á mi amor;
si tu madre no me quiere
la echaré una maldicion:
que se le pierda su hija
y que me la encuentre yo.

JURAMENTOS DE MUJER.

—Aunque te pongas en cruz
no te tengo de creer,
porque ya sé lo que valen
juramentos de mujer.

I.

—Isabel, á tu ventana
llego por última vez;
mañana se van los quintos
y yo con ellos me iré.
Ya no mas, hermosa mia,
mis ojos te podrán ver;
ya no mas vendrá tu Pepe
de tus ventanas al pié,
dichoso cual otro tiempo
que huyó para no volver.
Adios, Isabel del alma,
niña mia, dulce bien;
cuando de aquí me separe,

cuando muy lejos esté;
cuando en las noches de invierno
el cierzo brame cruel,
y el agua corra á torrentes
ó veas la nieve caer,
¿te acordarás del soldado,
que podrá hallarse tal vez
aterido, sin abrigo,
sin poder tenerse en pié,
obediente á la consigna
á la puerta del cuartel?
—Aunque mi Pepe se vaya
nunca olvidarle podré,
porque mi Pepe se lleva
mi pensamiento con él.
—Y díme: si acaso un dia,
que bien puede suceder,
corta una bala mi aliento,
¿podré esperar, Isabel,
que un Padre nuestro murmuren
tus lábios de rosicler?
—¿Crees que si llega ese dia
sobrevivirte podré?
la bala que á tí te mate
me matará á mi tambien;
que si tu alma y mi alma
una forman á la vez,

quien la existencia te quite,
dos cuerpos mata y un sér.
—Bien hayan esas palabras
y tu cariño y tu fé.
¿Prometes amarme siempre?
—Pepe, me conoces bien,
y esa pregunta me ofende:
tranquilo está; tu Isabel
prefiere al pobre recluta
mas que al mismísimo rey.
—¿Me lo juras?
—Yo te juro,
Pepe, de ninguno ser
sino tuya; hasta que vuelvas
resignada esperaré,
y si no vuelves, con palma
me enterrarán, seré fiel.
—Se oyen pasos.
—Y el preludio
de una guitarra.
—Y toser.
—Parece que á cantar van;
no me engaño.
—Oigamos pues
«*Aunque te pongas en cruz*
no te tengo de creer,
porque ya sé lo que valen

juramentos de mujer.»

II.

—Pepe, ven acá muchacho.
—Mi sargento, mande usted.
—¿Qué tienes que andas mohino?
Hace dos dias ó tres
que de mal cariz te veo;
siéntate á mi lado, ven;
cuéntame lo que te pasa,
si es que se puede saber.
¿Estás malo?
—No señor;
me encuentro de salud bien.
—Tú tienes alguna pena.
—Mi sargento, verdad es;
¿quien no tiene en este mundo
pesares?
—Esplícate.
—Si no es nada.
—¿Te ha faltado
álguien dentro del cuartel?
—No, señor.
—¿Pues por qué sufres?

—Sufro, yo no sé por qué,
cuando debiera alegrarme;
sufro por una mujer.
—¿Tu novia quizás?
—La misma.
—Lo sospechaba.
—Oiga usted.
yo fié en una serrana
que me prometió ser fiel;
y si no me amaba, al menos
supo fingirlo tan bien,
que no se hallaban dos novios
como Pepe y la Isabel.
Andando el tiempo, la quinta
se echó encima, y cate usted
que el pobre Pepe, del pueblo
desconsolado se fué.
¡Yo la amaba, mi primero,
como no aman mas de tres,
y en sus palabras creí
sin pensar que era mujer!
Al despedirme, una noche,
siempre lo recordaré,
con lágrimas en los ojos
juróme constante ser;
¡y qué bien que lo ha cumplido;
ingrata, pérfida, infiel!

«A que vuelvas del servicio
resignada esperaré,
y si tú no vuelves, Pepe,
te juro de nadie ser.»
Estas fueron sus palabras,
dulces dedadas de miel;
¡qué bien que jugó conmigo,
qué bien me engañó, qué bien!
—¿Tienes pruebas?
—¿Qué mas pruebas
que su silencio cruel,
y una carta en que mi padre,
testigo de su doblez,
me anuncia haberse casado
quebrantando así su fé?
—Pues mira, chico, lo cierto
y lo verdadero es
que debieras alegrarte;
no te aflijas, por Luzbel!
que el mundo es bastante ancho
y en él puedes escoger
otra mas digna de tí.
—Mi sargento, calle usted;
una mujer me engañó,
lo que es otra... no hay de qué.
—¿Todas han de ser lo mismo?
No lo creas.

—Podrá ser,
pero estoy escarmentado
y en sus redes no caeré,
aunque se pongan en cruz
y aunque palabra me den,
porque ya sé lo que valen
juramentos de mujer.

III.

—¡Óyeme, Pepe, por Dios!
—Déjame en paz, Isabel,
quítate de mi presencia,
vete á llorar tu viudez,
que yo nunca he sido plato
de segunda mesa.
—¡Cruel!
¿No merezco que me escuches?
—¿Que te escuche, y para qué?
¿Te pido yo acaso cuenta
de tu *leal* proceder?
—Necesito sincerarme.
—Si yo lo comprendo bien,
si yo apruebo tu conducta:
pensaste: yo soy mujer;

Pepe, aunque el pobre me adora,
se vá muy lejos, tal vez,
y es lo mas probable, sí,
no nos volvamos á ver.
La guerra mata la flor
de los mozos, ¿qué hago pues?
muchos á la guerra van,
muy pocos suelen volver...
pensaste y obraste cuerda,
hiciste bien, Isabel.
—Pepe, mira que me matas,
oye por Dios, oyemé.
—Qué me importan tus palabras
si no me han de convencer?
—Desvalida y sin amparo
cuando huérfana quedé...
—Mano echaste del primero...
si digo que hiciste bien.
¿Recuerdas aquella noche,
la última en que te hablé,
las palabras que tus lábios
pronunciaron? oye pues:
«Aunque mi Pepe se vaya,
nunca olvidarlo podré,
porque mi Pepe se lleva
mi pensamiento con él.»
—¡Calla!

—Si tú lo dijiste.
—¡Calla por Dios!
—Y despues,
proseguiste: «Si tú mueres
en la guerra, moriré,
pues la bala que te mate,
me matará á mi tambien.»
—¡Por compasion!
—«Vé tranquilo,
que yo aquí te esperaré;
y si no vuelves, con palma
me enterrarán; seré fiel!»
—¡Pepe, arráncame la vida!
—¡Es lo que debiera hacer;
mas no me quiero manchar
en sangre vil; dejamé!
—Mírame aquí de rodillas...
—¡Bien estudiaste el papel!
—No fué la causa el olvido.
—No me quieras convencer.
—¿Quién mitigará mi pena?
—Otro tonto como aquel
por quien ese luto llevas.
—Yo te juro...
—¡Quite usted!
—¡Me rechazas!
—Te rechazo;

que te he conocido bien,
y sé por tí lo que valen
juramentos de mujer.

NI CONTIGO, NI SIN TI.

Ni contigo ni sin ti
tienen mis males remedio
contigo porque me matas,
y sin ti porque me muero.

I.

—¿Pero eso es verdad, Joaquin?
—Verdad como un puño, Diego.
—¡Ella! la que tanto quise;
miento, la que tanto quiero;
la que me enseñó en el mundo
á amar á Dios en el cielo,
¿ella destrozarme el alma
vendiendo amores á Pedro?
¡Es imposible esa infamia,
te digo que no lo creo!
—Pues ya se arreglan papeles
y se habla de casamiento.
—¡Te digo que es imposible!

Y el desventurado Diego
enjugaba suspirando
su llanto con el pañuelo.
Luego mudo de dolor
metió la mano en el pecho,
y estrechando entre su puño
una trenza de cabellos,
esclamó con voz llorosa
fija la vista en el suelo:
¡Ni contigo ni sin tí
tienen mis males remedio!

II.

Mirad los novios, qué alegres
se dirigen hácia el templo;
la novia cómo se rie,
y qué orgulloso va Pedro.
Ya el párroco los ha unido,
ya va marchando el cortejo,
ya todo es risas y broma,
y entre tanto el pobre Diego
apoyado en un altar,
mudo, cual su sentimiento,
dándoles parte á los ojos

de las penas de su pecho,
se postra al fin de rodillas
pidiendo clemencia al cielo.
Mirad: ya salen los novios,
y ya se levanta Diego.
Algo le habrá dicho al novio,
que está muy pálido Pedro;
algo le ha dicho á la novia
que baja la vista al suelo.
Dicen que dijo llorando
al pasar, y ambos lo oyeron:
—*¡Ni contigo ni sin tí*
tienen mis males remedio!

III.

—Ya ves como vengo á verte
hasta tu mismo aposento.
Vamos, no estés intranquilo
dando vueltas en el lecho.
¿Qué tienes, Diego?
—Un vacío
que no se llena, aquí dentro.
¡Y tú te hallas á mi lado!
eres un ángel, Consuelo.

Yo te perdono, alma mia,
todo el daño que me has hecho;
y aunque dejar este mundo
por no mirarte lo siento,
veré allá á tus hermanitos
los angelitos del cielo.
—¡Oh! te alarmas sin motivo;
ahora mismo ha dicho el médico...
—Los médicos nada saben
para esta clase de enfermos;
el corazon al latir
me está diciendo: ¡ya es tiempo!
No llores, luz de mis ojos,
si aunque quisiera... no puedo.
Ni contigo ni sin tí
tienen mis males remedio;
contigo, porque me matas,
y sin tí porque me muero.

CONTRA DESDENES, CONSTANCIA.

Yo fuí tu primer amor,
tú me enseñaste á querer;
no me enseñes á olvidar
que no lo quiero aprender.

I.

Inés, que es una morena
que le hace honor á Jerez
y con mas fuego en sus ojos
que el sol que la vió nacer,
está muriendo de pena
porque idolatra á Manuel,
y Manuel es un ingrato
que hace caso á otra mujer
sin acordarse de aquella
que está muriendo por él.
Inés, no hace una semana
que le oyó al anochecer
cantar al pié de una reja,

y á la pobrecita Inés
se le cayeron las lágrimas
y se apartó del infiel
para no morir de pena
y de celos á la vez.
—¿Qué tienes, hija del alma?
la dice su madre al ver
sus ojos enrojecidos:
¿Por quién lloras?
—Por Manuel,
—responde la pobre niña—
que ya no me quiere.
—¡Y qué!
¡Te vas á morir por eso?
no seas tonta; escucha bien:
es condicion en el hombre
ser inconstante, lo sé
por experiencia hija mia;
tú lo que debes hacer
es atenerte al refran
y otro novio al puesto; pues
en donde las dán las toman
y el desden con el desden
se paga; con que lo dicho;
enjuga ese llanto, Inés,
que si Manuel no te quiere
otro te sabrá querer

y tú serás mas feliz
y allá que se arregle él.
—Eso es imposible, madre.
—¡Que es imposible! ¿y por qué?
—*El fué mi primer amor,*
él me ha enseñado á querer,
y aunque me mate la pena
que me causa su desden
que no me enseñe á olvidar
que no lo quiero aprender.

II.

—Ya estamos por aquí todos.
—Que Dios te guarde, Manuel.
—Gracias.
—Dichosos los ojos
que al fin te vuelven á ver.
—Hija, cuando uno trabaja...
Sin ir mas lejos, ayer
hasta tocadas las nueve
y á punto de dar las diez
me estuve, dale que dale,
trabajando en el taller.
Digo, ¡si yo fuera rico!...
¿Por qué estás llorando, Inés?

—¡Por qué dices! Porque yo
soy una pobre mujer
que no te puede ocultar
sus sufrimientos; porque
anteanoche tuve un sueño
y aun estoy pensando en él.
—¿Y que soñabas? sepamos,
si es que se puede saber.
—Soñé, qué tras de una reja
se asomaba una mujer
y estaba un hombre á su lado,
y ese hombre eras tú, Manuel.
—Y tú la mujer?
—Si en casa
no hay rejas!...
—¡Vamos, Inés,!
¿qué apuestas á que los celos
te empiezan á dar que hacer?
—¡Qué es algun delito?
—No.
—¡Lo que es delito, Manuel,
es no querer á quien quiere
y sabe querer tambien;
no acordarse en los placeres
del llanto de la mujer;
pagar con penas y agravios
sus lágrimas y su fé!...

y no lo digo por tí,
porque no creo que Manuel
que ha sido mi único amor
y me ha enseñado á querer,
y á tener presente siempre
el amor que le juré,
ahora me enseñe á olvidar,
que no lo quiero aprender.

III.

—¡Ay que por fin salió el sol!
—Porqué lo dices?
—Porque
hoy para mi todo es dicha.
Si tú supieras, Inés,
el sueño que tuve anoche,
dirias que no hay sér
más feliz que yo en la tierra
en toda su redondez.
Pensando en tí, como siempre,
en el lecho me arrojé,
y soñé Inés, con un ángel,
—ángel que me vino á ver—
y con voz dulce me hablaba,
y me hablaba de mi Inés.

—«Quiérela, me repetía,
»y dichoso podrás ser;
»ábrela tu corazon
»para que sea reina en él
»y apreciarás lo que vale
»el amor de la mujer.
»Dále un lugar en tu casa,
»que aún muerto, tendrás, Manuel,
»si tuviste quien te quiso
»quien te recuerde tambien.»
Esto aquel ángel me dijo,
y por Dios que esto ha de ser.
No he de continuar soltero.
¡Estar muriendo de sed,
tener el agua tan cerca
y no poderla beber!...
Mañana, mañana mismo
vamos á la iglesia, Inés,
que quiero que sea verdad
la ventura que soñé.
—¡Cuán feliz soy al oirte!
Bendito seas, Manuel.
¿Serás constante?
—Lo juro:
no habrá un esposo mas fiel.
Yo fuí tu primer amor,
yo te he enseñado á querer,

si olvido, que es imposible,
el amor que te juré,
aunque te enseñe á olvidar
no lo quieras aprender.

UNO DE TANTOS.

No te enamores mi niña
de mozito forastero,
que en volviendo las espaldas
si te he visto no me acuerdo.

I.

—Zagala de lindo talle,
la de los rubios cabellos,
la de la tez nacarada,
la de los ojos de cielo,
¿adónde vas, zagalica,
dónde por estos senderos?
—Caballero, que á mi paso
salís galan y resuelto:
bajo á la fuente del valle,
que su agua en casa bebemos,
por ser mas fresca, mas dulce,
mas clara que la del pueblo.
—¿Pero, tan sola?

—Tan sola:
no he de perderme por eso.
—¡Quiera Dios que no te engañes!
—Conozco bien el terreno.
—Eres muy bella zagala,
y la belleza es un cebo...
—No hay en la comarca lobos.
—¡Pudiera de pronto haberlos,
y ay de la oveja inocente
si tropezara con ellos!
—No anda el pastor muy distante.
—No siempre se llega á tiempo.
¿Quién vela por tí?
—Quien puede.
—Es misterio?
—No es misterio.
—Pues entonces...
—Poco importa.
—Sin embargo...
—Terminemos.
—¡Reservada es la zagala!
—¡Curioso es el caballero!
—Adios pues: mas ten presente
que por tu bien me interesa.
—¿Por mi bien?
—Todas las tardes
cruza ese valle un mancebo;

todas las tardes tambien
deja la zagala el pueblo,
y ante la fuente se encuentran
galan y niña; no es esto?
—Casualidad...
—Ó intencion;
dias hace que lo observo;
y pues hoy en mi camino
hermosa niña, te encuentro,
bendigo mi buena estrella
y la ocasion aprovecho
para decirte: «no fies
en mocito forastero;
que en volviendo las espaldas
si te he visto, no me acuerdo.

II.

—Zagala, como el sol bella,
de ojos puros, como el cielo,
la de la tez nacarada,
la de los rubios cabellos
¿adónde vas, zagalica,
dónde por estos senderos?
—Voy á la fuente del valle,
que en ella el cántaro lleno.

—¡Dichosa si solo el agua
de tu atencion fuera objeto!
—¿Pues que otra causa?
—El amor.
—¿Amor?...
—Que en tus ojos leo,
y en el carmin que imprudente
vá tus mejillas tiñendo.
No trates disimular,
que Amor, como niño y ciego,
ni entiende de disimulos
ni sabe ocultar su afecto.
Y sinó, dime, zagala,
y acorta el paso un momento:
¿qué vés bajo aquellos olmos
que sombrean corpulentos
el camino de la fuente?
—¡Es él!
—¿Es él? ¡vive el cielo
que esa esclamacion arranca
lo que ocultas en el pecho!
Él es, y Dios quiera niña
te desengañes á tiempo.
—¡Desengañarme!...
—Si tal;
que por tu inocencia tiemblo,
y un bien hacerte procuro.

—¿Bien decís?
—De mucho precio.
—Os burlais.
—Muy mal me juzgas.
—¿Qué bien es ese?
—Un consejo.
—¡Rico don!
—El mas hermoso
que puede ofrecerte un viejo
cuya cabeza blanquea
la nieve de ochenta inviernos.
—Sepámosle pues.
—Escucha,
y siempre presente tenlo:
«No te enamores, zagala,
de mocito forastero;
que en volviendo las espaldas,
si te he visto, no me acuerdo.

III.

—Zagala, la mas hermosa
que estos verdes prados vieron;
la de la tez nacarada,
la de los ojos de cielo,
¿adónde vas, zagalica,

dónde por estos senderos?
—Voy á la fuente del valle.
—¿Por agua... ó por el mancebo?
—Por los dos.
—¡Que no aproveches
bella niña, mi consejo!
—Sois injusto con mi amante.
—¡Pobre niña! torna al pueblo.
—Mal hiciera; que por verme
viene de bastante lejos.
—¿Luego, te quiere?
—Me quiere.
—¿Segura estás?
—En extremo.
—Su pasion...
—Raya en locura.
—El lo dice?
—Y yo lo creo.
—Palabras mienten.
—Las suyas
son verdad; que tienen eco
en mi corazon.
—Te engañan.
—Prenda de su amor sincero
es este collar.
—¡Ay, niña;
vuélvete á casa al momento!

No bajes mas á la fuente,
que si así prosigues, temo
que en lágrimas le devuelvas
el agua que vas cogiendo.
Nada esperes, nada esperes
del amor del forastero:
que en volviendo las espaldas
si te he visto no me acuerdo.

IV.

—Zagala de lindo talle,
la de mirar hechicero,
la de la tez nacarada,
la de los rubios cabellos,
¿adónde vas, zagalica,
dónde, camino del pueblo,
la palidez en el rostro,
y el llanto en esos luceros
espejos ayer de dichas,
hoy nubes de sentimiento?
—Dejadme paso, dejadme;
¿dónde voy, buen caballero?
donde pueda á mi dolor
dar rienda suelta!
—¡Oh, comprendo!

—Mísera de mí; el ingrato
huyó por siempre! No puedo
ocultar mi desventura;
escarnio seré del pueblo.
—Harto deploro, zagala,
no siguieras mi consejo.
—¿Quién mitigará mi pena?
—El desengaño y el tiempo,
que son de nuestra existencia
los amigos verdaderos.
De ellos aprendí, zagala,
y ellos me inclinaron, ellos
á advertirte no fiaras
en el galan forastero;
que en volviendo las espaldas,
si te he visto no me acuerdo.

La Noche-buena.

—Esta noche es Noche-buena
y mañana Navidad;
saca la bota, muchacha,
que me quiero emborrachar.

I.

—Saca la bota, María.
—No quiero que bebas, Juan.
—Vamos, mujer, no seas terca,
que las ocho van á dar
y me esperan los amigos.
—¿Qué amigos?
—Pues el tio Blas,
y mi compadre y el Zurdo;
juntos vamos á cenar,
luego á la misa del gallo
y desde allí... Dios dirá.
Yo me llevaré la llave...
—¡Qué ganas de trasnochar!

Tu compadre y los amigos
han de perderte.
—¡Ya, ya!
¿Sacas la bota, si ó no?
—¡Jesús y qué terquedad!
—¡Dale bola!
—¿Y si te achispas?
—Duermo la mona y en paz;
de todos modos, mañana
no es dia de trabajar...
—¿Con que es decir que persistes
en tu idea?
—¡Claro está!
Tengo dada mi palabra,
soy sastre, y tú sabrás ya
que la palabra de un sastre
es palabra.
—Si, cabal:
por eso á D. Mariano
le prometiste el gaban
hace dos meses, y aún
lo está esperando.
—Bah, bah:
es un parroquiano. En fin,
¿sacas la bota?
—¿Creerás
que no quiero?

—¡Mariquita,
que te zurro el cordoban!
—¿Me amenazas?
—¡Que te siento
las costuras!
—¡Holgazan,
mal marido!
—¡Mariquita,
que vamos á celebrar
la Noche-buena con toros
y cañas...
—¡Se ha visto igual!
¿Y me casé para esto?
¡Tunante!
—Espera y verás.
—¡No me toques!
—¡Trae la bota!
—Primero me has de matar.
—Pues toma estos cuantos palos,
y así presente tendrás
que esta noche es Noche-buena
y mañana Navidad.

II.

—Buenas, señor Meliton.
—Felices, compadre Juan.
¿Ahora deja usté el trabajo?
—No señor.
—Yo, creia ya
que se nos habia usté muerto.
—¿Pues qué hora es?
—Las que darán,
las diez.
—Pues compadre, yo
hubiera sido puntual;
pero la culpa es de aquella...
¡si no puede uno tratar
con mujeres!
—¿La parienta
ha sido causa?...
—Cabal;
tenia gana de leña,
la dí gusto, y á volar.
Allí se queda mas suave
que un guante; ya aprenderá...
—¿Y por qué fué la reyerta?

—¡Toma! por su terquedad.
Figúrese usté, compadre,
que no me queria dar
la bota, ni me dejaba
salir de casa; esto es ya
subírsele á uno á las barbas;
todo el año no hace mas
que decirme los domingos
y las fiestas de guardar:
«véte á misa,» y yo la digo
que tengo que trabajar,
que la obligacion es antes
que la devocion, ¿verdad?
Pues despues que en todo el año
no piso la Catedral,
ahora que ir quiero á una misa
se pone hecha un Fierabrás.
—Compadre, es que las mujeres
son un ganao especial;
así le aburren á uno.
—Todas cortadas estan
por un patron.
—Pues la mia
tambien con cara de agraz
se quedó. ¡Misté qué dios!
Uno es hombre...
—Claro está.

—Lo menos se han figurao
que uno se vá á emborrachar,
cuando no es un niño uno,
y uno á naide le hace mal
con salir á divertirse
víspera de Navidad.
—Es claro.
—Nuestras costumbres,
compadre, ¿pueden ser mas
honestas de lo que son?
¡si semos la probidá!
La de usté como la mia
¿pueden quejarse? no tal.
Nosotros, quitando el juego,
la bebida y el fumar,
no tenemos ningun vicio,
semos presonas honrás.
—Pues eso es lo que yo digo.
—Supongo que usté traerá...
—¿Trigo? Unas veinte pesetas;
hoy he cobrado el jornal.
—Pues vamos á la taberna,
que allí nos aguardan Blas
con el Zurdo y la Pelona
y la Rita y la Pilar.
Con esos ochenta reales
les damos la convidá,

luego á la misa del gallo,
y despues... ¡despues la mar!
—Vamos andando, compadre.
—Compadre, vamos allá,
que el hombre de cuando en cuando
ha de ser hombre.
—Es verdad.
Pero, señor Meliton,
si gastamos mi caudal,
¿con qué comemos mañana
mi mujer y yo?
—¡Eha, ya
anda usté con requilorios!
¿quién en eso piensa, Juan?
Diviértase usté esta noche
que mañana Dios dirá.
—Tiene usté razon.
—Compadre,
y aunque no haya para pan;
si esta noche es Noche-buena
y *mañana Navidad.*

III.

—Compadre, entre tanta casa

como estoy viendo pasar
no pasa la mia.
—Eso
es que habrá pasao ya.
Sosténgame usté, que caigo.
—¡Hombre, si hay tanta humedad!...
—Está visto: usté no vale...
con cinco copas no más
le entró á usted la calentura.
—Pues si vamos á mirar,
tampoco tiene usté el pulso
muy sereno.
—Es aguarrás,
ó petróleo refinao
lo que nos dió la Pilar;
pero no estoy chispo!
—¿Chispo?
¡Vaya una barbaridad!
Nosotros, los caballeros,
por mas que bebemos, cáa,
nunca nos emborrachamos;
lo que tenemos, cabal,
es un constipao muy fuerte,
y lo vamos á sudar.
Usté dormirá conmigo.
—¿Y su mujer?
—Velará.

por si hay que ir á la botica
ó darnos friegas.
—Eh, Juan;
ó tengo la vista turbia,
ó estamos en el portal...
—¿De Belen?
—No es mal belen
el que luego se armará
cuando nos vea la parienta
indispuestos. ¿Abrirá?
—Llame usté.
—¿Quién es?
—Comadre,
abra usté, que viene Juan
con un dolor y un mareo...
—¡Ay, Vírgen del Tremedal!
¿Qué tienes?
—Mucha fatiga.
—¡Qué dirá la vecindad!
¡Válgame Dios, cómo vienes!
—No soy yo el que vengo, ¿estás?
el vino es el que me trae
y el compadre...
—¡Habrá truhan!
¡Borrachin!
—Mira, María,
tengamos la fiesta en paz.

—Entra, entra á dormir la mona.
—Compadre, vamos allá.
Yo duermo con el compadre,
¿entiendes?
—Tal para cual.
¿Y si en su casa lo esperan?
—Qué tengan conformidá,
que esta noche es Noche-buena
—*Y mañana Navidad.*

IV.

—Juan, son las doce; á comer.
Vamos, levántate ya.
—¡Buena comida tendremos!
—Comida de Navidad.
—Sí, sí; yo anoche. ¡mal haya!
me gasté todo el jornal,
y tú estabas sin un cuarto.
—Pues hijo mio, ahí verás;
no por eso en nuestra mesa
lo preciso ha de faltar,
ni capon asado al horno
que dá gozo. Ven acá;
estoy segura, segura

de que te vás á chupar
los dedos.
—Pero, María,
¿hablas con formalidad?
¿De dónde salió el capon?
—De la plaza.
—Basta ya
de bromita: en mis bolsillos
no quedó anoche un real,
y tú la última peseta
gastaste ayer.
—Es verdad;
pero en tanto que tú, el fruto
de tu trabajo, tu pan,
gastabas en la taberna,
yo, que no te quiero mal,
que preveí lo que al fin
y al cabo sucedió, Juan,
cosiendo ajeno he logrado
que nada te falte.
—¡Ah,
María, soy un perdido,
y tú la suma bondad,
una santa!
—Nada de eso;
¡qué locura! no soy mas
que tu mujer.

—¡Y yo, nécio,
qué voy por fuera á buscar...
teniendo en casa... María,
esta leccion que me das
me averguenza!
—Vamos, calla.
—Soy un mal hombre, un truhan;
perdóname.
—¿Yo, de qué?
—Y bien mirado, en verdad,
no es mia la culpa; el compadre...
—El compadre te va á dar
que sentir; con sus consejos
te echa á perder. ¡Ojalá
me engañe!
—Pues desde hoy,
te lo juro á fé de Juan,
me separo de él; á mí
que no se me acerque mas.
¡Y pude ser tan infame
que así conseguí olvidar
tu cariño! he sido un zote,
mas tú me perdonarás.
Desde hoy, te lo prometo,
fuera vicios y amistad
de hombres como mi compadre;
vida nueva, á trabajar,

á ser un hombre de bien
y á quererte.
—Esa será,
si la cumples, para mí
la mayor felicidad.
—Pues perdóname, María.
—Si tú no eres malo, Juan.
Vamos á comer, y demos
tranquilos en nuestro hogar
olvido á esta *Noche-buena*.
—¡Bendita esta *Navidad*!

La Buena Moza.

Aunque seas buena moza
no te lo presumas tanto;
que tambien las buenas mozas
se suelen quedar en blanco.

I.

—Mercedes: eres la moza
mas buena moza del barrio;
ninguna tiene tu aquel,
tu sandunga ni tu gancho.
¿Por qué sales á la calle
luciendo ese airoso garbo,
si no hay corazon que al verte
no muera por tus pedazos?
—¡Ay, Manuel, no digas eso!
—Si es verdad; pongo por caso
el mio, que al pobrecillo
le tienes agonizando.
—¡Válgame Dios, quá bromista!

—Si, buena broma; hace un año
que no pienso mas que en tí,
que no sé lo que hago;
ni tengo amigos, ni como,
ni bebo; me estoy quedando
seco.
—Pues ponte en remojo.
—Mira que formal te hablo
¿No me sacarás de pena?
—¿Pero es de veras?
—¡Canario,
no lo ha de ser! Yo te juro...
—¡Ay, Manuel, que hasta los gatos
quieren zapatos!
—¡Mercedes,
no me hace gracia el adagio;
te quiero, y no me merezco
tus burlas.
—Pero, insensato;
puedo yo acaso quererte?
—No sé que tenga de estraño.
—¿Tú no te has visto al espejo?
—Sí.
—Pues si bien te has mirado,
comprenderás que tu cara...
—Es cierto que no soy guapo.
—Que tu cuerpo...

—Ya lo sé;
es un poco desgarbado.
—Que tu estatura...
—No es
la de un granadero; en cambio
tengo buenos sentimientos,
soy trabajador, honrado,
y me siento muy capaz
con amor y con trabajo,
de hacer la felicidad
de cualquiera. Con que, vamos,
¿quieres ser tú esa *cualquiera*?
—Yo, nó.
—¡Por todos los santos,
Mercedes, no me exasperes!
—No busques tres piés al gato;
ya he dicho que no te quiero.
—¿Y, por qué?
—Por que este garbo
se guarda para otro.
—¿Otro
de mejor figura?
—Y guapo.
—Está bien: anda con Dios;
me hieres, me has ultrajado...
pero ¿porqué hé de apurarme?
qué nécio soy! al contrario;

¡dichoso el que nace feo,
que halla á tiempo el desengaño!
—¡Manuel!
—Sí, tienes razon.
¿Quién soy yo, pobre gusano,
para una tan buena moza?
mas ya que presumes tanto
de serlo, sabe, Mercedes,
por si despues viene al caso,
que tambien las buenas mozas
se suelen quedar en blanco.

II

—Que Dios te guarde, Manuel.
—¡Hola, Mercedes!
—¡Qué paso
que llevas! ¿A dónde vas?
—A mi obligacion.
—Diez años
que no nos vemos.
—Cabal:
diez años que apenas salgo
sino de casa al taller

y viceversa; el trabajo
es mi ocupacion constante;
los pobres necesitamos
trabajar para vivir.
—No digo yo lo contrario;
pero eso, Manuel, no quita
ni puede servir de obstáculo,
para hallarte alguna vez
en paseos ó en teatros,
que tambien el cuerpo pide
distracciones y descanso.
—Es mucha verdad; pero hija,
el que se encuentra en mi caso...
—¿Qué caso es el tuyo?
—¿El mio?
mantener cuatro muchachos
que son otros tantos soles
y á la madre que me ha dado
tanta dicha.
—¡Luego, tú,
te casastes!
—¿Y es estraño?
—No; lo digo...
—¿Por que hay
gustos que merecen palos?
Sé franca.
—Pues bien, Manuel,

con franqueza: has acertado.
—Sobre gustos no se ha escrito.
—Tambien es verdad.
—En cambio,
tú habrás hallado un buen mozo...
—¿Yo, buen mozo? ni pensarlo.
¡Ay, Manuel, bien me dijiste
que no presumiera tanto!
Ahora conozco mi error,
mi juventud ha pasado,
hay arrugas en mi rostro,
la fatal pata de gallo
me denuncia; mis cabellos
de negros se tornan canos...
huyeron las ilusiones,
la realidad ha llegado,
y aunque he sido buena moza,
¡ay, de mí; me quedé en blanco.

ESPERANZA.

Cada vez que miro al mar
aumento tiene mi pena
al ver aquel hondo charco
donde mi amante navega.

I

—Hija, ¿porqué tan temprano
todas las mañanas dejas
el lecho? ¿Porqué á la playa
corres con tal insistencia?
¿Qué vas á ver desde allí?
Responde: ¿porqué con pena
vuelves luego á casa?
—¡Ay, madre!
—Ten conmigo mas franqueza;
vamos, lucero, ¿á qué viene
usar de tanta reserva?
—Pues bien: todas las mañanas,
ya que en saberlo se empeña,

apenas el sol estiende
sus rayos sobre la tierra,
en una esperanza fija,
corro á ver el mar...
—¡Qué idea!
—Y en el lejano horizonte
tiendo la mirada inquieta,
ansiando ver, madre mia,
aparecer una vela.
—¿Hija, que es lo que me dices?
No comprendo. ¿A quién esperas?
—Espero á mi corazon,
que en esos mares se encuentra.
Se lo llevó un marinero
un dia de primavera
orillita de la playa
envuelto en una promesa.
¡Mucho el marinero tarda,
quizás, ay madre, no vuelva;
mas espero, y la esperanza.
solo es el bien que me resta.
Por eso, todos los dias
corro á la playa ligera;
la vista en el horizonte
en vano fijo avarienta,
pues unas veces la bruma
su larga estension me veda,

y otras, triste, contemplando
á las ondas que se alejan,
cariñosas les pregunto
si mis suspiros le llevan.
¡Pero, ay, que con las que vienen
no me tornan la respuesta!
¿Cómo quieres, madre mia,
que alivio tenga mi pena
al ver aquel hondo charco
donde mi amante navega?

II.

Dos años há que la niña
en vano la vuelta espera
del hombre á quien le jurara
pasion amorosa y tierna;
dos años há que sus ojos
derraman líquidas perlas;
dos años que sus mejillas
marcan del dolor la huella,
y dos años que la madre
al contemplar su tristeza,
en cariños se desvive

y en consolarla se empeña.
Pero á la niña no bastan
de la madre las ternezas,
ni en los consuelos alivio
su fiel corazon encuentra.
Un dia, la pobre madre,
díjole así á la doncella:
—Ánimo, hija mia, ánimo,
abandona esas ideas;
quizás el hombre que aguardas
olvide en lejanas tierras
inconstante como todos
sus amorosas promesas.
—¡Ay, madre mia, no puedo;
siento agotadas mis fuerzas!
—¡Hija, tú quieres matarte
y matarme; no seas terca
y olvida ya esa pasion
que puede serte funesta.
—¡Es inútil, madre mia!
—Vamos, ten mas entereza;
olvídale ya.
—Es en vano;
y aunque mucho me atormenta
la duda, primero, ay madre,
que yo olvidarle pudiera,
su luz faltara á ese sol

que ilumina nuestra tierra,
y el agua á aquel hondo charco
donde mi amante navega.

III

Doblando están las campanas,
las campanas de la iglesia;
sus tristes dobles pregonan
que un alma dejó la tierra.
¿Quién ha muerto? ¡Quién ha muerto,
ay, la infelice doncella
que enferma de mal de amores,
dos años lloró la ausencia
del hombre á quien en la playa
un dia de primavera,
el corazon confiara
envuelto en una promesa!
¡Pobre niña; ya no acude
á orillas del mar ligera,
ansiando en el horizonte
descubrir las blancas velas
del leño que se confia
á las olas turbulentas!
¿Y la madre? ¡Pobre madre;

nada á la infeliz consuela,
y amargamente suspira,
amargamente se queja,
que vé por siempre perdido
lo que mas ama en la tierra.
Y siguen, siguen doblando
las campanas de la iglesia,
en ronco son difundiendo
el dolor y la tristeza.
No hay un mozo en la comarca
que muestre la faz risueña,
ni anciano que en sus plegarias
ausente á la niña tenga;
y mientras unos suspiran
y otros compasivos rezan,
las mozas una corona
de mirtos y de azucenas
preparan, para adornar
humildemente con ella
las sienes de aquel cadáver
ayer hermosura esbelta.
Si un forastero pregunta
de qué ha muerto la doncella,
con estas tristes palabras
dan las muchachas respuesta:
«Ha muerto de mal de amores
por ser fiel á una promesa;

lloró la infeliz dos años,
y fué en aumento su pena
al ver aquel hondo charco
donde su amante navega.

COPIA DEL NATURAL.

En el cielo manda Dios,
los diablos en el infierno,
y en este pícaro mundo
el que manda es el dinero.

I.

—¿Quiere usted dejarme en paz,
señora doña Remedios?
—Pero hombre de Dios, usted
está loco?
—No empezemos!
ya hé dicho que reconozco
la déuda y me comprometo
á pagarla.
—Pero, cuándo?
—Cuando me dén un empleo,
me caiga la lotería
ó tenga una herencia.
—Bueno;

diga usted mejor, que nunca,
pues yo muy díficil veo
cualquiera de los tres casos.
—Pues, paciencia.
—Pues, no quiero.
Usted piensa que mi casa
es otra Jáuja, ¿no es eso?
Yo aunque pobre, soy señora,
y muy digna de respeto,
y si huéspedes admito
y en tal calidad le tengo,
es por que ya sabe usted
que están muy malos los tiempos.
—Ya vendrán otros mejores.
—Y en tanto nos comeremos
los codos. Hace seis meses
que en mi casa le mantengo,
y no puede usted quejarse
ni del trato, ni del precio;
por *seis reales con principio*,
no hallará usted, don Anselmo,
otra casa como esta.
—Pero si yo no me quejo.
—Pero no paga.
—Ya he dicho
que pagaré; que no niego
la deuda; tenga usted calma.

—No puede ser: el tendero
ya no me quiere fiar;
una onza importa el débito,
y hasta que pague la cuenta...
—¡Habráse visto grosero!
por trescientos veinte reales...
—¿Sabe usted cómo me ha puesto
de tramposa?
—¿Usted, tramposa?
¡Tramposa usted, que es modelo
de patronas! Cuando baje
he de romperle los huesos.
¡Atreverse á una señora!...
Pida el valor de sus géneros
en buen hora; ¡mas faltarle
de esa manera al respeto
un hortera ultramarino!...
¡Vive Dios!
—¡Ay, don Anselmo,
ya no hay clases! Usted juzgue
por sí mismo.
—Ya lo veo.
—*¡En este pícaro mundo*
el que manda es el dinero!

II.

—Son las cinco menos tres.
—Ya lo sé.
—¡Y aún no se ha puesto
la mesa!
—Ni se pondrá.
no, señor, nó.
—¡Cómo es eso!
¿es que no comemos hoy?
—No, señor, hoy no comemos;
es dia de ayuno forzoso.
—¡Y por qué?
—Por que no tengo...
—Esa no es razon, señora.
—Lo es y grande, don Anselmo.
No hay en mi bolsillo un cuarto.
—¿Y á mí, que me importa eso?
Al entrar en esta casa
ajustamos mi cubierto
por *seis reales con principio.*
—Hace seis meses y medio,
recuerda usted?
—Si, señora;
por lo mismo que recuerdo

exijo se cumplimente
nuestro trato.
—Igual deseo
es el mio; pague usted.
—Ya le he dicho que no tengo.
Pero empeño mi palabra...
—Su palabra no es objeto
por el que en el Monte puedan
proporcionarme dinero.
—¡Estamos bien!
—Bien estamos.
—¿Porqué no pide un empréstito?
—¿Pero á quién, santo varon?
—A cualquiera.
—Lo mas cuerdo
es que usted salga á buscar;
ya le dije que el tendero
se niega á dar de fiado;
y ya sabe usted que al dueño
de la casa se le deben
tres mensualidades.
—Eso
no debe darnos cuidado;
dentro de poco, el casero,
el hortera, usted y yo
iguales nos quedaremos.
La situacion se derrumba.

—¿Qué dice usted don Anselmo?
—Que se aproxima la gorda.
En breve doña Remedios,
nuestra suerte cambiará.
—Le van á dar un empleo?
—No señora.
—¡Ah, ya; la herencia...
—Tampoco.
—Pues no comprendo.
—Ni hace falta por ahora.
—Entonces...
—Es un secreto.
—Pero, en tanto...
—Usted no pague.
—No hay cuidado; no teniendo...
Pero, y si mientras nos ponen
en la calle?
—No haya miedo.
¡Pagar la casa! costumbre
rancia, vulgar, de otros tiempos.
Hoy, segun nuevo sistema,
gratis ha de darla el dueño;
los inquilinos, bastante
en conservársela hacemos.
—Eso sí; pero presumo
que nada conseguiremos.
—Y porqué?

—*Porque en el mundo*
el que manda es el dinero.

III.

—Imposible es continuar
de este modo, don Anselmo;
y yo, por mas que lo sienta,
en la precision me veo
de tenerle que decir
que busque otro alojamiento.
—Esa es una ingratitud
señora doña Remedios.
—¡Ingratitud, y del quince
de Junio al cuatro de Enero
no me ha dado usted un cuarto!
—Precisamente por eso.
Si tuviera y no pagara
estaría en su derecho;
pero al no tener, abusa
de mi posicion; comprendo
que no anda usted muy sobrada,
que vá mi déuda en aumento,
pero, yo soy muy decente,
y muy claro está usted viendo

que si bien no pago en plata,
pago en agradecimiento.
—Sí, mas con esa moneda
no se contenta el casero.
—Por otra parte: ¿usted cree
que sin pagar lo que debo
vaya á salir de esta casa?
Soy muy delicado y quiero
probar á usted que merece
mi gratitud y mi aprecio.
—No es necesario, ya estoy
bien convencida de ello.
Con que recoja sus bártulos
y salga de aquí al momento.
—¿Me echa usted?
—Es imposible
mantenerle por mas tiempo.
—¿Lo ha reflexionado bien?
—Si, señor.
—¿Y no hay remedio?
—Ninguno.
—¡Y así renuncia
á la ganancia que dejo
en su casa! Usté anda mal
con sus intereses.
—Bueno;
váyase, que es lo que importa,

por que destinada tengo
su habitacion para otro,
que ya que la ocupe, al menos
la pagará puntualmente.
—Como yo pagarla ofrezco
cuando tenga. .
—¡Sabe Dios,
cuándo llegará á ser eso!
—Es decir, que desconfía
de mi palabra y mi crédito?
—Don Anselmo, oros son triunfos;
usted será un caballero,
mas no tiene usted un cuarto
con que hacer cantar á un ciego,
y *en este pícaro mundo*
el que manda es el dinero.

IV.

—¿Todavía está usté aquí?
—Si, señora; estoy haciendo
mi equipaje; mire usted:
dos camisas, un pañuelo,
tres pares de calcetines,
una bufanda, un chaleco

que aún no le he pagado al sastre
y ya tiene dos inviernos.
Todo lo estoy enfardando;
concluyo en breves momentos;
no quiero dejarla á usted
ni una hilacha.
—Lo celebro.
—Váyame usted preparando
pluma, papel y tintero.
—¿Para qué?
—Para dejarla
en forma de documento
mi déuda
—No es necesario;
como cobrarla no espero
está demás el recibo,
yo del pago le dispenso.
—¡Ahora conozco, señora,
lo que es usted! ¡Oh, modelo
de patronas! ¡Si algun dia
cambia mi destino adverso,
no lo dude usted, la juro
que la alzaré un monumento!
Ea, ya el cofre está listo;
hágame usted el obsequio
de mandar por una acémila.
—¿Que dice usted?

—Un gallego
que me lo trasporte.
—Bien.
—Y pague usté el acarreo.
—¿Esto mas?
—Es poca cosa;
ya vé usted que yo no tengo...
—Corriente: por verle fuera
de casa, lo hago.
—Lo creo.
—Vaya, ¿que espera usté ahora?
Póngase al punto el sombrero
que en la calle falta gente.
—Señora, no soy un negro;
ya que de su casa salga,
quiero salir satisfecho.
Mande usted por un café,
y que traigan ron, yo debo
celebrar mi despedida.
—¿Celebrar... otra te pego!
¡Qué pesado que está usted!
—Que añadan unos vegueros,
y agregue usted este gasto
á la cuenta.
—¡Qué mareo!
Tome usted, hombre de Dios,
tome usted un par de pesos,

y celebre lo que quiera
aunque sea en el infierno:
pero váyase usted pronto,
váyase usted, don Anselmo.
—Al instante. ¡Quién resiste
á semejante argumento?
Que bien dijo usted, que bien
señora doña Remedios,
que en este pícaro mundo
el que manda es el dinero.

¿MALO Y CARO.

Si de mujeres te prendas,
darás fin á tu caudal;
no hay cosa que valga menos,
ni cosa que cueste más.

I.

—Pedro, estoy enamorado.
—¡Qué es lo que me cuentas, Juan?
¡Tú enamorado? locura.
—No te rias.
—Ven acá.
¿Sabes tú lo que es amor?
—¿Amor? Un fuego voraz,
una pasion, un placer,
un...
—Patatín patatán.
—¿Te burlas?
—No, que hablo en sério.
—No tienes formalidad.

—Tratando de esa materia
¿quién puede tenerla, Juan?
Amor, es juego de niños,
de locos y bobos.
—Ya!
¡Cómo que tú eres tan cuerdo...
—No soy escepcion, no tal,
que el mundo es un manicomio
y unos menos y otros mas
todos en él desbarramos;
pero con seguridad
quien mayormente desbarra,
es el mísero mortal
que opina como tú opinas;
¡amor! ¡qué barbaridad;
en el siglo de las luces
y tan á oscuras!
—¡Qué afan
de contradecirme! ¿Acaso,
Perico, podrás negar
que el amor existe?
—Eso,
casi seguro.
—¡San Blas!
—El amor existió un tiempo,
hoy es una antigüedad
de la que nadie se acuerda,

si bien tal nombre le dan
al capricho ó al deseo,
ó á la conveniencia, estás?
Hoy todo es positivismo,
chico, la prole de Adan
se ha vuelto tan egoista,
que solo se aprecian ya
los quilates del cariño
por los que tiene el metal.
Dí, Marsilla madrileño:
¿tu Isabel quién es; voto á!...
—¡Ay, si tú la conocieras!
Una chica celestial;
la he conocido en los *Bufos*
—Qué dices?
—Sale á cantar.
—¡Gran Dios: una *suripanta*!
—¡Perico!
—Busca un dogal.
—Pues mira, es una virtud.
—¡Y en qué lo conoces, Juan?
—En su trato, en sus maneras,
y en fin, en que su mamá
asegura...
—Mira, calla,
y si quieres escuchar
el consejo de un amigo

sincero, franco y leal,
huye de su trato y muchos
disgustos te evitarás,
que el amor de esas mujeres
es una calamidad:
no hay cosa que valga menos
ni cosa que cueste más.

II

—¡Qué razon tenias, Pedro!
—¿Te has desengañado, Juan?
—Al cabo la he conocido:
¡falsa, ingrata, desleal!
En tanto que yo acudía
lleno de amoroso afan
por verla de noche al teatro,
¡qué costumbres, qué moral!
de dia la muy bribona
escuchaba á otro galan.
¡Bien hice el oso, Perico!
—No es eso en tí novedad.
—Si estaba hecha un caramelo
conmigo; no siento mas
que el dinero qne he gastado

por su causa.

—¿Y su mamá?

—Es una madre postiza.

—¡Postiza!

—Justo y cabal;

madre de teatro, farsa,

pura farsa y nada mas.

En fin, respecto á este asunto

hagamos punto final;

no quiero ya ni acordarme,

y menos cuando ya está

mi corazon en prisiones

por una nueva beldad.

—¿Qué dices?

—Que por curarme

de ese amor de Satanás,

dije: á «rey muerto, rey puesto»

y una modista en agraz,

pues es oficiala de idem,

es mi pasion actual.

—Díme: ¿no será el remedio

peor que la enfermedad?

—No, Pedro; es muy diferente.

Esta es otra cosa.

—¡Ya!

Estás seguro?

—Seguro.

Buena diferencia!
—Juan,
tú te impresionas muy pronto,
es muy cierto que á tu edad
eso suele acontecer,
pero, ¿qué razon me das
para probarme que es esta
mejor que la otra?
—Si hablar
pudiera de ciertas cosas...
mas dí palabra formal
de callarlas, y no puedo
decirlas.
—¿Hay amistad
ó no?
—Si eres reservado
las diré.
—Cuéntalas ya.
—Pues, Florinda...
—Qué! se llama
Florinda? presagio mal.
Una Florinda fué causa,
no sé si te acordarás,
de que el pobre D. Rodrigo...
—No tienes formalidad
y me callo.
—Vamos, habla.

—Pues, Florinda, ciega está.
—¡Pobre chica!
—Es su pasion
inconcebible, tenaz;
¡y es mas celosa!... eso prueba
lo que me quiere.
—Cabal.
—Un mes hace que nos vimos,
y once dias á lo mas
que tenemos relaciones;
yo la suelo acompañar
al salir del obrador;
que una tia contumaz
que es con quien vive, no quiere
que yo entre en la casa; está
opuesta á que su sobrina
tenga novio, y la verdad,
la oposicion de la tia
favorece nuestro plan.
Anoche, sin ir mas lejos...
—¡Qué?
—La convidé á cenar.
—¿Y admitió?
—Pues ya lo creo.
me la llevé al restaurant.
Ay, Perico, qué criatura!
allí con la luz del gas,

con el calor de la cena
y la espuma del champagne,
estaba lo mas bonita!...
ella por sí es celestial;
¡qué escote el de su garganta,
cuánta sensibilidad,
y qué modo de comer!
—¡Devoraría!
—No tal:
tú, como siempre, prosáico.
—Y tú, con tu ceguedad.
—¿Qué me quieres decir, Pedro?
—Que estás en el limbo, Juan;
que te precias de Tenorio
y eres una nulidad.
Esa Florinda tan linda
sabe Dios lo que será.
—¡Perico!
—No te acalores.
¿Qué mujer, sin más ni más
si es que se precia de honrada
y tiene el juicio cabal,
admite cenas y... vamos
yo te debo aconsejar
que es un cargo de conciencia
ver que esplotándote están.
El amor de esas mujeres

es una calamidad;
no hay cosa que valga menos
ni cosa que cueste mas.

III

—Confieso el yo pecador:
he sido un loco de atar.
¡Qué razon tenías, Pedro!
—¿Ya te convenciste, Juan?
—¡Pérfida! si me descuido
me divierto: ¿qué dirás
que ha pasado?
—Hombre, no sé.
—Si es lo mas original...
Yo te juro que á no verlo
no lo creyera. ¡Si está
el mundo tan pervertido!
si no puede uno fiar...
—Esplícate de una vez.
—A eso voy; Ahora verás.
Figúrate, que el motivo
para no dejarme entrar
en la casa...
—¿Es otro amante?

—¿Otro amante? ¡Voto á San!...
¡no es mal amante! un chiquillo
como un becerro.
—Ja, ja!
—No te rias.
—¿Pero, suyo?
—Suyo y de un municipal;
de un agente de órden público.
¡Cómo está la sociedad!
Todo esto se descubrió,
porque él se enteró de la
fidelidad de su... pues,
me encontró con ella, y, zás,
armó el guardador del órden
un escándalo, que ya!
—Miren la mosquita muerta!
—Qué costumbres, qué moral!
Perico, yo te aseguro
que no sé de quien fiar.
Desde hoy seré precavido,
no tengo la fatuidad
de considerarme experto,
pero alguna he de encontrar
digna de mi amor y mi...
—Dificilillo será.
—¿Difícil? pues esta vez
dar creo en el blanco,

—¿Vás
á emprender nueva conquista?
—No, que emprendida está ya.
¡Y que chica!
—Como todas
las que eliges.
—No en verdad.
—Siempre será alguna sierpe.
—Hombre, no juzgues tan mal.
La ví el domingo en paseo,
y desde entonces á acá
hemos progresado mucho;
pero mucho.
—¿No hay rival
de por medio?
—Si lo hubiese,
no te hablara de ella.
—Juan,
lo mismo dijistes antes.
—En esta hay seguridad;
he tomado mis informes,
y no me sucederá
lo que con las otras, Pedro;
esta es la suma bondad,
y en hermosura es un ángel.
—¿De retablo?
—Celestial.

Tiene un oyito en la barba,
y en las mejillas un par,
y otro oyito en...
—Por lo visto
en ella no encuentras mas
que profundidades.
—Pedro,
estoy hablando formal;
y trato de ir á pedirla
por que me quiero casar.
—¡Casar tú! buena locura;
mira, arrojate al canal
ahogate y cuenta te haces
que te has casado.
—Ya, ya!
¡Pero es posible, Perico,
que no hables con seriedad?
—¿Acaso tú hablas de veras?
A ver el pulso.
—Arre allá.
—Debes tener calentura
Métete en cama.
—Esto más?
y yo que vengo á decirte,
te entiendas con el papá...
—¿Tiene padre?
—Un comerciante

en pieles...
—Que acabará
por arrancarte la tuya.
Eso lo debes pensar
con mas calma.
—Lo he pensado.
—No seas loco; ven acá.
¿Es el tiempo que le tratas
suficiente, ¡pobre Juan!
para conocerla á fondo?
—Pues no lo ha ser! si tal.
En seis dias que la hablo,
Pedro, he podido estudiar
sus virtudes y defectos
y comprender su genial.
Su educacion es notoria,
toca bien, no canta mal,
viste con suma elegancia,
sabe esgrima y además
en la equitacion es un
prodigio de habilidad.
—Pues con todas esas cosas
no sabrá ni echarle sal
al puchero, ni coser,
freir un huevo, ni planchar,
y como esto, en mi concepto,
juzgo lo mas esencial,

de aquí, que tu nuevo amor
es otra barbaridad.
Déjate de niñerías,
no te precipites, Juan:
esa mujer no conviene
á tu bien ni á tu caudal,
que como dice la copla
y á fé que dice verdad,
no hay cosa que valga menos,
ni cosa que cueste más.

IV.

—¡Hombre, dichosos los ojos
que vuelven á verte, Juan!
¡Seis meses sin parecer
por casa! nuestra amistad
no es de ayer mañana.
—Pedro,
no vengas ahora á culpar
mi ausencia, cuando yo soy
quién de tí quejoso está.
—Pues, chico, no lo comprendo.
—Durante mi enfermedad
ni siquiera un mal recado

te he merecido.
—Me dás
tú ahora mismo la noticia.
—No has sabido...
—No en verdad.
Pero, ¿qué has tenido?
—Dicen
que un ataque cerebral,
de resultas de un disgusto
que me dió muy regular...
—¿La hija del de las pieles?
—Del de las pieles; cabal.
—Ya te advertí que en sus manos
ibas la tuya á dejar.
—Perico, no hablemos de eso,
no quiero acordarme más
de semejante coqueta;
hé sufrido mucho, y ya
que con la ayuda de un ángel,
por mi bien ó por mi mal
recuperé la salud,
hagamos punto final
en materia de mujeres.
—¡Qué regenerado estás!
—Ya de ninguna me fio,
¡de ninguna! digo mal
que debo escepcion hacer

de una santa, á quien pagar
no puedo, ni sus desvelos
ni su solícito afan
constante á mi cabecera
cual otro ángel tutelar.
—A quien te refieres?
—A una
niña de la vecindad,
que en compaña de su madre
me vinieron á cuidar,
dolidas de mi infortunio
y mi triste soledad.
Hoy me despido de ellas,
me voy de casa á mudar.
—¿Y porqué?
—Sábelo, Pedro:
yo siempre te fuí leal.
El trato de esas mugeres
me ha llegado á interesar
de tal suerte, que no sé...
—Comprendo: no digas mas.
—¡Tanto es mi agradecimiento,
tanto, tanto, que al notar
en la niña simpatías
hácia mi, Pedro, ¿creerás
que tiemblo?
—¿Que es lo que dices?

—La adoro y sufro al pensar
que pueda corresponderme;
¡que quieres? es tan fatal
la historia de mis amores,
que otro desengaño mas
fuera mi muerte.
—¡Diablo!
no conviene aventurar...
Mas vámos á cuentas: ¿ella
quién es?
—Sér angelical,
que en una guardilla habita
de mi misma casa.
—¡Yá!
Acerca de su fortuna
la pregunta está demás.
Vivirá...
—De lo que cose.
—Pues hijo, ya coserá!
Siga el interrogatorio:
¿Dices que por caridad
te asistieron?...
—Es así.
—Madre é hija? ¿Y me dirás
en que fundas la sospecha
de que ella te quiera?
—Ah!

en sus lágrimas furtivas
durante mi enfermedad,
y despues en sus miradas
y en el candor celestial
con que sus mejillas tiñe
cuando en mi presencia está.
¡Qué me cumple hacer?
—Tenorio,
que cual el otro Don Juan,
vás con tu amor recorriendo
toda la escala social;
tropezaste con tu Inés,
no la dejes escapar.
Esa niña regenera
tu sér, en ella tendrás
con la dulce compañera
la alegria del hogar,
y la madre de tus hijos
y tu dicha y tu solaz.
Esa modesta violeta,
es la flor que hallaste, Juan,
en tu camino de abrojos,
precursora de tu paz.
¡Bendita esa flor humilde
tan sencilla de encontrar!
no hay cosa que cueste menos,
ni cosa que valga más.

Dos ladrones.

Señor Alcalde mayor
no prenda usté á los ladrones,
porque tiene usté una hija
que roba los corazones.

I.

—¡Señor Alcalde mayor,
favor, socorro!
—¿Qué voces
son esas?
—¡Que me han robado!
—¿Pero cómo, cuándo y dónde?
—Ahora mismo, en este sitio,
y por sorpresa.
—¡Bribones!...
¿Eran muchos?
—¡Dos!
—Sus señas
al punto. ¡Voto á San Roque

que he de hacer un escarmiento
que resuene en todo el Orbe!
—¡Señor Alcalde, me han muerto:
tenga lástima de un pobre!
—Descuida, se hará justicia.
¿Qué señas tienen! responde.
—¡Son muy grandes y muy negros!
—¿Con que negros! ¡Caracoles!
¿Estás seguro?
—Seguro.
¡Ha sido terrible el golpe!
—¿Sus trazas son?...
—¡De incendiarios!
—¿Eso más? ¡Serán feroces!
—¡Ay, no señor; muy bonitos!
—¿Qué es lo que dices! ¡Demontre!
¿Estás demente ó borracho
que no contestas acorde?
—Ni lo uno, ni lo otro.
—¿Por dónde huyeron?
—¿Por dónde?
Por esa escalera arriba.
—¡Santo Dios, qué escucho! ¿Entónces
están dentro de mi casa?
—Sí, señor.
—¿Y así se esponen?...
Que vengan los alguaciles,

hay que tomar precauciones;
en echándoles la zarpa
veremos quién los socorre.
—¿Pero va usted á prenderlos?
—Como dos y diez son doce.
—*¡Señor Alcalde mayor*
no prenda usté á los ladrones!

II.

—¡Por vida del rey de bastos,
que esto es burlarse de un hombre!
se ha registrado la casa,
se han mirado los rincones
y allí no aparece nadie.
—No puede ser.
—No seas zote.
—Yo los hé visto...
—Quimera.
Tú solo has visto visiones.
—Señor Alcalde mayor,
digo que no estoy conforme;
que usté los tiene en su casa.
—Tendré que llamarte al órden?
Eso es decir que yo miento,

que los encubro.
—Hay razones
para sospecharlo así.
—Tunante!
—No se acalore,
que yo lo que digo pruebo.
—Estoy echando los bofes
de corage, y me parece
que como no te reportes,
voy á meterte en chirona
y á mandar que te deslomen.
—Esa será una alcaldada.
—Pues otras hice mayores;
que poder me dá la ley
y la vara atribuciones.
—¿Y es justo que tras robado
esa providencia tome?
Señor Alcalde mayor,
le repito, y no se enoje,
que tiene usted en su casa
á los culpables.
—Pero hombre,
estaré yo ciego? Sube,
sube conmigo y disponte
si no los hallas, á ser
blanco de mis iras.
—Conste

que aunque soy el agraviado
no tengo el pecho de roble;
y por si los encontramos,
le suplico que no tome
ningun berrinche con ellos,
que como yo los perdone.
—Anda, anda para arriba,
yo haré lo que me acomode.
—*¡Señor Alcalde mayor*
no prenda usté á los ladrones!

III.

—Estás convencido ya?
no hay otras habitaciones
en casa, ni mas personas
que mi hija y la maritornes.
Con que ya ves que no hay nada.
—En eso no estoy conforme,
que yo no tengo la culpa
de que sea usted miópe.
—¿Aún insistes?
—¡Cómo no!
No ha visto usted...
—Pero, en dónde?

—En su hija...
—¡Qué! Mi hija...
Será verdad? Los esconde?
—Al contrario, los enseña
y ese es el mal.
—¡Gran bodoque,
qué dices?
—Que en su carita
de rosa, muestra dos soles,
grandes, negros é incendiarios,
y ellos son los que esta noche
el corazon me robaron
cuando usted me oyó dar voces.
—¡Ahora salimos con eso?
¿A qué si tomo un garrote
no te dejo un hueso sano?
¡Habráse visto alcornoque!
—Por eso le dije á usted
no prendiera á los ladrones.
—Mira, salte de mi casa,
pero corriendo, al galope.
—Me echa usted!
—Basta de broma.
—Pero, señor...
—Toma el tole.
—¿Y mi corazon?
—Arrea!

—Avéngase usté á razones.
Señor Alcalde mayor,
así se despide á un hombre?
¿Hé de ser yo desgraciado
sólo porque se le antoje,
y *porque tenga una hija*
que roba los corazones?

Vino y Muchachas.

Permita Dios castigarme
con un plato de perdices,
una botella de vino
y una muchacha de á quince

I.

—Las diez! y ese condenado
de Paco... si ya lo dije:
noche que sale de casa
se olvida... Es un imposible
lograr que vuelva temprano.
Y yo en tanto... ¡Luego dicen
que las madres! ¡Oh, las madres,
somos unas infelices,
que con una morisqueta
nos engaña el menos lince!
¡Y el mio, que es tan tunante
y tiene tanto palique!
Siento pasos, ¿será él?

¡El mismo que calza y viste!
Entra y cierra.
—Sí, señora:
cerraré no se constipe,
que corre un gris esta noche
lo más sutíl y más...
—Díme:
¿qué horas de venir son estas?
—Pues las diez.
—¿Y no te dije
que vinieras á las nueve?
—Pero si eso no es posible.
Yo ya soy un hombre, madre,
y es razon que me dedique
á buscarle á usté una nuera
que la contemple y la mime.
—¡Con que esos son tus quehaceres,
gran demonio!
—No se irrite;
si no nací para fraile,
para qué reconvenirme?
Si viera usté qué morena!...
todo el barrio la distingue
por lo salada y lo hermosa;
y sabe usté lo que dicen?
que nadie para agradarla
con Paco el sastre compite.

—¡Trapalon!
—Si no es verdad
que ciegue. ¡Si soy un dije!
Usté no vé esta figura?
No hay mozos de mi calibre.
Está caliente la cena?
—Debe estar: con tu palique
se me olvidó... Siéntate.
—Pues venga antes que se enfrie;
y saque usté aquel vinillo...
—Que no quiero que te achispes.
—No tenga cuidado, madre;
hay que darle lo que pide
al cuerpo.
—Y si te hace daño?
—Hacerme daño? imposible!
Yo ya soy un hombre, madre,
y á mi edad, justo es me pirre
por un vaso de vino
y una muchacha de á quince.

II.

—Ten, tu plato favorito.
—¡Ajajá: buenas perdices!

Vale usté un imperio, madre.
¡Si digo que no hay quien guise
como usté! ¡Si uno se chupa
los dedos!
—Cena y no chistes
adulador.
—Lo que es hoy
no me cambio por un príncipe.
¡Y luego habrá quien reniegue
del mundo!
—¡Vaya un embite
que le dás al Valdepeñas!
—Madre deje usté que empine.
Si esto es gloria! Sabe usté
Santo Tomás lo que dice?
que un hombre bebiendo vino
ganó el cielo. ¡Cuánta pringue
tienen estas picaronas!...
—¡Otro trago?
—Y otros quince!
Hoy estoy alegre madre,
deje usté que me dedique
en cuerpo y alma á mi novia
al vinillo y las perdices.
¡Si viera usté qué bonita
estaba esta noche! Quite
usté esa mosca del plato.

—¿Qué mosca?
—¿No la distingue?
—Pronto el beber te hizo efecto.
¡Qué mosca, ni qué narices!
¡Cómo al mosto te aficiones
hijo, vás á divertirte!
—Pues, como la iba diciendo:
no hay mozo que no me envidie
al verme pelar la pava
con ella, y todos son chismes
y murmuraciones; como
que es tan guapa, y luego viste
con tanto primor, y tiene
unos piés tan chiquitines,
y una boquita menuda,
y en su cuerpo unos perfiles...
pero qué perfiles, madre!
—Bien, hijo, no te electrices.
—Por ella soy yo capaz
de vencer los imposibles.
—Cuidado con lo que haces
Paco, que despues... bien dicen,
que las mujeres y el vino
echan los hombres á pique!
—Eso no reza conmigo,
que no hay quién á mí se arrime.
—Dios quiera...

—Qué ha de querer!
No venga usté con melindres,
que Dios no se mete en eso.
—Ten cuenta no te castigue...
—Pues si quiere castigarme,
castígueme con perdices,
con vino de Valdepeñas
y con muchachas de á quince.

LA VUELTA DEL MARINERO.

Con qué pena vivirá
la mujer del marinero
que al pié del palo mayor
tiene pagado el entierro.

I.

Petra, la chica mas bella
que se ha visto en este suelo,
la morena mas graciosa
que se halla en el Universo,
está casada con Roque,
un honrado marinero
que deja al partir al mar
en tierra sus pensamientos.
circulan como corrientes
entre las gentes del pueblo
voces de que Petra llora,
come muy poco, y veneno
se le vuelve lo que come

si un airecillo ligero
llega á turbar de la mar
el reposado silencio.
Anoche la pobre Petra
sufrió un terrible tormento
y no ha pegado los ojos
revolcándose en el lecho
por que tres ó cuatro mozos
bien provistos de requiebros
se propusieron rondar
á las muchachas del pueblo,
y junto al cuarto de Petra,
no dicen si fué de intento
ó casualidad, mas sí
que ha sido verdad el hecho,
acércose un rondador,
y bajo el balcon ya puesto
al aire lanzó un cantar
que le robó á Petra el sueño,
porque es fama que cantó
al compás de un instrumento:
¡Con que pena vivirá
la muger del marinero,
que al pié del palo mayor
tiene pagado el entierro.

II.

¿Qué hace la Petra en la playa
y con los brazos al cuello
de un mozo como un trinquete
que le dá en la frente un beso?
¿Qué hace? Abrazar á su Roque,
su esposo, su marinero,
que tras dos años de ausencia
vuelve queriéndola y bueno.
Vistosa cinta de seda
ostenta sobre su cuello
con un canuto de lata,
pendiente de sus estremos.
Vuelve de servir al rey,
y bien le sirvió por cierto,
que una cruz de San Fernando
ufano muestra en el pecho.
Puso el pié en tierra anhelando
llegar á su hogar risueño,
hogar á quien en la ausencia
no apartó del pensamiento,
y al encontrarse en la playa,
á la vista de su pueblo,

y en los brazos de su esposa;
alza los ojos al cielo
y exclama: —¡Bendito Dios
que me concede el inmenso
placer de hallarme á tu lado
ya no mas á la mar vuelvo
que está en la tierra mi dicha.
—Sí, Roque: con tierno acento
exclama Rosa: de aquí
no te separes, que en ello
vá mi bienestar, no sabes
qué inquietud, cuánto tormento
pasa en noche tempestuosa
la mujer del marinero,
que al pié del palo mayor
tiene pagado el entierro.

RECLAMO.

Tú eres palomita blanca,
y yo palomito azul;
juntaremos los piquitos
y haremos cu-cu-rru-cú.

I.

—Lola, sal á la ventana,
que sin tus ojos no hay luz,
y está en tinieblas la calle
y tengo mucha inquietud,
por que tan solo y á oscuras
pudiera comerme el bú.
Ya sé, Lola, que tu madre
dice que soy un gandul,
y que me paso la vida
jugando al cané y al mús,
pero no debes hacer
caso de la vieja tú.
Piensa, Lola, en que tu Pepe

es de amantes el non-plus,
que te quiere y te requiere
y te querrá doble aun,
con un corazon mas grande
que de aquí á Calatayud.
Con que sal á la ventana
perla del reino andaluz,
que eres palomita blanca
y yo palomito azul;
sal y á través de la reja
ya que en la calle no hay luz,
juntaremos los piquitos
y haremos CU-CU-RRU-CÚ.

II.

—¿No sales, Lola? sin duda
no conoces mi inquietud,
cuando no abres la ventana!
¡Por vida del rey Saul!
¿Será quizá que á tu padre,
que es un pedazo de atun,
—y dispénsame el requiebro—
se le ha puesto en el testuz
que te ausentes y no salgas?

Díle que no haga el mambrú,
que lo que yo estoy haciendo
él lo hizo en su juventud;
que no pretendo ser cura
ni quieres ser monja tú;
que ya para bien de todos
se abolió la esclavitud;
que si casada has de ser
debes jugar el albur;
que prohibírtelo sería;
en él una ingratitud.
que eres palomita blanca
y yo palomito azul;
que queremos arrullarnos,
ya que en la calle no hay luz,
y que bajito, bajito,
haremos CU-CU-RRU-CÚ.

III.

—¿Lola, muchacha, no sales?
¡Por vida de Belcebú
que me vá cansando, Lola,
mi pacífica actitud!
Si es que mi amoroso afan

no te importa un altramuz,
ó que tu padre y tu madre
obrando de mancomun
no quieren salgas á verme,
dílo y emigro al Perú.
¿Mas ¿qué es esto? La ventana
siento abrir!... Lola!
—¡Gandúl!
deja tranquila á la chica,
ó por vida de Esaú,
que te rompo las costillas!
¿Has entendido?
—¡Jesús!
¡Es su padre!
—Sí, su padre,
que vá á rebentarte aun
si no te quitas de enmedio.
¡Pues no tengo poca cruz
contigo! Toda la noche
estás rurrun que rurrun
sin dejar dormir á nadie.
—Pues si busca usté quietud
deje salir á la Lola.
—Véte de la reja tú.
—¿Irme yo! no, señor; cá!
no me mueve ni un obús.
Ella es palomita blanca

y yo palomito azul.
—Pues como tome una tranca
te daré el CU-CU-RRU-CÚ.

QUEJAS.

Si me quieres, dímelo,
y sinó, dam · veneno;
no serás tú la primera
que ha dado muerte á su dueño.

I.

—¡Válgame Dios morenilla,
y cuánta pena que tengo
cuando por tu calle paso
y en la ventana te veo!
¡Ay, desgraciado del hombre
que humilde como el cordero,
queda esclavo de unos ojos
rasgados, grandes y negros.
¿Por qué siendo tan bonita
es tu corazon de acero?
¿Porqué, morena me tratas
unas veces con despego
y otras veces de ternura

es tu carita un espejo?
¡Quién pudiera comprenderte;
que yo, triste, no comprendo
esas contínuas mudanzas,
ese proceder incierto,
con que tan pronto me muestras
todas las dichas del cielo,
como matas mi esperanza
con el pesar del infierno!
¡Ay, morena de mi alma,
calma este horrible tormento;
si me quieres dímelo
y si nó dame veneno!

II.

¡Válgame Dios, morenilla,
cómo me roban el sueño
esa boquita de rosa
y esos traidores ojuelos!
Cuando paso por tu calle,
paso temblando y con miedo;
unas veces de alegria,
otras, ay, de sentimiento.
Quítate de la ventana

que yo morena, prefiero,
la desdicha de no verte
á verte con entrecejo.
¡Cuándo querrá Dios comprendas
el amor que hay en mi pecho!
¡Cuándo serán para mí
tus miradas de consuelo,
sin esas alternativas,
con que me tienes muriendo!
Termina ya de una vez
y dá fin á mis recelos:
si me quieres dímelo
y si nó dáme veneno;
no temas que la justicia
te venga á prender por eso,
que no serás la primera
que ha dado muerte á su dueño.

SERENO, NUBE Y TORMENTA.

A la mar tengo de ir
á llorar mi sentimiento,
pues que pase mi querer
en un molino de viento.

I.

—¿Me olvidarás?
—No seas niño.
—¿Me quieres?
—Si que te quiero.
—¿Mucho?
—Con toda mi alma.
—¡Soy feliz!
—Bien puedes serlo.
—¡Benditas esas palabras,
dulce encanto!
—Lisonjero!
—¡Eres mi vida; mi gozo!
—¡Y tú, mi dicha; mi cielo!

—¡Yo te adoro con locura!
—¡Y yo por tu amor me muero!
—¡Bien hayas, niña, bien hayas,
ya que así premias mi anhelo!
—(¡Qué gusto! ¡Ya tengo novio!)
—(¡Qué porvenir mas risueño,
si no he puesto mi querer
en un molino de viento!)

II.

—¿Porqué has venido tan tarde?
—Porque un amigo...
—¡Embustero!
—Pero mujer!...
—Calla!
—Callo.
—Son las cinco.
—Bien lo veo.
—Me tienes muy enfadada.
—Pero...
—Déjate de peros;
si otro dia vienes tarde,
tomo de mamá el consejo.
Con razon dice que soy

tonta, porque te consiento
hacer tu gusto; otra vez
que vengas tarde, rompemos.
—Es que...
—Calla! que la masa
no está para hacer buñuelos.
—Pero...
—¡Malhaya esa fruta!
—¡Mujer!
—¡Que calles te ordeno!
(Así se domina al hombre.)
—(Asi se prepara el trueno:
No hay mas; puse mi querer
en un molino de viento.)

III.

—¿No te sientas á mi lado?
—No.
—¿Porqué?
—Porque no quiero.
—Razones de pié de banco.
—Es fuerza que terminemos.
No me convienes.
—¿Qué dices?

¿Ahora salimos con eso?
—Tengo otras aspiraciones,
y pasar no quiero el tiempo
inútilmente: mamá
me dió anoche este consejo.
—¡Luégo tu amor fué mentira!
—¿Amor?... y yo qué sé de eso?
—¡Merecias!...
—¡No me faltes!
—¡Por vida!... ¡Coqueta!
—¡Nécio!
No puedes negar la casta.
—¿Qué dices?
—Que me arrepiento
de haber puesto la mirada
en joya de tanto precio.
—(Gracias á Dios que se vá!)
—(¿Amor? ¡Mentira!)
—(¡Otro al puesto!)
—¡Qué bien me lo figuraba!
esto le sucede, esto,
al que pone su querer
en un molino de viento.)

FLORES.

Ven hermosa serrana,
ven á mi selva,
que el sol por estos campos
tu rostro quema;
ven y no tardes,
que aquí hay fuentes y sombras
y amor y amante.

I.

Niña: la Primavera
llena de encantos,
con sus galas alegre
borda los campos;
y el agua corre
en arroyos que bañan
llanos y montes.

—

Las flores caprichosas
de la pradera,
en sus débiles tallos
se balancean,
al tierno impulso

de la brisa, que abriendo
vá sus capullos.

—

Las aves, en lo espeso
de la enramada,
cantan apenas sale
la luz del alba,
y esos cantares
himnos son que á la aurora
lanzan las aves.

—

El sol con sus vistosos
tintes de grana,
ilumina la cima
de la montaña,
y sus reflejos
la grandeza nos muestran
del Sér Supremo.

—

Vente, niña donosa,
ven á mi lado,
y gozarás la alegre
vida del campo;
ven y no tardes,
que aquí hay fuentes y sombras
y amor y amante.

II.

De la ermita los bronces
tocan á misa,
y á la ermita afanosas
corren las niñas;
que el señor cura,
no quiere que al precepto
falte ninguna.

—

Por aquí vá una moza
de ojitos negros,
el corazon robando
de los mancebos;
por allá otra
con ojitos azules
como la gloria.

—

Apenas terminada
sea la misa,
en la puerta del templo
tendremos rifa;
y por la tarde
bajo los altos olmos

merienda y baile.

—

Ven á gozar del campo
la vida alegre,
y no temas, mi niña,
que el sol ardiente
queme tu rostro:
que ofenderse no pueden
un sol con otro.

—

Vente pues á mi lado
si amar te gusta;
ven y serás la reina
de la hermura;
ven y no tardes,
que aquí hay fuentes y sombras
y amor y amante.

TAL PARA CUAL.

Cuatro cuartos me dá el Rey
y con ellos me mantengo,
le pago á la lavandera
y me quedan tres y medio.

I.

—¿Se pué pasar?
—Adelante.
¿Qué trae, cabo Podenco?
—Con premiso.
—Usté lo tiene.
Asiéntese. ¿qué hay de nuevo?
—Oiga usté, señor Alcalde:
aquí *vuesencia* y yo semos
las presonas risponsab'es
de lo que pase en el pueblo.
Vuesencia es la autoridá
cevil y yo por lo inverso,
soy la autoridá encevil.

—La melitar.

—Justo; eso.

La pátria fia en nosotros;
y bien pué fiar: no es esto?
y nosotros gobernamos,
porque... ¿semos ó no semos?
—¿Pero hombre qué es lo que pasa?
—Que se conspira. Ya tengo
á toa la guarnicion,
á mis cuatro granaeros
metios en sus cuarteles,
apreparaos; y he puesto
un centinela en la puerta
de mi comendancia, y vengo
para descutir el caso,
y una vez puestos de acuerdo
publicar la ley marcial
como es mi deber, y luego
vuesencia queda en su casa
y yo solito gobierno;
y si el pueblo se esgobierna
rompo el alma á medio pueblo
y queda asegurao el órden.
¡Soy ó no el cabo Podenco
comendante melitar
de tóo el departamento!
—¿Pero, tiene *usía* noticias?...

—Y gordas! El tio Cencerro
el albeitar, un gitano
mas gitano que mi abuelo,
dice por ahí que *vuesencia*
es muy animal.
—¡Cerezo!
—Y habla de contribuciones
y de economías.
—¡Cuerno!
—Dice que el gobierno es malo.
—¡Canario!
—¡Malo el gobierno!
—¡Eso es gordo!
—Y que no pagan.
—¡Eso es mas gordo!
—¡Embustero!
¡Cuatro cuartos me dá el Rey,
y con ellos me mantengo,
le pago á la lavandera
y me quedan tres y medio!

II.

—Da *usia* premiso?
—Adelante.

y tome *vuesencia* asiento.
—Pues yo vengo á ver á *usia*,
como alcalde, con objeto
de decirle que hace poco
he recibido este pliego,
en el cual se me previene
que diga al cabo Podenco
que reuna toas sus fuerzas
y salga con viento fresco
camino de los Madriles.
—¿Y quién le escribe?
—El Gobierno!
—Eso es sin duda que temen
algo muy gordo, y por eso
me llaman.
—¡Válgame Dios!
¿con el pueblo que hacemos?
—Se levanta el estao á sitio
y quea libre el tio Cencerro.
Conque adios, señor Alcalde,
y hasta la vuelta si vuelvo.
Memorias á la Alcaldesa.
—Que se conserve *usia* bueno.
—Gracias.
—Y no nos olvide.
—Corriente.
—Dele al Gobierno

afectos de nuestra parte;
y *usia* sabe que en el pueblo
le estamos agradecidos
—Ya lo sé.
—Y le queremos,
si tiene *usia* algun apuro
con escribir...
—Ya lo creo.
—Todo cuanto *usia* pida
irá á vuelta de correo.
—Aprovecharé la oferta
si me encuentro en un aprieto:
pero ya sabe el alcalde
que yo con poco me arreglo.
Cuatro cuartos me dá el Rey
y con ellos me mantengo,
le pago á la lavandera
y me quedan tres y medio.

ENTRE MORENOS.

Moreno Pilatos á Cristo,
morena á la Magdalena,
moreno es el bien que adoro,
¡Viva la gente morena!

I.

Sal morena á la ventana,
que hay quien en la calle espera.
—Ya estás servido, moreno.
—Dios te lo pague, morena.
—¿Qué miras?
—¡Qué he de mirar!
¡Válgame Dios, y que hembras
cria el Todopoderoso!
Vales más plata que pesas,
y hay mas sal en ese cuerpo
que se cria en Torrevieja.
—¡Ay, que guason!
—¡No te rias!

—Te gustan las caras sérias?
—Lo que á mí me está gustando,
es lo que catar quisiera
que tienes en esa boca
unas hileras de perlas,
que, la verdad, morenilla,
¿sabes á que se asemejan?
á torroncitos de azúcar
engastados en canela;
y yo, como soy goloso
desearía... considera!
—No te entiendo: habla mas fuerte.
—Repetírtelo pudiera:
mas como hay tanta distancia
desde la calle á tu reja,
si esfuerzo la voz, las gentes
de la vecindad se enteran.
—Pues sube á casa.
—¿Estás sola?
—Con mi madre.
—Abre la puerta.
—*Entre pues, el bien que adoro.*
—*¡Viva la gente morena!*

II.

—¡Ay, morenita del alma,
qué bien estamos tan cerca!
¡qué talle tienes tan lindo!
—Moreno, las manos quietas,
que puede verte mi madre.
—No vés que duerme? No temas.
—Pues si insistes la despierto
y te pone en la escalera.
—¿Y vás á ser tan tirana?...
En fin, tengamos paciencia.
¡Ay, que crucecita de oro
pendiente del cuello llevas!
¿Quién te la ha dado?
—Mi padre
me la trajo de la féria.
—¡Y tu garganta de altar
le está sirviendo? Quisiera
dar un besito á la cruz
y al altar en que se ostenta.
—¡Aparta!
—Soy muy cristiano
y devoto.

—¡Qué despierta
mi madre!
—(¡Malhaya amen
el demonio de la vieja!)
—Vete, que mi padre viene,
gana lijero la puerta.
—Bueno, en la calle te aguardo
cantando bajo tu reja:
Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena,
moreno es el bien que adoro,
¡viva la gente morena!

PAZ OCTAVIANA.

Permita Dios que diluvi-
ce no en tiempo de Noé,
y que se lleve á mi suegra,
mi cuñada y mi mujer,

I.

—Pepe, esta noche he soñado...
¿á qué no aciertas en qué?
—No es fácil.
—¡Ha sido un sueño
tan agradable!... Oye bien:
Soñé que tú, Pepe mio,
eras muy tierno, muy fiel
para tú esposa.
—Los sueños
predicen verdad; lo vés?
—Que en mí tu dicha cifrabas,
y era, Pepe, tu placer
tenerme contenta.

—Bueno:
ese es todo mi interés.
—¿Reparaste en el vestido
que lucia antes de ayer
en paseo la de Perez?
—Sí por cierto; reparé,
y por Dios que no comprendo
tanto lujo en la mujer
de un empleado en Hacienda,
por que la paga del mes
no es elástica, al contrario,
se encoje que es un placer.
—Pues mira tú, Pepe mio,
¿quieres creer que soñé
que uno igual me habias comprado?
—¿De veras? ¡Qué candidez!
Los sueños son disparates,
no vuelvas mas á creer...
—Y estaba tan confiada
en estrenarlo, oye bien,
para el dia de tu santo...
—¡Qué tontuna! San José
no se ofenderá por eso;
¿qué entiende de modas él?
¡Pues estaria gracioso
que reparara... pardiez!
un humilde carpintero...

Vamos, no pienses mujer
en tal cosa.
—¿Con qué no?
Eres Pepe, muy cruel!
Yo confiaba...
—Mal hecho.
—Pero...
—Si no puede ser.
—Yo tenia ese capricho.
—Puedes pasarte sin él.
—¿Es decir, que me le niegas?
—Rotundamente.
—¡Muy bien!
¡Qué desgraciada que soy!
¿Y para esto me casé?
—Tengamos la fiesta en paz!
—Hombre sin Dios y sin ley.
—Dí mejor que sin un cuarto
y acertarás.
—Yo me iré
ahora mismo con mi madre;
no quiero tu esclava ser.
—Pues hijita, buen viaje
y escribe en llegando.
—¡Qué
desengaño!
—¡Qué martirio

tan infernal!

—¡Pepe!

—¡Inés!

—¡Permita Dios, pues me voy,
que no me vuelvas á ver!
—*Permita Dios, que diluvie*
como en tiempos de Noé.

II.

—¿Pepe, se puede pasar?
—Hola! Adelante Isabel.
¿Qué hay de nuevo cuñadita?
—Hombre, que te vengo á ver
á manera de enviado
plenipotenciario.

—¡Eh!

—Que vengo á tratar contigo,
con el fin de establecer
la paz en un matrimonio
que siempre se quiso bien.
Mi hermana está resentida
de tu inícuo proceder,
y se lo ha dicho á mamá,
y mamá me ha dicho: vé

y domestica á esa fiera,
predícale su deber;
y á eso he venido, Pepito.
Vienes en valde Isabel,
Tu hermana se fué de aquí,
y si aquí quiere volver
que vuelva; yo no me opongo,
pero ir por ella? no á fé.
—Se puede conciliar todo:
cada cual debe ceder
un poquito; ella vendrá,
pero es preciso á la vez
que tú tambien por tu parte
la procures complacer.
Debes comprarla el vestido
orígen de este belen.
—Lo que es eso, cuñadita,
perdona, que no ha de ser;
primero, porque no puedo,
y segundo por que sé
que vienen tras el vestido
nuevos gastos.
—¡Por Luzbel
que un marido como tú,
es raro ejemplar!
—Tal vez.
No quiero que de mí digan

lo que de otros muchos.

—Bien.

Es ese tu fallo?

—Justo.

—Pues no pondrá aquí los piés.

—Que no los ponga.

—Mamá

en breve vendrá á tener

una entrevista contigo.

—Suplícala la merced

de evitarme otro disgusto.

—Pareces aragonés

en lo testarudo.

—Bueno;

no doy mi brazo á torcer.

Conque, ya puedes dejarme

tranquilo,

—¡Qué avilantéz!

¿Me despides?

—No; te ruego

que me dejes.

—Bien; me iré!

¡Con cuánta razon mi hermana,

huye de tí!

—Qué mujer!

mas insoportable! ¡Vete!

—Si, si; no te cansaré.

¡Oh, no mereces la esposa
que Dios te ha dado!
—¡Otra vez?
—Si yo en su lugar me hallara,
te arrancaría la piel,
y los sordos nos oirían,
y armaría un somaten...
—Pero cómo no lo estás
no tienes ese placer.
—¡Hombres! No hay ninguno bueno.
—¡Mujeres! Sois un eden.
—Muy tiernos en un principio!
—¡Luego duros de cocer
no es eso?
—Basta de burlas.
Me retiro.
—Hasta despues.
—Conste que vine de paz,
con el mas noble interés,
pero que tú quieres guerra.
—Eso: guerra y sin cuartel.
—¡Permita Dios que la tengas
por siempre jamás amen!
—*¡Permita Dios que diluvie*
como en tiempos de Noé!

III

—Señor don José de Urrutia,
caballero don José,
muy señor mio y mi yerno
por gracia de no sé quien,
porqué de Dios es seguro,
seguro no pudo ser.
Hoy, una madre agraviada
pone en su casa los piés
para exigir á usted cuentas,
y debe darlas usted.
—Mi señora doña Cármen
Molinillo y Esquivel:
muy señora mia y suegra
por gracia de Lucifer;
si viene usted á mi casa
á promover un belen,
la suplico que lo deje
para otra ocasion.
—¡No á fé;
hoy se cometió la falta
y hoy es preciso que usted
dé esplicacion de su inícuo

de su injusto proceder.
—¿Viene usté á retarme?
—Vengo
de fuerza ó grado á obtener
la satisfaccion que busco.
—Corriente, se la daré.
Elija padrinos y armas
y antes del anochecer
quedará usted satisfecha
con todas las de la ley.
—¡Uf, qué gracia tan sin gracia:
como todas las de usted!
—No se merece otra cosa
su nécia ridiculez.
—Caballero, seamos claros:
abandone ya el papel
de payaso de comedia:
el asunto sério es;
usté es el culpable, y yo
soy en esta causa juez.
Vamos á ver: ¿usted quiere
ó no quiere á mi hija Inés?
—Con una sola respuesta
la voy á satisfacer:
quiero á Inés, sin los caprichos
del fausto y del oropel,
la quiero por cosa propia,

la quiero por mi mujer,
pero, si me ha de arruinar
con su ridículo tren,
si ha de ponerme en berlina
y antes que mia ha de ser
de la nécia moda esclava,
señora, no quiero á Inés.
—¡Pues no toma usted las cosas
con poco calor! ¡Qué bien
dicen, que tiene usté un génio!...
¿Y qué es lo que piensa hacer?
—Yo, nada.
—Inés está en casa
desde esta mañana.
—¿Y qué?
—Que debe usted ir por ella,
sin echarlas de cruel.
Ella no obró con prudencia...
la conozco... pero usted
como persona de peso,
formal y de sensatez
debe dispensarla...
—Nunca;
no soy de ese parecer.
—Y además, por sorprenderla
llevarla el vestido aquel
que motivó...

—No, señora;
no soy tan memo.
—(¡Qué pez
es este yerno!)
—(¡Qué trucha
es esta suegra!)
—¿Con qué
no cede usted don Pepito?
—No la puedo complacer.
Ella se fué por su gusto,
y es muy justo, ya que fué
por su gusto este disgusto,
vuelva por su gusto.
—Pues
ya que es esa su opinion;
ya que vine á interceder
y me desaira de un modo
impolítico y soez...
—Señora!
—No faltará
quien le haga á usted comprender
lo que se debe á mi sexo.
—¿Pero está usted en Belen?
—Mañana se entenderá
con mi primo el brigadier,
que es hombre terrible: dicen
que en la guerra del francés

se comió dos mamelucos.
—¿Y á mí que me cuenta usted?
—Permita Dios que le trinche,
y le convierta en bisttec.

. . . . . .

Y sale la suegra airada
y el yerno suda la pez,
alza los ojos al cielo,
y esclama: pequé, pequé.
¿Qué hice yo para sufrir
este tormento cruel?
¡Permita Dios que diluvie
como en tiempos de Noé,
y que se lleve á mi suegra,
mi cuñada y mi mujer.

¡MÚSICA... MÚSICA...

Con los musiquitos, niña,
poquita conversación,
porque siempre están pensando
en el do, re, mi, fa, sol.

I.

—¿Con quién habla esta muchacha?
Quítate de ese balcon.
¡Qué chica tan balconera!
Desde que amanece Dios
no se ocupa de otra cosa.
¡Entra muchacha!
—Ya voy
abuela.
—Vamos, prontito:
que hace un frio superior,
y luego te quejarás
de sabañones y tos.
¿No me has oido?

—Si, abuela.
—Cualquiera diria que no.
Anda, que va siendo tarde
y se atrasa la labor.
—Si es que hay música en la calle.
—Dentro de la habitacion
tambien la puedes oir.
Pero yo siento una voz...
A ver? ¡Ciertos son los toros!
Por la Vírgen de la O!
No escuchas tu los acordes
del oboe y el fagot,
otras son las melodias
que te llaman la atencion.
Entra al punto.
—¡Ay, abuelita
que martirio tan atroz!
No la deja usted á una
respirar.
—Cierra el balcon.
—Ya lo está!
—¿Con quién hablabas?
—Con nadie.
¿Piensas que yo
soy tonta? ese barbilindo
te estaba hablando de amor..
—¡Jesús, abuela, qué cosas

tiene usted!

—Sí, niégalo.

¿Quién es ese mequetrefe?

Sé franca, que es lo mejor.

—El jóven que usted ha visto,

abuela, me conoció

este otoño en los conciertos.

—¿Es músico?

—De aficion.

—¡Y vá con la murga!

—Sí,

por ensayarse.

—¡Qué horror!

—¿De qué se admira?

—De nada.

—¿No quiere que le hable?

—No.

con los musiquitos, niña,

poquita conversacion.

II

—¿En dónde está esa muchacha?

Ya tenemos la cancion

de anoche. Otra vez la murga.

¡Estamos bien, como hay Dios!
Y ella... como si lo viera,
ya estará puesta al balcon.
A ver? No hay nadie! Milagro.
Estará en su cuarto? No.
Calle! si está al ventanillo
asomada, y el rumor
de sus palabras percibo,
y afuera se oye otra voz!...
El músico condenado
por la escalera subió,
no hay duda: hay que ser un Argos
con estos chicos. ¡Bribon!
¿Qué la dirá? Si pudiera
escuchar... ¡Hola, cerró!
¿Con quién hablabas?
—Abuela,
con nadie.
—Te he visto yo
asomada al ventanillo.
—¿A mí?
—A tí.
—¡Qué aprension!
—Tú con el músico hablabas.
—Abuela, digo que no.
—¡Si yo te escuché, á qué niegas?...
—Qué bonito rigodon!

ganas me dan de bailarlo.
—¡Hazte la tonta!
—¡Qué atroz
se pone usted!
—¡Baila, baila,
búrlate de mí! Mejor.
¡Ay, como tu padre llegue
á sospechar lo que yo,
me parece á mi que á palos
vas á bailar la galop!
—Pero abuela usted se enfada
sin motivo ni razon.
—¿Es que pretendes negar...
—Pues bueno: ya que lo vió
le diré que si, que hablaba.
mas guarde el secreto.
—No,
cómplice no quiero ser
en tus amores.
—¡Por Dios!...
—Nada le diré á tu padre,
pero vé con precaucion
y advierte á ese pollo tísico,
pues de tal es su esterior,
que ande con ojo, y no vuelva
á subir como hoy subió,
que si tu padre le encuentra

puede romperle un alon.
—¡Pero Señor, qué manía
le tiene usted! Por favor
abuela, motivo existe
para tamaña aversion?
—Mira, niña, yo me entiendo,
y te quisiera mejor
empleada; por lo mismo
no varío de opinion.
Yo fuí jóven como tú;
¡dichosa edad, ya pasó
como pasan las venturas
por este mundo, veloz:
pero hija mia, al pasar
la experiencia me dejó;
y por eso te aconsejo,
no ya una vez, sino dos,
que con los músicos niña
poquita conversacion.

III

—¡Gracias al Verbo Divino,
no se siente ni el rumor
de pisadas en la calle,

ni me aturde el diapason
de la murga las orejas!
¿terminaste la labor?
—Si, señora.
—¿Y cómo es
que no sales al balcon?
—Porque no hay nada en la calle
que me interese.
—¡Señor!
¿Tronaste ya con el novio?
¡Ay hija, gracias á Dios!
—Cá, no señora; al contrario:
va en aumento nuestro amor;
y piensa casarse...
—¡Música!
No hagas caso.
—¿Porqué no?
Al despedirnos, anoche
repitióme con pasion,
que yo era el ángel celeste
que él en sus ensueños vió.
—¡Música!
—¡Abuela!
—Repito
que es música esa cancion.
—El asegura...
—¡Quimera!

—Dióme palabra de honor
de venir á hablar á padre.
—Música, música!
—Oh!
se pone usted insufrible
abuela. ¿Por qué razon
duda usted?...
—Porque no fio
en gentes de solfa. Yo
tuve allá en mis buenos tiempos
un desengaño feroz,
y desde entonces, querida,
tengo á la música horror.
Figúrate, que asistiendo
á la representacion
de una opereta que hacian
allá, en el Circo de Pol,
observé que me miraba
el que tocaba el violon
con tan marcada insistencia,
con tanta ternura... ¡Ay, Dios,
al recordarlo se llenan
mis mejillas de rubor!
En fin, aquella mirada
me puso en ebullicion
la sangre, y el niño ciego
su agudo dardo clavó

en este corazoncito
sin la menor compasion.
Admití al músico en casa,
y allí, solitos los dos,
en vez de dulces palabras
me tocaba un rigodon,
Nunca estábamos acordes,
y en tanto que yo de amor
le hablaba, y de matrimonio,
él con el *fá* y con el *sol*,
me endilgaba cada solo,
que era una bendicion.
Así pasaron seis meses,
así medio año pasó,
hasta que al cabo, aburrida
de aquel bendito varon
y de su eterno solfeo
lo puse en la calle. Job
no tuvo tanta paciencia
como en aquel trance yo.
—¿Pero, abuela, eso qué tiene
que ver en esta ocasion?
Porque el de usté fuera así,
los demás...
—¡Calla por Dios!
Los demás serán lo mismo;
no lo dudes, igual son.

Por eso, desde el momento
que á mi noticia llegó
la profesion de tu amante,
dije al ver su profesion:
Con los musiquitos niña
poquita conversacion,
porque para ellos es cosa
muy pasajera el amor;
porque siempre están pensando
en el do, re, mi, fa, sol.

SI YO FUERA GATO NEGRO.

¡Si yo fuera gato negro
y entrara por tu ventana
á ti un besito te diera
y á tu madre la arañara.

I.

¡Bendiga Dios esos ojos
que roban su luz al alba,
y esos cabellitos rubios
y esa divina garganta.
¿Porqué has de ser tú tan linda,
y tu madre tan uraña,
y yo tan enamorado,
y mi suerte tan contraria?
Tu calle de arriba abajo
sé lo que mide de larga,
pues no paro de dar vueltas
desde que los gallos cantan,
y no sabes cuando paso

lo que por mi cuerpo pasa,
que unas veces calor siento,
y otras frio de tercianas.
Para curar mis dolencias
hay una receta sábia
de la que eres ingrediente
y tu madre boticaria.
¡Mas, ay, que en esa botica
tengo prohibida la entrada!
¡Si yo fuera gato negro,
y entrara por tu ventana!

II

Dicen que es el mal de amores
enfermedad que no aplacan
ni el bálsamo de la ausencia
ni el baño de la esperanza;
por eso vengo buscando
ya de mi muerte en las ánsias
la esencia de tu sonrisa
y el ópio de tus miradas.
No te separes, mi vida,
de los hierros que te guardan
no te ocultes que me ciegas,

no te ocultes que me matas.
Muéstrame para consuelo
los luceros de tu cara,
y alimenta mis deseos
con la miel de tus palabras,
¿Por qué tu señora madre
tiene tan negras entrañas
que comprendiendo mi pena
no deja tu puerta franca?
¡Mal haya mi perra suerte,
una y cien veces mal haya!
¡Si yo fuera gato negro,
y entrara por tu ventana!

III

¡Si tú supieras, mi vida,
si tú supieras, mi alma,
la série de pensamientos
que de contínuo me asaltan!
Cada vez que considero
las fatigas que me acaban,
sufro con mis ilusiones,
muero con mis esperanzas.
¿Porqué Dios, puso en tus ojos

esa luz que envidia el alba,
dos rosas en tus mejillas
y en tu sonrisa su gracia?
¿Porqué al dotarte de encantos
y de figura gallarda
no te concedió una madre
un poquito mas humana?
Subir anhelo á la gloria
y hallo la puerta cerrada:
tu madre tiene la llave,
¿en donde niña, la guarda?
¡Si yo fuera gato negro
y entrara por tu ventana,
á tí un besito te diera
y á tu madre la arañara.

LA DICHA ES SUEÑO.

Soñé la dicha de hallarme
preso en tus amantes brazos,
desperté y huyó la dicha;
¡feliz quien vive soñando!

I.

En una tarde de Estío
y bajo el verde emparrado
que dá benéfica sombra
á tu albergue solitario,
lamentaba yo tu ausencia,
con tierno afan contemplando
el bello nido de amores,
do en tiempo no muy lejano
fué norte de mi esperanza
la sonrisa de tus lábios.
En aquella hermosa tarde,
fuese efecto del cansancio,
fuese que á ello convidaba

la tranquilidad del campo,
quedeme, niña, dormido,
á la par que en tí pensando.
Soñé... (De tan dulce sueño
conservo el recuerdo grato)
Soñé, prenda de mi alma,
que me encontraba á tu lado,
que en tus ojos hechiceros
de mi amor divino faro,
contemplaba mi ventura
al admirar sus encantos!
Soñé, que tus blondos rizos
por el céfiro agitados,
acariciaban mi frente
de amor mi pecho inundando.
Soñé que tu esbelto talle
estrechaba entre mis brazos
y que era así mas dichoso
que el monarca en su palacio...
¡Mas, ay, que la dicha es sueño!
y como tal humo vano!
Desperté y huyó la dicha,
¡Felíz quien vive soñando!

II.

¡Ay, cuán tranquilo á la sombra
de aquel espeso emparrado
que dá benéfica sombra
á tu albergue solitario,
dormido quedé una tarde
en tus amores pensando!
Cuán dulce que fué mi sueño,
y el despertar cuán amargo!
Soñaba, que á orillita
del arroyuelo cercano,
los dos, vida de mi vida,
eterno amor nos juramos.
Y solos, sin mas testigos
que las aves, que en su canto
por hermosa te aclamaban
la perla de nuestros campos;
sin mas rumor, que el susurro
del fresco arroyuelo manso,
quise, niña, con un beso
sellar mi amor en tus lábios.
Ceñí tu esbelta cintura,
sentí en mis hombros tus brazos,

los rizos de tus cabellos
casi mi frente tocaron,
tu aliento aspiré y entonces
quise besar... ¡pero en vano!
Desperté y huyó la dicha!
¡Feliz quien vive soñando!

———

QUID PRO QUO.

Quieres vivir santamente?
cásate y tendrás mujer;
sin haber sido teniente
llegarás á coronel.

I.

—Ya te he dicho, Concepcion,
que mientras voy al cuartel
no me has de salir de casa,
ni abras el balcon, ni estés
detrás de las cortinillas.
—Pero hombre!
—Pero mujer!
Yo me entiendo y bailo solo.
Tengo buena vista.
—¿Y qué?
—Nada: que como descubra
en tí la menor doblez...
—¡Cucufate!

—¡Concepcion!
—Eres atroz!
—Verdad es.
Por eso me han dado el grado
de Subteniente.
—Lo sé.
—Yo siempre he sido muy bruto...
—Ya te se conoce bien.
—Y cabo de vara en tiempos
del general O'donéll.
Y andaba el cuartel al pelo;
como que yo andaba en él
distribuyendo mas leña...
Desde entonces, Concha, sé
que no hay cosa como el palo
para no andar al revés.
Espero que no lo olvides.
—¡Y yo qué tengo que ver?...
Tú me ofendes.
—Ayer tarde,
ví un zascandil con chaquet
puesto en la acera de enfrente
con mucha desfachatez
mirando al balcon, estás?
gracias que en él no te hallé.
—Jesús! Eres mas celoso
que un turco!

—Voto á Luzbel,
que si te hallo, te divido.
Con que mucho ojo y amen!
Ya te puedes retirar.
—¡Uf, qué génio!
—Déjame.
¡Vete de mi vista!
—¡Ay!
—Vete á tu cuarto á coser.
—¿Pero, por qué estás tan fiero?
—No te lo hé dicho? Porqué
sin haber sido teniente
no quiero ser coronel.

II.

—No hay que fiarse en las hembras,
que estudian con Lucifer:
yo no soy celoso, pero
me encuentro mal desde ayer.
Aquel monuelo me escama.
No lo dije? mire usted
que es mucha droga! ya está
frente al balcon otra vez!
Le voy á romper los huesos.

Y yo que he de ir al cuartel!
Cómo hacerlo? Es tan difícil
el guardar á una mujer!...
De qué medio me valdria...
Qué gran idea! ¡Manuel!
Ven aquí, al punto, muchacho.
—Mi alférez qué manda usted?
—Toma el fusil y de guardia
aquí te vás á poner
hasta que yo vuelva á casa;
vigila el balcon: si vés
que por cualquier circunstancia
quiere salir mi muger,
le dás el quien vive.
—Bueno.
—Eso por primer vez.
—Y la segunda?
—Lo mismo.
—Y la tercera?
—Tambien.
—Y á la cuarta, le hago fuego!
—Hombre, no. Qué estúpidez!
Si no obedece á la cuarta...
—Se la llevo á usté al cuartel!
—La encierras en la cocina
y echas la llave.
—Muy bien.

—Que no olvides la consigna.
—Mi alferez, descuide usted.
—(Este chico es de fiar:
es honradote y es fiel...
y soltero; estoy á tiempo
de aconsejarle: deber
es mio: no quiero verle
desgraciado) Oye, Manuel.
Tienes novia?
—No, señor;
pero la pienso tener.
—Pues mira, ese pensamiento
te puede costar la piel.
—¿Cómo es eso?
—Hazle la cruz
al diablo y á la muger.
Es consejo que te doy
por que te aprecio.
—Está bien,
pero usté me dá un consejo
mi alferez, que yo no sé
si me podrá aprovechar:
es tan contrario á la ley...
Dicen que el mejor estado
del hombre...
—¡Cuánta sandez!
—Es el de casado.

—Bueno:
pues entonces casaté.
—¿Hay mal en ello?
—No es cosa:
ya me lo dirás despues.
Casaté y harás carrera,
casaté y tendrás muger;
sin haber sido teniente,
llegarás á coronel.

III.

—Entre usted, don Cucufate,
Señor marido, entre usted,
que he de ajustarle una cuenta.
—¿En donde se halla Manuel?
—Encerrado por rebelde,
desleal y descortés.
—¡Y así abandona su puesto!
He de fusilarle.
—Bien:
eso á mi nada me importa;
lo que yo quiero es tener
una esplicacion contigo.
Responde, Matusalen:

tan poco soy de fiar,
tal dudas de mi honradez
que centinelas me pones
cuando te vás al cuartel?
—¡Concepcion, no pidas cuentas!
—Ha de dármelas usted.
Ya estoy cansada, lo entiendes:,
de tanta ridiculez.
Yo no soy una cualquiera,
si contigo me casé
fué porque creí que en todo
eras un hombre de bien;
pero si hubiese sabido
lo celoso y lo soez
que eres, primero muerta
que tuya.
—Pero muger,
me quieres dejar hablar?
No es justo que ahora me dés
una desazon; por vida!...
vengo arrojando la hiel!
Suponte, que el mequetrefe
que con tanta avilantez
frente al balcon se coloca
es... tú no sabes quien es?
—Ni quiero.
—Pues es el hijo

segundo del brigadier.
Hace el oso á la vecina
del entresuelo...
—Y qué?
—Y qué?
Que yo, creyendo venia
por tí, le acabo de ver,
é ignorante de quien era...
le he desafiado.
—Y él,
admitió el reto?
—De risa
no se podia tener.
«Amar yo á esa cigüeña»
dijo: «¡pobre hombre! está usted
asegurado de incendios,
vaya páselo usted bien.»
Y volviéndome la espalda
tranquilamente se fué.
—Pues ya has visto, con tus celos
que magnífico papel
has hecho! Si no varias,
Cucufate, has de tener
un disgusto á cada paso.
—Pero si yo...
—Si estás bien
seguro de mi cariño,

¿á qué esos celos á qué?
—Tienes razon, desde hoy
juro ser otro, mujer.
—Pues con esa condicion
te perdono; pero vé
con cuidado, Cucufate,
por que ya debes saber
que cántaro que á la fuente
vá mucho, se quiebra.
—Pues,
Concepcion, que no se quiebre!
—Hijito, trátalo bien;
de lo contrario te espones,
y entonces...
—¿Entonces, qué?
—No será extraño te quejes
con razon mas de una vez,
y sin llegar á teniente
asciendas á coronel.

El Señor le dá pañuelo...

En la tienda del barbero,
¿sabe usté lo que se dice?
Que el señor le dá pañuelo
al que no tiene narices

I.

—¡Mal haya amén, mi fortuna!
—¡Muchacho, qué es lo que dices?
—Estoy tan desesperado,
que ya madre, no es posible
continuar de esta manera:
me siento capaz del crímen,
aunque despues me sepulten
en presidio ó descuarticen.
—¡Ave María purísima,
qué pensamientos! Mas dime
cual es la causa...
—La causa!
Que se nos casa Matilde!

—Pues, hijo el Señor la dé
salud y á tí no te olvide.
¡Válgame Dios, qué muchacho!
¿Y es eso lo que te aflije?
—Cabal. ¿Le parece poco?
—Así que te tranquilices
y que pienses con cordura
te convencerás, Felipe,
de que sales ganancioso.
—Buena ganancia! Bien dicen
que cuando un hombre se pierde
en una mujer consiste.
¡Pérfida! ¡Mal torozon
se la lleve! Será orígen
de mi muerte!
—Poco á poco,
hombre, no te precipites;
cuando por otro te deja
no merece que suspires
por ella, y es lo mejor
que te rias y la olvides.
—Que me ria? ¡Ella y el mono
que me desbanca, felices
y tranquilos á estas horas
son los que de mí se rien!
¡Y el mozo vale la pena!...
¡Si viera usted qué alfeñique!

—Pero ese hombre...
—Si no es hombre,
madre; si es un confite,
un monigote de esos
que de señoritos visten.
—Será rico y tú ya sabes
que nada hay que tanto prive
como el oro.
—Esa es la causa:
pícaros maravedises!...
¡Siempre ha de dar Dios pañuelo
al que no tiene narices!

II.

—¡El que nace desgraciado
es como aquel que le pide
peras al olmo!
—¿Qué pasa?
—¡Qué ha de pasar! Que el berrinche
me ahoga, y si no mirara
que suicidarse es un crímen,
me levantaba la tapa
de los sesos.
—Pero dime:

qué es lo que te ocurre ahora?
—Lo que ahora, madre, me aflije,
es la pícara fortuna,
la desgracia que me sigue
en todo y por todo; ¿usted
recuerda si al mundo vine
en mártes ó viérnes?
—No
el dia de San Felipe
cayó en sábado, y por cierto
que una tempestad...
—¿Qué dice?
¡Con truenos vine á este mundo?
pues ahí tiene usté el orígen
de mi desdicha; por eso
tronado estoy! Imposible
fuera otra cosa.
—¿Y ahora,
qué es lo que hay que motive
tu furor?
—Una friolera!
Si esto clama!... Si esto pide...
Mire usted, madre: el domingo,
gané unos cuartos y quise
poner á la lotería,
entro, y al lotero dije:
«déme usté un décimo bueno.»

«Daré á usted, lo que me pide»,
replica el lotero: saca
dos décimos y prosigue:
«elija usted»: pero en esto
entra en la tienda Matilde,
y al ver el que yo en la mano
ya tenia, se dirije
al lotero y «quiero uno
de igual número» le dice.
El buen hombre la despacha,
ella paga, sale, y ¡mire
hasta qué punto la suerte
desprecio! ¿Seré caribe?
Por no llevar igual número
que aquella tirana circe,
lo cambié por otro, y hoy
me encuentro con que á Matilde
le tocan treinta mil duros
y que yo me quedo alpiste.
¡Vámos, si soy mas borrico!
¡Si es lástima que no tire
de una carreta!
—La suerte,
no es para tí.
—¡Qué bien dicen
que el Señor le dá pañuelo
al que no tiene narices!

III.

—¡Esto solo nos faltaba!
—Pero hombre!
—Estoy hecho un tigre!
¡No hay suerte como la mia,
no señora: ni es posible
que exista un sér en la tierra
mas desdichado!
—¡Que dices!
—Madre, déme usté una soga,
déjeme usted que me quite
de enmedio, qne está demás
el que para nada sirve.
—Vamos, calma, calma y cuenta
que pena es la que te aflije.
—¡Si el que nace para ochavo,
por mas que haga es imposible
que llegue á cuarto! Si estoy
echando los bofes!
—Dime
de una vez que te sucede.
—Déjeme usted que me tire
por ese balcon.

—¡Quietito,
no vayas ahora, Felipe
á hacer una tontería
—Madre, ya que tantas hice
deje que la última haga;
así quedará usted libre
de tantas impertinencias.
—¿Porque la vida te quites
me vas á quitar á mí
que el dolor me martirice?
¡Tenga usté hijos para esto!
Ingrato! ¿De nada sirven
mi cariño y mis cuidados?
—Tiene usted razon. ¡Qué chinche
me pongo á veces! ¡Ay, madre,
perdone usted mis deslices!
Es tan amarga mi suerte...
—¿Y no merezco me espliques
la causa de tu disgusto?
—Oigala usted. Ya la dije
que un destino pretendia
en la aduana de Belchite,
pues una plaza de vista
se hallaba vacante.
—Sigue.
Prometieron colocarme,
y ahora ha resultado, ¡ay, triste!

que han concedido la plaza
al esposo de Matilde.
¡Diga usted si no hay razon
para que uno rabie y trine!
¡Tengo en el tal matrimonio
un enemigo terrible!
—Es verdad, hijo: la suerte
en serte contraria insiste.
No hay mas que tener paciencia.
—Paciencia, madre, y morirse.
Unos vienen á este mundo
de pié, y otros ¡infelices!
de cabeza; yo soy de estos,
y por eso, madre, dije,
y diré toda la vida
sin que de pensar varíe,
que el Señor le dá pañuelo
al que no tiene narices.

POSITIVISMO.

Si quieres que te quiera
dáme doblones:
que es moneda que alegra
los corazones.

I.

—¡Mariquita, Maruja
de mis pecados:
no me quemes la sangre
por dos mil santos!
—Casimiro: ya sabes
pierdes el tiempo
con hablarme de cosas
que yo no entiendo.
—Ya te he dicho, que quiero
que tú me quieras;
á eso al mundo venimos
varones y hembras.
—Para esas pretensiones,

ten entendido
que soy de las que buscan
lo positivo.
—Pues nada hay tan seguro,
tan verdadero,
como el dulce cariño
que te profeso.
—¿Cariño!... y el cariño
no consideras
que es cosa que no vale
media peseta?
—Tu madre que te cases
conmigo quiere;
es su gusto y por tanto
cumplirle debes.
—Si á mi madre le gustas
para marido,
no es á gusto su gusto
del gusto mio.
—Por el *sí* de tus lábios
la vida diera:
quiéreme y de mi vida
serás la dueña.
—Déjate de imposibles,
que en estos tiempos
no se come con frases
de caramelo.

Si quieres que te quiera
dáme doblones,
que es moneda que alegra
los corazones.

II.

—Mariquita, Maruja,
por Dios te ruego
que al hablarme no arrugues
el entrecejo.
Mira que de mi muerte
serás la causa,
si mirándome sigues
tan inhumana.
—Casimiro, no vengas
con mas rodeos,
que aunque casi te miro
muy mal te veo.
—¡Yo he tenido contigo
sueños felices!
—¿Y quién soñar te manda
con imposibles?
—Yo le he dicho á tu madre
lo que padezco,

y tu madre me ha dicho
que «tiempo al tiempo.»
Tu madre me confía;
tú, me desahucias;
¿quién de las dos se burla
de mis palabras?
Mariquita, Maruja,
no mas desdenes;
mira que tú no sabes
lo que te pierdes.
Yo te ofrezco quererte
como ninguno,
y un corazon te guardo
tan leal y puro,
que asegurarte puedo
no hallarás otro,
en la extension inmensa
de nuestro globo.
Yo para tí palabras
tengo de almíbar;
yo te daré en resúmen
todas las dichas;
yo te doy con mi vida
mi mano blanca,
y de todo lo dicho
te doy palabra.
—Pues todos esos dones,

¡ay, Casimiro!
no valen, lo que valen
cuatro cominos!
¿Tú piensas que en el mundo
sirven de algo
las palabritas dulces
no habiendo cuartos?
No vés, que corazones
los más amantes
ahitos de cariño
mueren de hambre?
Si con tu blanca mano,
trajeses blancas...
si ofrecieses monedas
con tus palabras...
puede que al fin y al cabo,
me convencieras,
que es el positivismo
mi santo y seña.
—En fin: en qué quedamos?
Ya no hay aguante!...
—En lo dicho; y no pienses
que me retracte.
Si quieres que te quiera
dáme doblones,
que es moneda que alegra
los corazones.

CHISMOGRAFIA.

Mas mata una mala lengua
que las manos del verdugo;
el verdugo mata á un hombre,
una mala lengua á muchos.

I.

—Buenos dias, doña Tecla.
—Felices, don Sisebuto.
—¿Qué hace usted tan de mañana
y con un tiempo tan crudo
asomada á ese balcon?
¿No vé que es casi seguro
pescar una pulmonía?
Usted no se quiere mucho.
—No soy friolenta. Además
con este manton me cubro
perfectamente. ¿Vé usted?
Abriga mas que un felpudo;
¡Cómo que es todo de felpa!

Me le compró mi difunto
el año treinta, que fué
cuando vinimos de Lugo.
—Pues no hace fecha: por poco
no nos recuerda el diluvio.
Mas volviendo á mi pregunta
aunque peque de importuno:
¿cómo madruga usted tanto?
—Por curiosidad. No há mucho
sentí bajar la escalera
á la del cuarto segundo,
que como es nueva en la casa
y vive sola, y algunos
dicen que si es ó no es...
—¡Quién hace caso del vulgo!
—Quise ver si por su facha
indagaba... por qué el mundo
ya sabe usted como está
mi señor don Sisebuto!
Esta es una razon: otra,
es que á nadie le dá gusto
ignorar entre que gentes
se encuentra. Yo conceptuo
que será muger honrada;
pero como hay tanto abuso...
—Eso es verdad, Doña Tecla:
tanto, que no puede uno

fiarse de la camisa
que lleva puesta.
—No há mucho
ya vimos lo que pasó
con la mujer de Don Rufo;
todo, todo el vecindario
se llevó un chasco mayúsculo.
—¡Y parecia una santa!
—Pues ahí tiene usted: yo culpo
á su marido.
—Yo no.
—Dicen que tambien anduvo
por malos pasos.
—Calumnia!
Hay que ponerse en lo justo.
Lo que el infeliz hacia
ignorando su infortunio,
era andar de ceca en meca
hecho un azacan, un burro,
sudando la gota gorda
para ganar un mendrugo;
en tanto que ella admitia
finezas de don Canuto
el estanquero.
—Pues yo,
sé que aseguran algunos...
que el marido...

—¡Doña Tecla!
—Yo no lo invento.
—Y yo dudo
de todo lo que no veo.
Se exajerá mucho, mucho:
si fuéramos á creer
en hablillas de importunos,
tambien tiene usted su fama
rodando por esos mundos.
—¡Qué dice usted?
—Que la tildan
de entrometida.
—¡Qué insulto!
—Y de chismosa.
—¡Canallas!
—Y la han puesto un mote chusco:
la llama á usted *Gaceta*
del barrio.
—Don Sisebuto,
bien se conoce vivimos
con gentuza, entre palurdos.
—Y dicen debe en la tienda,
y que desde el mes de Julio
no le ha pagado al casero.
—¡Jesús, Jesús, cuánto absurdo!
¿Y quién lo dice?
—Pues, todos

en la vecindad; y muchos,
agregan...
—¿Aún más?
—Si, tal:
que mató usté á su difunto
á pesadumbres.
—¡Qué lenguas
de escorpion! ¡Y yo, que huyo
de saber vidas agenas;
yo que de nadie me ocupo,
estoy sirviendo de blanco
á la malicia del público!
¡Ay, no sé lo que me pasa!
¡Yo estoy nerviosa, yo sudo!
Vecino: con su permiso
me voy adentro: presumo
que estoy enferma.
—Señora,
siento en el alma el disgusto,
y deploro haberla dicho...
—¡Ay, no señor!
—Yo no adulo,
digo las verdades claras.
—Y yo lo agradezco mucho,
por que así ya sabe una
á qué atenerse. Bien supo
lo que se dijo, el que dijo

que en este pícaro mundo,
mas mata una mala lengua
que las manos del verdugo.

II.

—Buenas tardes, doña Tecla.
—Felices, don Sisebuto.
—¿Qué tal de salud?
—Mejor.
Me he dado unos pediluvios,
y he tomado mucha tila;
así es que en quince minutos
conseguí aplacar los nervios
y tranquilizar el pulso.
—¿Y á qué sale usté al balcon?
—Por que son las tres en punto
y quiero observar si es cierto
lo que dice don Facundo.
—¿Y qué es ello?
—Que á esta hora
todas las tardes, hay uno
que viene á pelar la pava
con la sobrina de Angulo:
esa chicuela de enfrente

tan remilgada. Procuro
enterarme, no por nada,
si no por tener el gusto
de averiguar si es verdad;
pues yo, francamente, dudo
que haya hombre que se enamore
de semejante avechucho.
—Si no es mas que eso, yo puedo
informarla de ese asunto.
—¿Conoce usté al pretendiente?
—Por mi desgracia: es un punto...
No piensa mas que en el juego,
no tiene oficio ninguno,
y si pretende á esa chica
es solo por el peculio,
único atractivo al fin
que tiene la pobre.
—Justo.
—Por que su físico es
muy desagradable.
—Mucho.
—Y solo un hombre como ese
comete tal exabruto.
Pero el dinero es goloso.
¡Como que es el rey del mundo!
—Y no habrá quién desengañe
á esa muchacha? Discurro,

que un anónimo tal vez
desbaratara el asunto.
—No haga usted eso, señora.
¡Pues está bueno el discurso!
Deje usted que los demás
se gobiernen á su gusto,
que usted ya tiene bastante
con atender á lo suyo.
—¡Y no es cargo de conciencia!...
—Déjese usted de preludios,
que lo que á mi me conviene
es que se casen.
—¡Qué escucho!
—Tengo en mi casa un reloj,
dos pantalones, un ruso
y algunas otras frioleras
que le he empeñado á ese tuno,
y además le tengo dados
al diez por ciento cien duros,
los cuales si no se casa
contaré con los difuntos.
—Y ha espuesto usted su dinero!...
¡Válgame Dios, trino y uno!
—Y qué hacer? ya sabe usted
que há mucho tiempo, especulo
con el préstamo.
—Por eso

le llaman á usted *garduño*
y judío.
—¡Doña Tecla!
—Yo hablo claro; yo no adulo.
Usted fué franco conmigo,
y corresponder procuro
de igual manera al decirle
lo que de usté opina el vulgo.
Hay lenguas tan viperinas,
mi señor don Sisebuto,
que nada respetan, nada:
cuentan de usted mil perjurios:
dicen que tiene mas uñas
que un escribano.
—¡Ese insulto
pudiera costarles caro!
—Y añaden, que por el lucro
capaz fuera de vender
á su mismo padre.
—¡Tunos!
—Que es usted ladron...
—En eso
dicen verdad, no lo oculto.
Ladron soy: mas de apellido
y á honra lo tengo; aunque dudo
si soy de los de Guevara
ó los de algun otro punto.

—Que exprime usted á los pobres
llevándoles real por duro,
y que es sucursal su casa
de Sierra-Morena.
—¡Justo!
Los que eso dicen, quisieran
que les diera mi peculio
gratis y sin garantía:
no les daré yo ese gusto:
que lo suden, como yo
con mi trabajo lo sudo.
En fin: me voy, doña Tecla,
que oyéndola me espeluzno.
Usted dijo esta mañana
una verdad como un puño:
más mata una mala lengua
que las manos del verdugo.

III.

—Buenas noches, doña Tecla.
—Muy buenas, don Sisebuto.
¿Dónde vá?
—De retirada,
¿Tan pronto?

—Las ocho en punto:
sabe usted que soy metódico
como el que mas, y no gusto
de trasnochar. ¿Qué adelanto
con hacer lo que otros muchos
que malgastan el dinero
en ver comedias, ¡insulso
pasatiempo! ó bien se pasan
las horas tragando el humo
del tabaco en un café,
y murmurando, importunos,
de todo vicho viviente?
Yo no soy de esos, me ajusto
á mi sistema, y no salgo
de él por todo lo del mundo.
—Y hace usted perfectamente;
Yo no comprendo á don Rufo,
que está abonado á la ópera
y dice que por recurso.
—¡Buen recurso nos dé Dios!
¡Derrochar un par de duros
por escuchar cuatro trinos
y á veces algun rebuzno!
—Pues no es eso lo peor,
no señor, don Sisebuto:
lo mas célebre del caso
es que está entrampado: dudo

que con el sueldo que tiene
le sobre para esos lujos.
—¡Qué quiere usted, doña Tecla!
¡Hay tantos como ese!...
—¡Algunos,
por desgracia!
—¿Y qué se sabe
de la del cuarto segundo?
—Dicen que es una señora
que vino á ménos, y tuvo
que dedicarse á la aguja
por ser su marido un tuno.
—¿Y vive sola?
—Parece,
pero yo no lo aseguro.
Y hablando de todo un poco:
¿Sabe usted que don Arturo
está en la cárcel?
—Ya sé
que anoche, con otros muchos
tahures, la policía
le atrapó jugando súcio.
Es un perdido.
—¿Por fin
la sobrinita de Angulo
no se casará con él?
—Ese es mi mayor disgusto!

—En cambio no ha de faltarnos
otra boda: don Abundio
el sacristan, esta tarde
me ha puesto en áutos. El Mudo
casa á su hija...
—Ya sé:
con el que vende vesugos.
—No señor; eso se dijo
en un principio: lo chusco,
lo que tiene novedad,
es que la casa con uno
de esos que escriben romances
para los ciegos...
—¡Qué escucho!
—Y que ahora ha puesto un sainete
en la Infantil.
—Pues asunto
puede tener para otro
tomando apuntes del burro
de su suegro.
—Escuche usted:
¿no es el que pasa don Rufo?
Tempranito se retira.
—No habrá ópera; de seguro.
—O no habrá dinero.
—Puede.
—Repare usted: es Arturo

el que habla al pié de la reja
con la sobrina de Angulo?
—El mismo que viste y calza.
—Luego fué engaño mayúsculo
lo de su prision!
—O puede
que bajo fianza...
—Lo dudo,
si no tiene un cuarto y debe...
—Pero puede que el futuro
papá haya dado la cara.
—Eso si.
—Ya la del Mudo
sale para ir á la iglesia.
¡Qué vestido! Vaya un lujo!
Le acompaña la madrina.
Ya partió el coche. ¡Qué rumbo!
—Ahora el padre con el novio
suben en otro.
—¡Qué orgullo
que lleva el de los romances!
—¡Si es el que vende vesugos!
—¿Le ha visto bien?
—Si, señora.
—No veo claro.
—Ni yo turbio.
—¿Con qué, verdad no me dijo
el sacristan?

—Conceptúo
que se ha estado divirtiendo
con usted.
—¡Vaya un abuso!
¡Miren el don Rapacirios
como las echa de agudo!
Hay gentes que por hablar
desacreditan... Y el tuno
me aseguró... Ya no creo
á nadie don Sisebuto.
Se miente tanto...
—Señora!
en esa opinion abundo.
—¡Lo que son las malas lenguas!
—¡Quién hace caso del vulgo!
Vaya, me voy doña Tecla
antes que nos mire juntos
hablando la vecindad,
y pueda ocurrirle á un chusco
levantarnos algun falso
testimonio.
—De importunos
líbrenos Dios!
—Averigue,
mas con cierto disimulo,
lo que pueda acerca de
la señora del segundo.

—Corriente: será servido.
—Pero con tino, con pulso,
no se vayan á creer
que nosotros...
—No hay ninguno
que pueda decir que yo
digo las cosas de bulto
y al buen tun tun.
—Doña Tecla,
pues hasta mañana, y mucho
cuidado, pues sabe usted
que en este pícaro mundo,
mas mata una mala lengua
que las manos del verdugo.

¿AYER Y HOY.

Pajarito que lijero
vas cruzando por el aire,
lleva á mi niña un suspiro
y no lo digas á nadie.

I.

Ayer, por la vez primera
al declinar de la tarde,
te ví regando las flores
que junto á tu puerta nacen,
y no sé lo que sentí
ni lo que hiciste al mirarme,
pero sufrí, niña, mucho,
por que al corazon amante
entonces no le fué dado
sus penas comunicarte.
¡Ay, desde ayer ciego estoy
por que la luz me robaste;

pero aunque ciego, te veo,
te adivino en todas partes
con esos ojitos negros,
negros como mis pesares,
con esa dulce sonrisa
que muestras entre corales,
y ese candor que han impreso
en tus mejillas los ángeles!
¡Qué mucho que el pobre ciego
tenga presente tu imágen,
si con la luz de sus ojos
el corazon te llevaste!
¡Cuán dichoso el pajarillo
que alegre cruza los aires,
que puede alhagar tu oido
y en tu ventana posarse!
¡Ay, si mi mal comprendiese;
ay, si á tus rejas volase
y de mi amor mensajero
pudiera, niña, encargarle
que te llevara un suspiro
sin que lo supiera nadie!

. . . . . .

¡Cómo ha de ser! El destino
que en mi daño se complace
hasta el consuelo me niega
de entenderme con las aves.

Y solo en este destierro,
hoy de mi pátria distante,
con fé para merecerte,
sin vuelo para alcanzarte,
al viento lanzo mis quejas,
por si el viento, aunque mudable,
compadecido algun dia
lleva á tus rejas mis frases.
Por eso cuando la brisa
siento al declinar la tarde,
la digo con tierno acento:
«tú, que recorres los valles,
tú que acaricias las flores,
tú que por quien peno sabes,
tú que con sus rizos juegas
y que besas su semblante,
lleva á mi niña un suspiro
y no lo digas á nadie.

LO DE SIEMPRE.

El demonio son los hombres
segun dicen las mugeres;
¡cuántas mujeres desean
que el demonio se las lleve!

I.

—Mercedes, no corras tanto,
no corras tanto, Mercedes.
¿Porqué huyes de esa manera
de un hombre que bien te quiere?
¿Qué hice yo para inspirarte
temor al par que desdenes?
Detente un poco, alma mia,
que no es razon que me dejes
con la palabra en la boca
cuando amante acudo á verte.
—Pepe, no sigas mi pasos,
no sigas mis pasos Pepe,
que son en valde tus ruegos

y el tiempo en seguirme pierdes.
Ya he dicho que es imposible
que acceda á lo que pretendes.
—Dáme razones al ménos
porque eso no me convence.
Yo te quiero con buen fin.
—Quién lo asegura?
—Quien puede.
—No pasa eso de los lábios.
—Es lo que mi pecho siente.
—Palabras
—Y obras. Si dudas,
pónme á prueba.
—No conviene;
que en amor todo es enredos
y ambos peligramos, Pepe.
—Si red de amor son tus brazos
deja que en ellos me enrede.
—¡Ay Dios nos libre!
—No cubras
con la mantilla, Mercedes,
esa carita de rosa,
que vás á darme la muerte.
—Tus frases me ruborizan.
—Señal que mi amor comprendes.
—No hablemos mas.
—Y me dejas

con estas ánsias crueles?...
Tú no tienes corazon.
—Ojalá!
—Si lo tuvieses,
compadecida de mí
mitigaras tus desdenes,
ó dijérasme el motivo
que te obliga á no quererme.
—Pues el motivo es, que madre
me está repitiendo siempre:
«no te fies de los hombres,
huye de ellos, no te dejes
engañar con sus palabras,
que aunque al principio parecen
de miel, resultan despues
amargas como las hieles.»
—Permíteme, que te diga
que esas son ridiculeces
de la edad.
—Otra razon,
es que confesando el viérnes,
el señor cura me dijo
que me guardara, y no diese
oidos á las promesas
de los hombres, por que suelen
estudiar con el diablo.
—¡Y tú eres tan inocente

que por que el cura lo dice
no te apiades de mi suerte!
Anda, vuelve á confesar,
y decir al padre puedes
que para un hombre que hay malo
no hay buenas treinta mujeres;
que Dios nos echó á este mundo
con el fin que él ya comprende;
que si no fuera por eso,
puedes calcular, Mercedes,
que ni yo te conociera
ni él cantara misereres.
—Jesús, Jesús!
—No te asustes,
que nada de extraño tiene.
—¡El demonio son los hombres!
—Eso decís las mujeres,
y acabais por desear
que venga el diablo y os lleve.

II.

—¡Gracias á Dios, que en tu casa
me dás entrada, Mercedes!
—Ven, y siéntate á mi lado,

que voy á enseñarte, Pepe,
los regalitos de novia
que me han hecho mis parientes.
¡Si vieras qué feliz soy!
¡Si supieras cuantas veces
me arrepiento de haber sido
desconfiada!... ¡Qué quieres!
¡Cómo todos me decian!...
—No todos aciertan siempre.
—¡Vamos, si siento una pena
cuando lo recuerdo, Pepe!...
—Esos recuerdos, mi vida,
legar al olvido debes:
dejémonos del pasado
y atendamos al presente.
—¿Has hablado con el cura?
Están listos los papeles?
—Nada falta, y el domingo
veinte y dos de los corrientes,
primera amonestacion.
—¡De que la tercera llegue
tengo un deseo!...
—De veras?
—Debe ser cosa solemne
aquello de «¿Quiere usted
por esposo á...»
—¡Qué loca eres!

—¡Qué dichosa voy á ser!
Porque tú me querrás siempre,
y me tratarás con mimo,
y una vez casado, debes
solo ocuparte de mí;
y será razon que dejes
amistades de soltero.
—Teniendo yo á mi Mercedes
no he de de acordarme de nadie.
—Así lo espero. Aquí tienes
el vestido para el acto
de la ceremonia: este
es regalo de mi madre.
¿Te gustan estos aretes?
—Son muy lindos.
—Y el encaje
de la mantilla?
—Escelente.
—Y esta cruz y esta pulsera?
—De mucho gusto.
—Aquí tienes
este pañuelo de nípis;
su bordado es sorprendente.
Y el abanico de nácar,
la sombrilla azul celeste,
el devocionario...
—Hija,

todo, todo eso mereces
y mucho mas, pero aún falta
para que el ajuar completes,
esta sortija del novio
entre tus dedos de nieve.
—¡Ay! qué linda; y de brillantes,
—Brillantes que se oscurecen
ante el brillo de tus ojos.
—¡Qué galante el novio viene!
¡Pues apenas saldré maja
luciendo mis perendengues!
Con ánsia aguardo la hora
de ser tuya para siempre.
—¿No tendrás miedo al demonio?
—Siendo el demonio mi Pepe,
ya sabes lo que deseo.
—¿Qué?
—*Que el demonio me lleve.*

LA NIÑA PREVENIDA.

La mujer que quiere á dos
no es tonta que es prevenida,
si una vela se le apaga
otra le queda encendida.

I.

—Ya está rondando la calle
don Sebastian, señorita:
salga y despáchele pronto,
que yo tras las cortinillas
acecharé cuándo el otro
llega al lugar de la cita.
—Voy á salir al balcon;
tú á la otra calle y avisa.
—¡Querer dos hombres á un tiempo!
Estas jóvenes del dia...
—¿Qué dices?
—No digo nada:
hablaba conmigo misma.

—Pues á tu puesto.
—Cabal.
Confíe usté en el vigía.

. . . . . .

—¡Sebastian!
—¡Adela!
Bello querubin:
hace media hora
me tienes aquí
sufriendo las iras
del cierzo sutíl.
—Perdona: no pudo
mas pronto salir.
Papá se halla en casa
y armara un motín
si se apercibiese...
—(¡Oh, padre cerril!)
¡Tu padre no es padre!
—¿Por qué hablas así?
—Por que mas que padre,
es guardia civil.
—Él nuestros amores
no trata impedir:
tan solo desea,
que si traes buen fin,
te acerques, le hables,
y si os convenís,

te dará permiso
para entrar aquí.
Conque si me quieres
no has de prescindir
de dar ese paso.
—¡Dulce serafin:
á todo dispuesto
me encuentro por tí!
Yo sé que no dudas
que llegue á cumplir
mi fiel juramento;
yo te haré feliz;
yo hablaré á tu padre,
(maldito mastin,)
y en cuanto me otorgue
el plácido sí,
verás cuanta dicha,
verás, querubin,
que no hay otro amante
en todo Madrid,
que te ame, mi Adela,
con mas frenesí;
que en cuanto que el cura
nos case en latin,
envidia seremos
de todo el país;
yo siempre á tu lado,

tú al mio, y así
parodia seremos
del olmo y la vid!
—(Señorita, el otro!)
—(Que se aguarde dí.)
¡Sebastian, mi padre
se acerca!
—(¡Cain!)
—Con que hasta mañana.
—¿Te alejas así?
¿Y no me despide
tu lábio gentíl
como es de costumbre?
No me hagas sufrir.
—Perdona. Adios, vida!
—¡Monina!
—¡Monín!
—¡Mi encanto!
—¡Mi dicha!
—¡Topacio!
—¡Rubí!
—¡Adios mi flor bella!
—¡Adios mi jazmin!
—¡Adios, pura rosa
de pitiminí!

. . . . . .

—Ya despachamos á uno.

—Pues corra usted, señorita,
que el otro se halla impaciente
y tose, y de un modo pisa,
que temo que las baldosas
con los tacones divida.
¡Jesús, Jesús, qué jaleo!
¡Tiene usté una cabecita!
La fortuna es que esta casa
á dos calles tiene vistas.
—Por eso son dos los novios.
—¡Válgame María Santísima!
¿Con los dos vá usté á casarse?
—No desatines, Joaquina.
Por mucho trigo, jamás
es mal año.
—¡Tontería!
—*La mujer que quiere á dos,*
no es tonta que es prevenida.

II.

—¡Ejem, ejem! Nada.
—¡Chist, Pantaleon!
—¿Es ya por fin hora?
¡Ay, gracias á Dios!

¡Treinta y dos minutos,
justos treinta y dos
te llevo esperando
segun mi reloj!
¿Por qué me has tenido
aquí de planton?
¿Tú crees que en pacien cia
yo soy como Job?
Pues te engañas hija.
—Basta de sermon:
no hé salido antes...
—¿Por qué?
—Por que no.
—¡Bonita disculpa!
—No hay otra mejor.
—Mas formal te quiero.
—Mas galante yo.
—¡Si querrás que aún diga
que tienes razon!
—Lo que quiero es verte
de mejor humor.
—Sí, que para fiestas
estoy ¡vive Dios!
¡Pasar media hora
mirando al balcon,
esforzarme en vano,
simulando tos,

espuesto de pronto
á echar el pulmon,
es muy divertido!
—Baja mas la voz,
que se entera el barrio
de todo.
—Mejor.
—¡Uf, qué cascarrabias!
Bendito varon:
¿tú crees que por gusto
te dejara yo
en la calle hecho
un guarda-canton?
—¿Entonces, qué causa
motivo te dió
para esa tardanza?
Responde veloz!
—Mi padre...
—Mentira:
tu padre salió
cuando yo venia
por el callejon.
Otro fué el orígen.
—¡Pero, hombre de Dios!
—¡Cómo se complica
esta situacion!
No busques disculpa,

¡Comprendí mi error!
¿Porqué, me jurastes
eterna pasion,
mintiendo palabras,
finjiéndome amor?
¡Oh, falsa; perjura!
—¡Don Pantaleon!
¡Me falta!
—La sobro,
dirá usted mejor;
por eso me marcho.
—Vaya usted con Dios.
—Rompa usted mis cartas
y eche en el fogon
mi pelo, mi efigie,
y además la flor
que la traje el dia
de la Encarnacion.
—Será usted servido.
—¡Coqueta!
—¡Traidor!
—¡Merezco una albarda!
—Soy de esa opinion.
—¡Adios, para siempre!
—¡Para siempre, adios!
—¡No vuelvo!
—Me alegro,

—¡Y te odio!

—¡Mejor!

. . . . . .

—¿Qué es eso! Poco esta noche
ha durado la entrevista.
—¡Y qué quieres? Por ahora
ya no es preciso, Joaquina,
qué acechas por este lado
la llegada de ese quidam.
Terminamos para siempre.
—¿Qué dice usted, señorita?
—Lo que oyes. Es un grosero.
Que busque otra que resista
ese indómito carácter
y esas maneras que irritan.
Por que no salí al momento
se enfadó su señoría.
—Pues crea usted que me alegro;
no estaba yo muy tranquila
con estos dobles amores,
pues siempre temí que un dia
le descubriesen el juego
y quedase usted *per instan.*
Con uno está usted mejor,
no hay que apurarse.

—¡Joaquina,
apurarme yo! Mañana

otro al puesto.

—¡Santa Brígida!

—Siempre es bueno tener uno
de reserva. ¿Qué te admira?
La mujer que quiere á dos
no es tonta que es prevenida.
De este modo hay que vivir,
lo demás es tontería..
Así si uno de ellos falta,
no me dá pena maldita,
pues si una vela se apaga,
otra me queda encendida.

¡AMOR.

Quien vive sin amores
muriendo vive,
que es la vida sin ellos
sol en eclipse,
fuente sin agua,
arbolito sin fruto
cuerpo sin alma.
(TRUEBA.).

I.

Niña, la esbelta niña
de ojitos negros,
cuya mirada inflama
de amor mi pecho:
niña donosa,
oye la tierna queja
del que te adora.

—

Des que te ví, te amo,
cual la flor ama
los cefirillos blandos
de la mañana;
como las aves

á los rayos primeros
del sol que nace.

—

Yo te quiero y no puedo
vivir sin verte:
eres mi afan, mi gloria,
mi encanto eres;
todos mi goces
tan solo se reducen
á tus amores.

—

Que quien vive sin ellos
muriendo vive;
sin amor es la vida
sol en eclipse,
fuente sin agua,
arbolito sin fruto,
cuerpo sin alma.

II.

Dios me ha dado la lira
para que cante
todo lo bello y noble,
sublime y grande;

grande es y bello
y sublime el cariño
que yo te ofrezco.

—

Es cierto, que hasta ahora,
mudos mis lábios,
mis puras afecciones
siempre callaron...
pero mis ojos,
harto han dicho y aun dicen
lo que ambiciono.

—

Los ojos que del alma
son el espejo,
mil veces mi cariño
te descubrieron,
por eso, niña,
sé que de mis amores
tienes noticia.

—

Si á mi afan correspondes,
si tus miradas
el cielo me entreabren
de la esperanza,
deja que goce
mirándome en tus ojos
y en tus amores.

—

que así las almas sujetas?
¿Qué hechizos tienen tus ojos
que al corazon encadenan?

II.

¡Oh! vírgen de quince abriles
cuya mirada enagena;
flor del pensil de la vida,
pura, cándida gacela,
trasunto de la ternura,
emblema de la inocencia!
¡Qué hermosos serán tus sueños,
tus sueños de primavera!
¡Que nunca los interrumpan
de los celos la inclemencia!
Dios por hermosa te guarde,
Dios te bendiga por bella!
Desde mi balcon admiro
tu gracia y tu gentileza,
mas nada decirte puedo
aunque decirte quisiera,
y así se pasan las horas
vá en aumento mi pena....
¡Qué hechizos tienen tus ojos
que al corazon encadenan?

Ecos de Noche-buena.

CUADROS DRAMATICOS.

Cuadro primero.

PERSONAJES.

MAGDALENA.—JOAQUIN.

Sala lujosamente amueblada; puerta con cortinaje á la derecha. Balcon á la izquierda. Mesa en el centro, con frascos, tazas y todo lo concerniente al cuidado de un enfermo. Luces, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA.-JOAQUIN.

Magdalena sentada á la puerta de la alcoba, mirando por entre las cortinas y enjugándose las lágrimas con el pañuelo; Joaquin sentado junto á la mesa, apoyando los codos en ésta y cubriéndose el rostro con ambas manos.—Pausa.—Canto dentro, con acompañamiento de guitarras y panderos.

Canto dentro.

«Ya viene la Noche-buena
con su vecina la Páscua;
para unos es Noche-buena,
para otros es Noche-mala.

JOAQUIN.

(Levantándose.)
Me mata esa algarabía!
¡Ay, ángel del alma mia!
(Dirigiendo la vista á la alcoba.)

MAGDALENA.

Joaquin!

JOAQUIN.

Pobre Magdalena!
Esa envidiable alegria
aumenta mas nuestra pena.
Es el mundo: esa cancion,
de gozo muestra sencilla,
destroza mi corazon;
¡cuánto mas felices son
las gentes de la guardilla!
Cómo sigue?

MAGDALENA.

Está mejor.

Duerme; tiene otro color
distinto... mas natural...
y ha dicho al irse el doctor
que lo encuentra... ménos mal.
No entres, no se despierte...

JOAQUIN.

Déjame.

MAGDALENA.

Por qué ese empeño?

JOAQUIN.

Pero, Magdalena, advierte...
(¡Ay, si será de la muerte
el precursor ese sueño!...)

MAGDALENA.

Mejor estamos aquí;
siéntate enfrente de mí,
esto es, junto á la puerta:
lo vés dormidito? así
veremos si se despierta.

Vé pensando lo que haremos.

JOAQUIN.

Lo que tú quieras.

MAGDALENA.

¿Cenemos
aquí, solitos los dos?

JOAQUIN.

Solos!

MAGDALENA.

Solos: ¡celebremos
el nacimiento de Dios!

JOAQUIN.

Y mi niño Magdalena?

MAGDALENA.

Está mejor: Juan, la cena.

Vamos, si te has de alegrar;
esta noche es Noche-buena
y la hemos de celebrar.
(Se enjuga una lágrima.)

JOAQUIN.

Y la celebras llorando?

MAGDALENA.

No... si es que estaba pensando
—locuras de mi cariño—
en ir desde hoy arreglando
los vestiditos del niño.
Pronto lo verás aquí
jugar con nosotros.

JOAQUIN.

Sí?
(Con alegria.)

MAGDALENA.

Cuánta dicha nos espera!

JOAQUIN.

Cariñosa compañera
del hombre que adora en tí:
¿Para qué me has de ocultar
tu dolor, y te entretienes
en aumentar tu pesar?
¡Llora si yo sé que tienes
necesidad de llorar!
¿Quien piensa ahora, Magdalena,
en la cena, en esa cena
un tiempo tan divertida,
cuando es esta Noche-buena
la mas mala de mi vida?

MAGDALENA.

¿Por qué te afliges, Joaquin,
sin razon? Ha mejorado
muchísimo, sí, y al fin...
Qué noche el año pasado!
Recuerdas al chiquitin?

JOAQUIN.

Mucho.

MAGDALENA.

Estaba tan contento!
Cuidado que hizo diabluras!
¡Sino paraba un momento
jugando con las figuras
que habia en el nacimiento!
Quitó el ramo á San José...

JOAQUIN.

Y á Baltasar, el rey Mago...
te acuerdas?

MAGDALENA.

Le rompió un pié.

JOAQUIN.

Y luego arrojó en el lago
al buey.

MAGDALENA.

Que yo me enfadé

JOAQUIN.

Mal hecho; me dió una pena...

MAGDALENA.

Si á todo le daba un baño
y estaba la pila llena.

JOAQUIN.

Qué Noche-buena aquel año!

MAGDALENA.

Y hoy tambien qué Noche-buena!
La vamos á celebrar
junto á la cuna del niño.
Los tres vamos á jugar.

JOAQUIN.

Dios te pague ese cariño!

MAGDALENA.

Ya me lo empieza á pagar.
Desde que amaneció el dia,
siento, yo no sé porqué,
un afan... una alegría...
y es ¡que tengo tanta fé
en nuestra vírgen María!
que no he llorado quizás
con tal fé, con tal cariño
en mi vida. ¿Lo creerás?
Me parece que mi niño
no ha estado enfermo jamás.
Ahora ya creo que está bien
cuando solo ha mejorado!
Esta tarde le ha comprado
la abuelita, su Belen.
(Lo enseña.)
Y tú no te has acordado!...

JOAQUIN.

Enfermo...

MAGDALENA.

Quién piensa en eso?

A eso enfermo no se llama:
Delicado...

JOAQUIN.

(¡Mi embeleso!)

MAGDALENA.

Se lo llevaré á la cama
á ver si me gano un beso.
Ahora á calmar su ansiedad;
le besamos, y... la cena!
Si aún cantarás, no es verdad?
Esta noche es Noche-buena
y mañana Navidad.

ESCENA II.

JOAQUIN.

¡Bendita la hermosa fé
que alegra su corazon!
Allá, en su imaginacion,
convaleciente ya vé
al hijo que hemos cuidado
con tanto, con tanto anhelo,

y que hoy se nos marcha al cielo.

MAGDALENA.

(Dentro.)

¡Joaquin! ¡Joaquin!

JOAQUIN.

Me ha llamado?

ESCENA III.

JOAQUIN, MAGDALENA.

MAGDALENA.

El niño se halla peor...
con la cara amoratada...
Corre, díle á la criada
que avise pronto al doctor...
Ahora le voy á llevar
esta medicina, y luego...
Despues enciende aquí fuego
y pon agua á calentar.
Véte... yo te aguardo aquí.

JOAQUIN.

No te aflijas, Magdalena.
(Noche-buena! Noche-buena!
Noche-mala para mí!)

ESCENA IV.

MAGDALENA.

Oh santa vírgen María!
Hoy, que los hombres celebran
el natalicio del Hijo
de tu amor, ay! ten clemencia
de esta desdichada madre,
salva á su bien, á su prenda;
devuélveselo á su amor,
que esta noche es Noche-buena.

ESCENA V.

MAGDALENA.-JOAQUIN.

JOAQUIN.

Ya el doctor habia venido.

MAGDALENA.

Dónde está?

JOAQUIN.

A la cabecera
de la cuna.

MAGDALENA.

Dijo algo?

JOAQUIN.

Nada dijo, Magdalena,
y nada era menester
que tampoco nos dijera.
Qué dirá que ignores tú?
Qué dirá que yo no sepa?
Que nos quedamos sin hijo?

MAGDALENA.

Joaquin!

JOAQUIN.

¿Que Dios le reserva
un lugar entre los ángeles

que en el cielo le rodean?
Ya eso lo sé. Ojalá no!
Cariñosa compañera,
enjuga ese amargo llanto
que hace mas honda mi pena.
Qué solos que nos quedamos!

Coro dentro.

Esta noche es Noche-buena...

JOAQUIN.

Qué sarcasmo tan cruel!

MAGDALENA

Joaquin!

JOAQUIN.

Ya ves, Magdalena,
¡cuánto dolor aquí dentro...
y cuánta dicha allá fuera!

MAGDALENA

Yo quiero ver á mi hijo.

JOAQUIN.

No entres, por Dios! no le veas,
que parte el alma mirarle.

MAGDALENA.

Si muere quiero que muera
en mis brazos.

JOAQUIN.

Yo me opongo.

MAGDALENA.

Joaquin!

JOAQUIN.

Dije que no entras.
Llora... que yo tambien lloro,
pero no busques mas penas.
Ya no está el niño en su cuna!
En nuestra cama se encuentra
por mandato del doctor.
Yo en brazos lo llevé á ella,
y al ver la cuna vacía,

cuando salí Magdalena,
para llenarla arrojé
todas mis dichas en ella.
Solo me encuentro en el mundo,
nada en el mundo me alegra,
y solo anhelo la muerte
como fin á tantas penas.

MAGDALENA.

Y tu le has tenido en brazos,
le has visto?

JOAQUIN.

Forzoso era.

MAGDALENA.

¡Y porque has sido feliz
no quieres que yo lo sea!
Yo no puedo entrar á verle,
ni besar su cabellera,
juguete de mis amores
en sus años de existencia.

JOAQUIN.

Ten piedad de mí!

MAGDALENA.

Y de mí.
dime, quien hay que la tenga?

JOAQUIN.

Me das la muerte.

MAGDALENA.

La muerte,
y me cierras esa puerta!
¡Déjame, por Dios, que entre,
que le bese, que le vea!
No derramaré una lágrima
estando á la cabecera
del lecho, en que está sufriendo
el ángel que Dios se lleva;
inventaré una sonrisa;
á ver si el niño se alegra,
y me estaré muy callada,
callada... como una muerta!

JOAQUIN.

Vás á afiigirte.

MAGDALENA.

No importa!
Déjame entrar.

JOAQUIN.

Pues te empeñas,
no privaré yo á la madre
de la dicha que le resta.
Corre á cerrar sus ojitos!
Corre á sufrir, Magdalena!

ESCENA VI.

JOAQUIN.

¡Bien haya ese amor de madre
que resiste á tantas pruebas!
Si yo viese aquellos ojos
que poco á poco se cierran,
aquellos lábios de rosa

que la calentura seca;
si al verlos no perdia el juicio
me arrancaba la existencia!
Por qué, Señor me le diste?

Coro dentro.

Esta noche es Noche-buena...

JOAQUIN.

(Levantándose con ira y volviéndose á sentar.)

Eslabon de la cadena
que forma el género humano
ten calma: ¿porqué te quejas
de que hoy las risas de todos
vengan á insultar tus penas?
¿Tambien tú el año pasado,
no tuviste Noche-buena,
sin pensar que los que hoy cantan
quizás llorasen aquella?
¿No vives en este mundo
y no dá este mundo vueltas?

MAGDALENA.

Joaquin! Joaquin!

JOAQUIN.

Hijo mio!
Ya se nos fué! Ya nos deja!

ESCENA III.

JOAQUIN, MAGDALENA.

MAGDALENA.

Joaquin! Joaquin!

JOAQUIN.

Alma mia
paciencia! Dios se lo lleva!

MAGDALENA.

A quién? Pero tú qué haces
que al mirarme no te alegras?
Vé á abrir la ventana.

JOAQUIN.

(Abriendo la ventana.)
Estás loca, Magdalena?

MAGDALENA.

Loca!... Pero es de alegría,
de felicidad inmensa.
Quiero escuchar desde aquí
las alegres cantinelas
que canta el pueblo esta noche,
para ser feliz con ellas.
Ya no se muere mí hijo!
Aquel ataque...

JOAQUIN.

Qué?

MAGDALENA.

Era...
Yo no sé qué... reaccion...
En fin, sea lo que sea;
lo cierto es que dice el médico,
viendo que el niño se alegra:
«Solo Dios hace, señora,
lo que no puede la ciencia.
Ya teneis hijo.»

JOAQUIN.

¿No ha muerto?

MAGDALENA.

Morir mi niño?... Qué idea!
¡La santa vírgen María
me ha cumplido su promesa!...
Ven á besar á tu hijo
y deja á un lado las penas,
que esta es noche de alegrias...
que esta noche... es Noche-buena!

(Magdalena rodea cariñosamente con el brazo el cuello de su marido y se dirigen ambos hácia la puerta que dá á la habitacion. Canta el coro dentro y cae el telon.)

CUADRO SEGUNDO.

PERSONAJES.

UNA CANTINERA.—JUAN SOLDADO.—UN SARGENTO.

UN CABO.—UN SOLDADO.

Vista de un reducto del ejército de ocupacion en Africa.

ESCENA PRIMERA.

CANTINERA, JUAN, SARGENTO, CABO, SOLDADOS.

SOLDADO.

(Cantando.)

«La Noche-buena se viene
la Noche-buena se vá,
y nosotros nos iremos
y no volveremos mas.»

SARGENTO.

¡Bravo, por el cantador!
Echa tú otra copla, Juan.

JUAN.

Déjeme usted, mi sargento.

SARGENTO.

Qué tienes? voto á Caifás...

JUAN.

No estoy para cantos.

SARGENTO.

Este
haria un fraile que ya!
daca, morena, esa bota,
aviva, el fuego, Gaspar,
que con la nieve que cae
se queda uno tieso: ajá!

CABO.

En cuanto acabe la guerra
tomo la absoluta, estás?
y entonces... lo que es entonces,

ya verás tú con qué sal
el cabo Palomo te hace
dueño de tu palomar.

CANTINERA.

Vé usté esta cara!

CABO.

Salero!

CANTINERA.

Pues se merece algo mas;
que un cabo, al cabo es un cabo.

CABO.

Y qué! No es hombre cabal?
Me estás quemando la sangre.

CANTINERA.

Póngala usté á refrescar
que la noche es á propósito.

CABO.

Si no mirara...

CANTINERA.

Arre allá!

SARGENTO.

Eh! Ya estamos de camorra,
donde hay mujeres no hay paz!...

CANTINERA.

Es el Palomo...

CABO.

Sí, es ella
mi primero ..

SARGENTO.

Ven acá.
En noche de Noche-buena
ninguno debe pensar

mas que en alegrarse. A ver,
coge el guitarro, Pascual,
y cántanos otra copla
que éstos la van á bailar.
Estamos? Venga de ahí,
pero con garbo, con sal.

SOLDADO.

(Cantando.)

«¡Centinela, centinela,
centinela del Serrallo,
alerta, alerta, que vienen
los moritos de á caballo!»

SARGENTO.

Eh! Basta de zarandeo
que son las doce! Pascual,
releva los centinelas
y vámonos á acostar,
cada mochuelo á su olivo.

SOLDADO.

Mi primero...

SARGENTO.

Qué hay, Colás?

SOLDADO.

Si usté me diera licencia...

SARGENTO.

Para qué!

SOLDADO.

Para pasar
en la cantina la noche...
estamos en Navidad,
y como no estoy de guardia
y es mi novia, la Pilar...
quisiera, si es que usté quiere,
que me dejara ir allá...
Ya vé usté una vez al año...

SARGENTO.

Y te vá á dar de cenar?

SOLDADO.

Si, señor.

SARGENTO.

Vé: mas con una
condicion.

SOLDADO.

Usté dirá.

SARGENTO.

Que he de acompañarte yo,
porque me temo, Colás,
que te desertes. (Así
alguna cosa caerá.)

CABO.

El relevo ya está hecho.

SARGENTO.

Pues chicos, á descansar.

ESCENA II.

JUAN.

Ya despacharon la cena.
Se fueron... y nadie pasa...
Ahora, quizás en mi casa
celebren la Noche-buena.
No habrá nada en la alacena
que no haga madre sacar;
que bien que van á cenar...
¡Y yo aquí en noche tan fria...!
¡Quién estuviese en tu hogar,
ay madre del alma mia!
Padre, bendecirá allí
la cena á que irá mi Inés,
y en voz muy baja despues
dirá una oracion por mí.
Todos pensarán que aquí,
yo pienso en los que amo tanto,
y, ¡pobre madre! entre tanto
que se danza y que se toca
irá mojando con llanto
cuanto se lleve á la boca.
Y así que acabe la cena,
mi padre, otra vez de pié,
volverá á rezar, porque
fué feliz la Noche-buena.

Mi madre, ahogando la pena
viendo que todos se van
y ella queda con afan,
dirá alzando el vaso lleno:
«Brindemos, hijos, por Juan,
á que vuelva pronto... y bueno.»
¡Quién pudiese allí pasar
esta noche oscura y fria!
¡Pobre madrecita mia
quien estuviera en tu hogar!
Quien pudiera ir á cenar
con ese santo sosiego,
aunque volviese aquí luego...
Siento pasos hácia acá...
Y se aproximan. Quién vá?
Quién vive? Atrás... ó hago fuego.
Quién vive? ¡Vírgen María!

(Dispara el fusil, le contestan con una descarga y cae.)

ESCENA III.

JUAN, moribundo, SARGENTO, CABO y SOLDADOS.

SARGENTO.

Chicos, por aquí! Allí están!

SOLDADO.

Mi primero, han muerto á Juan.

JUAN.

Inés, padre, madre mía!
(Muere.)

SARGENTO.

Era chico que valía,
Un valiente! Esta si es pena!

SOLDADO.

Que postres para la cena!
Y á falta de un ojal, dos.

SARGENTO.

El pobre se fué con Dios
á pasar la Noche-buena.

CUADRO TERCERO.

Planta baja de una casa de labranza en un pueblo de la Rioja.

PERSONAJES.

JUAN—PABLO—MARÍA—MATEO—UNA MOZA—RAFAEL.

MOZAS Y MOZOS DEL PUEBLO.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, PABLO.

PABLO.

Oye, mi vida, mi Rosa,
no me ocultes la verdad:
¿Hay alguna novedad...
que está tu madre llorosa?

ROSA.

Como el pobre Rafael
no escribe.

PABLO.

Cierto; no escribe.

ROSA.

Madre ni para... ni vive...
siempre llorando.

PABLO.

Cruel!

ROSA.

Con tal delirio le ama!...

PABLO.

Pues y yo? No soy su padre?
¿Porqué me oculta tu madre
las lágrimas qne derrama?

ROSA.

Si no niega su querella.

PALBO.

No trates de consolarme.

Tu madre quiere engañarme
como yo la engaño á ella.
Ay! Ambos dentro del pecho
nuestro dolor consumimos.
¿No sabes tú que dormimos
los dos en un mismo lecho?
Al verme se alegra. Bien
pues yo al verla bailo y canto;
pero ella está ahogando un llanto
que le oculto yo tambien.
En el lecho ya metidos,
despues de rogar á Dios,
quedamos mudos los dos
hasta quedarnos dormidos;
y á eso de la madrugada
despierto sobresaltado
por... no sé qué que he soñado...
y encuentro húmeda la almohada.
Miro á tu madre, á mi encanto,
y ay! que en el rostro de ella
tambien ha dejado huella
el mal comprimido llanto.
Sus ojos enrojecidos!...
y sus lábios entreabiertos!...
¡Sufrimos mucho despiertos
y al fin lloramos dormidos!...

ROSA.

Pero hay motivo, hay de mí!
para que ella así se aflija?

PABLO.

Qué ha de haber? Cállate, hija,
que viene tu madre aquí.

ESCENA II.

ROSA, PABLO y JUANA.

JUANA.

Hay carta, Pablo?

PABLO.

El correo
aun no ha llegado.

JUANA.

Hoy tampoco!

PABLO.

No hay que estrañarlo; ya sabes
como acá sabemos todos,
que están malos los caminos.
Con una vara de lodo
quién diantres pasa?

JUANA.

No es eso.

PABLO.

Vaya!

JUANA.

En tu cara conozco
que me engañas.

PABLO.

Yo engañarte!
Juana, recobra el reposo.
Nada sabemos del chico,

y si no escribe, supongo
que es que no podrá.

JUANA.

Dí otra.

PABLO.

Pero á qué viene ese lloro!
No seas niña, vamos, calla!

JUANA.

Ya sé que tú tratas solo
de consolarme; mas yo
siento aquí dentro, en el fondo
del corazon, un gran peso,
y una voz, un eco lóbrego
que me grita: ¡pobre madre,
sufre y llora! y sufro y lloro.

PABLO.

¡Magnífica Noche-buena
van á darnos tus sollozos!

JUANA.

Yo tengo un alma de madre.

PABLO.

Y yo, la tengo de corcho?
Vaya, tranquilízate,
Rosica, yo vuelvo pronto
Que tengas lista la cena.
para en punto de las ocho.

ESCENA III.

JUANA Y ROSA.

ROSA.

Vamos, no opine usted mal:
quizá á nuestro lado venga
y que por eso se abstenga
de escribir.

JUANA.

No pienses tal.
No lograrán nuestros ojos
contemplar tanta ventura;

nuestra vida, de amargura
está sembrada y de abrojos.

ROSA.

Cuando se pone uste así
destroza mi corazon.

JUANA.

Lo habrá muerto la faccion?
Estará vivo? Ay de mí!

ROSA.

Y habrá de ser tan fatal
su estrella? Si Rafael,
es dulce como la miel
y á ninguno le ha hecho mal.

JUANA.

Tú, de esa ilusion en pos,
hija, abrigas confianza!

ROSA.

Yo, madre, tengo esperanza,
en esa Vírgen y en Dios!
Verá usted, como le vemos
libre de todo cuidado,
y contento á nuestro lado
cuando menos lo pensemos.
Verá usted su Rafael,
como el pecho la alboroza:
¡No habrá en el pueblo una moza
que no se muera por él!

ESCENA IV.

Dichas, MOZAS y MOZOS del pueblo.

MOZA 1.ª

Deo gracias! Se puede entrar?

ROSA.

Adelante! Catalina!
Petra! Jesús, cuánta gente!

MOZA.

Por tí venimos, Rosica,
y por usté señá Juana,
que en casa de la María
tenemos fiesta esta noche;
primero una cena rica,
luego baile, y por postrera,
too lo mejor de la villa
vamos tras el señor cura
que vá á celebrar la misa.

ROSA.

Yo te doy gracias, Catana,
por tu buen recuerdo...

MOZA.

Hija!
qué gracias! este es deber
entre las buenas amigas.

ROSA.

Mas no puedo acompañaros.

JUANA.

Vé con ellas.

ROSA.

No, en mis dias.
Irme yo y dejarla sola!

MOZA.

Venga usté tambien.

JUANA.

No, niña!
No me siento bien; que vaya
Rosa.

ROSA.

¿Ir yo, madre mia,
dejándola á usted aquí
con su pesar intranquila?

MOZA.

Pesar dices! Pues, qué hay?

ROSA.

No sabemos, Catalina,
nada de Rafael! Quizás
mientras aquí de alegria
disfrutáramos, mi hermano
pasara dos mil fatigas!
Quizás en este momento
se libre una accion reñida!
Quizás una bala!...

MOZA.

Es cierto.
Señora Juana, Rosica,
dispensen no habia pensado...

JUANA.

Qué! Nada de eso, hija mia!

MOZA.

Esta noche es Noche-buena,
y ya sabe usted, las chicas...
á veces... Tienen razon!

Es una buena familia;
la mejor que hay en el pueblo.
Rafael, desde muy niñas,
nos trata como á su hermana.
Lo mejor, amigas mias,
es pedir á Dios le libre
de las balas enemigas.
Esta es noche de rezar;
fuera bailes y alegrías,
aquí, á compartir las penas
de nuestras buenas amigas!

JUANA.

Qué buen corazon! Oh! no;
privaros...

MOZA.

Qué tontería!

ESCENA V.

Dichas y PABLO.

PABLO.

Tanto bueno por mi casa!

MOZA.

Buenas noches, señor Pablo.

PABLO.

¿A qué venís?

MOZA.

A pasar
aquí, con la Rosa, el rato.
Ya sabe usté, cuando hay fiesta
juntas á la fiesta vamos,
justo es que hoy, que tienen pena,
á todos nos toque un cacho.

PABLO.

No comprendo...

MOZA.

Rafael
andará por esos campos,
entre lluvias y entre frios,

ó sabe Dios si á balazos.
No es cuerdo, si noche mala
está ahora el pobre pasando,
que aquí la tengamos buena:
de ustedes no me separo.

PABLO.

Bien; cenareis con nosotros;
ésta nada ha preparado,
mas quien parte nuestra pena
debe partir nuestro plato.

MOZA.

Pues voy á avisar á madre
y aquí me tienen volando.

ESCENA VI.

ROSA, JUANA, PABLO, MATEO.

MATEO.

(Entrando.)

Pablo!

PABLO.

Mateo!

MATEO.

Yo soy.

PABLO.

A qué vienes?

JUANA.

(Loca estoy!)

MATEO.

A qué quieres tú que sea?
Vengo á gozar desde hoy
de la paz que hay en la aldea.

JUANA.

Y el alcalde ha tolerado
en el pueblo tu presencia?

MATEO.

Cálmate, vengo indultado;
el rey ya me ha perdonado.

JUANA.

Pero, no tienes conciencia?
¿Olvidas, Mateo, que aquí
todos son tus enemigos,
y te atreves á entrar?

PABLO.

Sí!
Llegó arrepentido á mí;
ya otra vez somos amigos.
Dale un abrazo.

JUANA.

Cruel!
¿No piensas que veces mil
habrá disparado él
la bala de su fusil
contra nuestro Rafael?

MATEO.

No, Juana, yo te lo juro!
Marché con rabioso pecho
por un camino inseguro
lleno de zarzas... estrecho...
tan estrecho como oscuro.
Jamás al peligro huyendo
era el primero en la empresa,
y conforme iba venciendo
iba temiendo... temiendo...
verter sangre aragonesa.
Puedes despreciar mi mano,
mas no digas, si así es,
que humillas á un inhumano:
Soy bueno... ¡pues soy cristiano
y soy buen aragonés!
Falté! Te pido perdon.

JUANA.

Y crees que de Aragon eres?

PABLO.

Juana!

JUANA

¡Nos hace el baldon
de creer que en Aragon
saben odiar las mujeres!
Ven á mis brazos, Mateo,
no creas, no, que esta vez
con ménos gusto te veo.
¡Siempre ha tenido este reo
en mí un compasivo juez!

MATEO.

Tambien tú, Rosa, al volver
me tienes antipatía.

JUANA.

Vaya, que tendria que ver!
Que ella no te ha de querer!
Lo mismo que el primer dia.

MOZA.

Lo mismo.

MATEO.

Verdad que sí?

JUANA.

Pues que quieres tú que sea?

MATEO.

Yo pequé: me arrepentí...

PABLO.

Y hallas al volver aquí
igual cariño en la aldea.

MATEO.

Y Rafael?

PABLO.

Ya es sargento!

JUANA.

(Pobre hijo.)

MATEO.

Dónde está?

PABLO.

Seguirá en este momento
la suerte del regimiento.

JUANA.

(Sabe Dios donde estará.)

MATEO.

Esa si es pena!

PABLO.

Por qué?

JUANA.

Si, Mateo, sí que es pena!

ROSA.

Noche-buena, y que no esté
él aquí para la cena!

MATEO.

Y tú lo sientes?

PABLO.

No, á fé.
Cumple con su obligacion
obedeciendo á la ley,
y allá, con su corazon,
está probando á su rey
cuánto le quiere Aragon.

MATEO.

Por la Vírgen del Pilar!
La ley es la que le obliga.
A que aun nos quiere probar
que á tí te gusta que siga
la carrera militar?

PABLO.

Y por qué no he de querer?
Pues sí que quiero, en verdad,
que cumpliendo su deber,
defienda la libertad
del país que le vió nacer,
Y yo no soy sólo aqui
el que tal cosa deseo;
pregúntalo por ahí...
pregúntaselo, Mateo,
á ese ángel que adora en mi.
(Por Juana.)
Ella á veces... ya se vé...
¡si es madre, no ha de llorar,
por el hijo que se fué!
Pero... ¡tiene tanta fé
en la Vírgen del Pilar!
Ya la verás pronto, cuando
siendo envidia de las gentes,
vaya gozosa mostrando
ser la madre de un valiente
con la cruz de San Fernando.

JUANA.

En eso tienes razon.

PABLO.

¿Dí, Mateo, no trasluces
orgullo en su corazon?

MATEO.

¡No Pablo; porque esas cruces
se hicieron para Aragon!

ROSA.

Padre, la cena!

PABLO.

A empezar!
(Se sientan todos.)
En nombre del Padre, del
Hijo y...

JUANA.

(Cuánto pesar!
Qué cenará Rafael),

PABLO.

(Si viniese él á cenar.)

ESCENA VII.

Dichos y MOZA, acompañada de gente del pueblo.

MOZA.

Señá Juana, bien hallados!
Y el señor Pablo?

PABLO.

Qué pasa?

MOZA.

Que han llegado unos soldados
y dos ó tres alojados
manda el Alcalde á su casa.

PABLO.

Corriente, pueden venir.

JUANA.

Llegan bien para cenar.

MOZA.

Es que...

PABLO.

Quieres concluir?

MOZA.

Que uno de los que vá á entrar...
si no lo puedo decir!

PABLO.

Que entren y harán colacion.

ESCENA VIII.

Dichos, RAFAEL, dos soldados y mozos del pueblo.

MOZA.

Entrad y podreis cenar.

ROSA.

Rafael! no es ilusion!

(Arrojándose en sus brazos.)

JUANA.

Hijo de mi corazon!

(Corriendo hácia él y besándole.)

PABLO.

Gracias, Vírgen del Pilar!

RAFAEL.

Padre!

(Abrazándole.)

PABLO.

Aprieta, voto á tal!

MOZA.

Y vienes grueso.

[illegible]

PABLO.

Tostado por la campaña
traes un aspecto guerrero.

JUANA.

Si es el sargento primero
mas guapo que hay en España!
Su cruz!

PABLO.

Ya te estás muriendo
de orgullo!

JUANA.

Ponla en mis manos.

RAFAEL.

La gané, y aun no comprendo
que la ganase vertiendo
la sangre de mis hermanos.
Sangre de tantos valientes
vertida con rencor fiero,
dejando á España sin gentes

que la viertan á torrentes
combatiendo al estranjero!

PABLO.

Ya la mia se alboroza!
Que vuelva el francés si quiere,
y verá, sin gente moza,
que no falta quien le espere
á tiros en Zaragoza.
Que acrecienten nuestras penas
si ver correr sangre quieres;
verán en nuestras almenas
á nuestras pobres mujeres
derramar la de sus venas.

RAFAEL.

Así si es noble luchar.

PABLO.

Y mi labio te predice
la victoria.

MATEO.

Eso es hablar.
¡Ya sabemos lo que dice
nuestra Vírgen del Pilar!

JUANA.

Pero eso una ilusion es.

MATEO.

Yo preparo mi arcabuz...

PABLO.

Justo es que orgulloso estés,
(A Rafael.)
que vale mucho esa cruz
en un pecho aragonés.
Pero cuenta, Rafael,
la historia de esa victoria
que ornó tu sien de laurel.

RAFAEL.

Corriente escuchad la historia (1)

(1) Se refiere á la toma de la Seo de Urgel en las últimas contiendas civiles.

en que tuve yo un papel.
Altivo estaba el contrario
guardando su fortaleza
con valor extraordinario,
desdeñando su fiereza
nuestro valor temerario.
Nosotros siempre avanzando,
ellos siempre resistiendo...
Nosotros siempre ganando...
y ellos siempre abandonando
los fuertes que iban perdiendo.
Pero ¡ay! cada accion ganada
en la fiera acometida
dejaba á España aterrada
llorando desconsolada
á tantos hijos sin vida.
De tantas penas cansados
y de inútiles batallas,
valientes y entusiasmados
se empeñan nuestros soldados
en asaltar las murallas.
Muchos calleron allí
del plomo traidor heridos;
tambien yo herido caí,
pero contento, que ví
á mis contrarios perdidos.
Sedientos... y sin abrigos...

viendo su causa tan mal.
gritan á voces: ¡amigos!
y todos los enemigos
se rinden al general. (1)
Modelo de caballeros
él, que es hijo de esta tierra,
manda que aquellos guerreros
han de salir prisioneros
con los honores de guerra.
Que si entonces nos batimos
como españoles, muy bien,
sin pensar lo que sufrimos,
los soldados que vencimos
son españoles tambien.

MATEO.

Bravo!

PABLO.

Notable jornada!

(1) Martinez Campos.

JUANA.

Qué noble! Si soy capaz...
(Intencion de abrazar.)

RAFAEL.

Lleva, la lid empeñada,
en una mano la espada,
en la otra el ramo de paz.

PABLO.

Estareis de orgullo llenos
sus soldados.

RAFAEL.

Oh! sí! Los menos
gruñen.

PABLO.

Lástima de palos!

JUANA.

¡La espada para los malos,
(Pensativa.)
el ramo para los buenos!

ROSA.

¿Y quién es ese valiente
que tanto bien nos ha hecho?

RAFAEL.

(Sacando un retrato.)
Mi jefe! el que noblemente
encierra en su altivo pecho
el valor de nuestra gente,
Mírelo usted.

JUANA.

Y qué es eso?

PABLO.

Su general! Qué ha de ser!

ROSA.

Es jóven.

RAFAEL.

Y con mas seso...

JUANA.

Vaya, dejádmelo ver...
que le quiero dar un beso.
Bendito sea!

RAFAEL.

(A Mateo.)
La suerte
contrarios hizo á los dos
y yo he hablado...

MATEO.

Poco fuerte.
Muera...

JUANA.

Mateo, qué muerte...!
Dejad que lo mate Dios!

PABLO.

Jamás ha sido la saña
digna de pechos cristianos.
La gloria nunca se empaña...
Viva España!

MATEO.

(Abrazando á Rafael.)
Y sean hermanos
todos los hijos de España.

PABLO.

Bien, hijos; ya aquí no hay pena.
Ese abrazo de los dos
presida siempre esta cena.

MOZA.

Esta noche es Noche-buena.

JUANA.

Que bueno, que bueno es Dios.

(Siéntanse todos á la mesa; Pablo bendice otra vez la cena y cae el telon.)

CUADRO CUARTO.

PERSONAJES.

D. PASCUAL.—D. LÚCAS.—UN SERENO.—UN CHICO.

Vista de una calle: á la derecha el escaparate de un Restaurant.

ESCENA I.

D. PASCUAL.

Salió el tres y con el tres
se me escapó mi caudal
y con el caudal el pavo
que habia pensado comprar.
Maldita ruleta. ¡Oh suerte
miserable y pertinaz!
¡Qué bonito porvenir
estoy vislumbrando ya!

Cesante, con cinco hijos,
con mujer, suegra y á mas
por contera, una cuñada
y una nodriza brutal
que traga por siete; ¡estoy
divertido! voto á San!...
Paciencia por hoy, y á ver
si encuentro en el Restaurant
un alma caritativa
que me convide á cenar.

ESCENA II.

Dicho y D. Lucas, acompañado de un chiquillo que conduce un pavo.

LUCAS.

Dónde va usted tan deprisa

PASCUAL.

Oh, don Lúcas! cómo va?

LUCAS.

Perfectamente, y usted?

PASCUAL.

Vamos pasando, tal cual.

LUCAS.

La parienta?

PASCUAL.

Buena, en casa.

LUCAS.

Los chicos?

PASCUAL.

Sin novedad.

LUCAS.

Y la suegra?

PASCUAL.

Tan rolliza.

LUCAS.

Y la cuñadita?

PASCUAL.

Mas.
Hola, ya compró usté el pavo?

LUCAS.

Hombre, la necesidad...
hay que cumplir... se lo llevo
de regalo á don Beltran.
Ya sabe usted que es costumbre
por este tiempo obsequiar
al médico, y como estoy
tan reconocido al
servicio que me prestó
durante la enfermedad
de mi suegra...

PASCUAL.

¿Ese no fué
el que la mató?

LUCAS.

Cabal!...
Si señor, por eso mismo
se lo voy á regalar.
Estaba de ella, hasta aquí.

PASCUAL.

Y el pavito es regular.

LUCAS.

Cuatro duros. Toque usted,
qué pechuga!

PASCUAL.

Sí, en verdad

LÚCAS.

Y qué múslos!

PASCUAL.

Oh, magníficos!
no se puede pedir mas

(Interin examinan el pavo, el chiquillo escamotea el reloj á don Lúcas.)

este nunca fué cesante
segun lo gordo que está!

LUCAS.

Pero usted, á donde iba?

PASCUAL.

Me figuro que á cenar.
Si usted quiere acompañarme...

LUCAS.

Segun la hora. San Blas!

(Reparando que le han robado el reloj.)
Y mi reloj me han robado!

LUCAS.

¿Que le han robado?

PASCUAL.

¡No hay mas!

PASCUAL.

Qué dice usté?

LUCAS.

Ese granuja...
él habrá sido, cabal!

PASCUAL.

Favor, socorro, ladrones!

LUCAS.

Si le echo el guante!... Truhan!

PASCUAL.

Le dió á usted la Noche-buena.

LUCAS.

Pillastre! por allí vá.
tenga V. el pavo: vuelvo,
á ver; un municipal!

PASCUAL.

Me lo deja: que placer!
hay providencia! aquí está!
Suegra, cuñada, mujer,
hijos, nodriza bestial,
alegraos, alegraos,
ya tenemos que cenar!

ESCENA III.

D. LÚCAS y á poco un SERENO tambaleándose.

D. LÚCAS.

Aquí, á don Pascual y al pavo
hace poco que dejé...
Mas dónde están? Ate usté
esta mosca por el rabo.
Tras de perder el reló,
pierdo pavo y pierdo amigo;

¡Vamos, señor, cuando digo
que tengo fortuna yo!
Pues! y el don Pascual, mañana
con un hambre de indio bravo,
se merendará mi pavo!
Que salida de pavana!
Mas la noche está serena,
y tal vez sepa el sereno...
Ha visto un pavo?

SERENO.

No.

LÚCAS.

Bueno!
Completa es la Noche-buena!

SERENO.

Qué noche! Con tanta gente
hay que andar con ojo alerta;
á mí ya me dió la Tuerta
mis dos cuartos de aguardiente.
Ya entré en calor, y á vivir...

(Pasan varios cantando con acompañamiento de zambombas y panderos.)

Qué dice esa cantinela?
que esta noche es Noche-buena?
Pues es noche de dormir.

(Arrima el chuzo á la pared, deja el farol en el suelo y se sienta recostado en el quicio de una puerta. Cae el telon.)

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo.	5
Anton el de los cantares.	9
La Mochila.	14
Amor de madre.	25
El soldado del Pilar (*)	30
La maldicion (*)	38
Juramentos de mujer.	44
Ni contigo ni sin tí (*)	54
Contra desdenes... constancia	58
Uno de tantos.	65
La Noche-buena	73
La buena moza	86
Esperanza	92
Copia del natural	99
Malo y caro	111
Dos ladrones	129
Vino y muchachas	136

La vuelta del marinero 142
Reclamo 147
Quejas. 151
Sereno, nube y tormenta 154
Flores 158
Tal para cual (*) 162
Entre morenos 167
Paz octaviana. 171
Música, música. 183
Si yo fuera gato negro! 193
La dicha es sueño. 197
Quid pro quo. 201
Siempre el Señor da pañuelo... 210
Positivismo. 218
Chismografía. 223
Ayer y hoy. 239
Lo de siempre. 242
La niña prevenida. 249
Amor. 259
Tus ojos. 263
Ecos de Noche-buena.—*Cuadros dramáticos* (*) Cuadro I. 265
II. 287
III. 297
IV. 335

NOTA.—Las composiciones que aparecen en el

índice marcadas con este signo (*), fueron escritas en colaboracion con el malogrado poeta D. Miguel Ortiz y Tejada. El autor las ha incluido en el presente libro, porque además de haber sido escritas con tal objeto, tributa con ello un cariñoso recuerdo á la memoria de su inolvidable amigo.

ERRATAS.

Pág.	Líneas	DICE	DEBE DECIR.
51	24	olvidarlo	olvidarle
83	17	que preveí	y que preví
87	3	lo que hago;	lo que me haga;
101	3	el débito una onza,	una onza el débito,
123	8	que le tratas	que la tratas
138	19	*por un vaso*	*por un buen vaso*
147	23	que te ausentes	que te acuestes
161	12	de la hermura;	de la hermosura;
165	17	¿con el pueblo que	¿Y con el pueblo qué
»	18	el estao á sitio	el estao é sitio
180	19	la conozco...	lo conozco;
191	18	lo puse	le puse
199	10	á orillita	á la orillita.
204	14	le dás	la dás.
214	16	lo cambié	lo cambio.
226	17	la llama á usted	la llaman á usted.
245	2	no te apiades	no te apiadas
257	7	qué acehas	que aceches

»	21	le descubriesen	la descubriesen
262	3	*sin amores la vida*	*sin amor es la vida*
264	22	vá en aumento	y vá en aumento
284	4	ESCENA III.	ESCENA VII.
»	14	abrir la ventana	abrir aquella ventana
289	2	te hace	se hace
319	19	de las gentes,	de la gente,
341	2	Y mi reloj me han robado!	Y mi reloj? Me han robado!

3

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.